

Segunda época, año V, número 27

ISSN 0185-061X

Director: Carlos Quijano

JULIO 1984 – 80 PESOS

CUADERNOS DE MARCHA



MURIO
CARLOS QUIJANO





CUADERNOS DE MARCHA

Segunda época, año V, núm. 27
México, julio de 1984.

Director:
Carlos Quijano

Administrador
Rubén Svirsky

Secretario de Redacción
Gustavo Gálvez Kóbeh

Edición: Hugo Vargas

Consejo Editorial:

Teresa De Barbieri, Samuel Lichtensztejn, Carlos Martínez Moreno, Nelson Minello, Carlos Quijano, José Manuel Quijano, Rubén Svirsky y Raúl Trajtenberg.

Los artículos de *Cuadernos de Marcha* son exclusivos. Se autoriza, no obstante, su reproducción siempre que se cite la fuente.

Cuadernos de Marcha es una publicación bimestral editada en México por el Centro de Estudios Uruguay-América Latina (CEUAL, A.C.). Aparece el último día de cada bimestre. Sus oficinas están ubicadas provisoriamente en Copilco 300, Edificio 4 Apartamento 4, colonia Copilco-Universidad, C.P. 04360, Coyoacán, México, D.F.

La correspondencia y las solicitudes de suscripción, acompañadas de cheques u órdenes de pago, deben dirigirse a:

CEUAL, A.C.
Apartado Postal 19-131.
México 19, D.F.

Suscripciones (6 números)
México: \$ 450

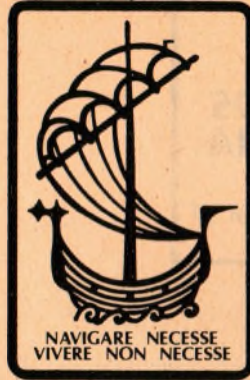
América del Sur, América Central
y las Antillas 16 dólares
Otros países 20 dólares

(Los envíos al exterior son por vía aérea)

Certificado de licitud de título 046 (expediente 1/432/79/1130 de la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación). Certificado de licitud de contenido 1163, expedido por la Secretaría de Gobernación. Reserva de derechos al uso exclusivo de título 597-79, expedida por la Dirección General de Derechos de Autor. Correspondencia de 2a. clase. Registro D.G.C. - 2676.

SUMARIO

Murió Carlos Quijano	3
Arturo Ardao Quijano, Maestro	7
Hugo Alfaro La fecunda MARCHA de Quijano	9
Arturo Ardao La idea de latinidad y la idea latina	13
Rodolfo Uribe Iniesta Segunda noche	21
Jorge Barreiro Cavestany ¿Cuál democracia?	25
Eduardo Galeano Ventanas sobre Sandino	35
Cayetano Llobet Tabolara Bolivia: del Estado revolucionario de 1952 al Estado ficción de 1983	40
Omar Prego Entrevistas inéditas con Zelmar Michellini y Héctor Gutiérrez Ruiz	47
Sergio Bagú Dos tendencias en la reestructuración de clases en América Latina después de 1955	53
Jorge Luis Bernetti El libro de Jacobo Timerman	60
Hugo Achugar La música y la poesía de estos tiempos	64



CUADERNOS DE MARCHA

Números atrasados

* EXTERIOR

VOLUMENES ENCUADERNADOS

I (1 a 6)	120.00 dólares
II (7 a 12)	80.00 dólares
III (13 a 18)	50.00 dólares
IV (19 a 24)	40.00 dólares

NUMEROS SUELTOS

Nos. 2, 4 y 6	12.00 dólares c/u
Nos. 7 a 12	8.00 dólares c/u
Nos. 13 a 18	6.00 dólares c/u
Nos. 19 a 24	4.00 dólares c/u

* MEXICO

NUMEROS SUELTOS

Nos. 6 y 7	\$ 800 c/u
Nos. 8 a 12	\$ 700 c/u
Nos. 13 a 18	\$ 400 c/u
Nos. 19 a 24	\$ 200 c/u

Cheque fuera de plaza recargo \$ 100

MURIO CARLOS QUIJANO

La muerte sorprendió a Carlos Quijano cuando estaba por ingresar a imprenta el número 27 de *Cuadernos de Marcha*. Tal como él lo había preparado, lo entregamos al lector con el agregado, tan sólo, de los artículos de Ardao y Alfaro —dos de sus más entrañables y antiguos compañeros— que se refieren a su persona y a su obra.

Marcha es una labor estrechamente vinculada a la vida de Carlos Quijano. Con el número 27 se cierra la segunda época de *Cuadernos* y se cierra, también, una larga, fecunda y valiente tarea periodística que adquirió vuelo propio en 1930, con el diario *El Nacional*, y —con breves interregnos en los treinta y los setenta, décadas de dictaduras e intolerancias— concluyó en 1984.

En esta segunda época de *Marcha*, editada en México —país generoso a quien el propio Quijano llamó “el refugio de la esperanza”— muchos suscriptores apoyaron a Carlos Quijano. No sería justo —y él no lo hubiera querido— que con su muerte los envíos dejaran de llegar hasta quienes entregaron a *Cuadernos* su contribución.

Por tal razón, con posterioridad al número 27, los suscriptores de *Cuadernos* recibirán un libro que contendrá una selección —lo más amplia posible— de los escritos y la correspondencia de Carlos Quijano. Un homenaje a él y, también, un homenaje a los suscriptores.

MIRIO CARLOS OLIVANO

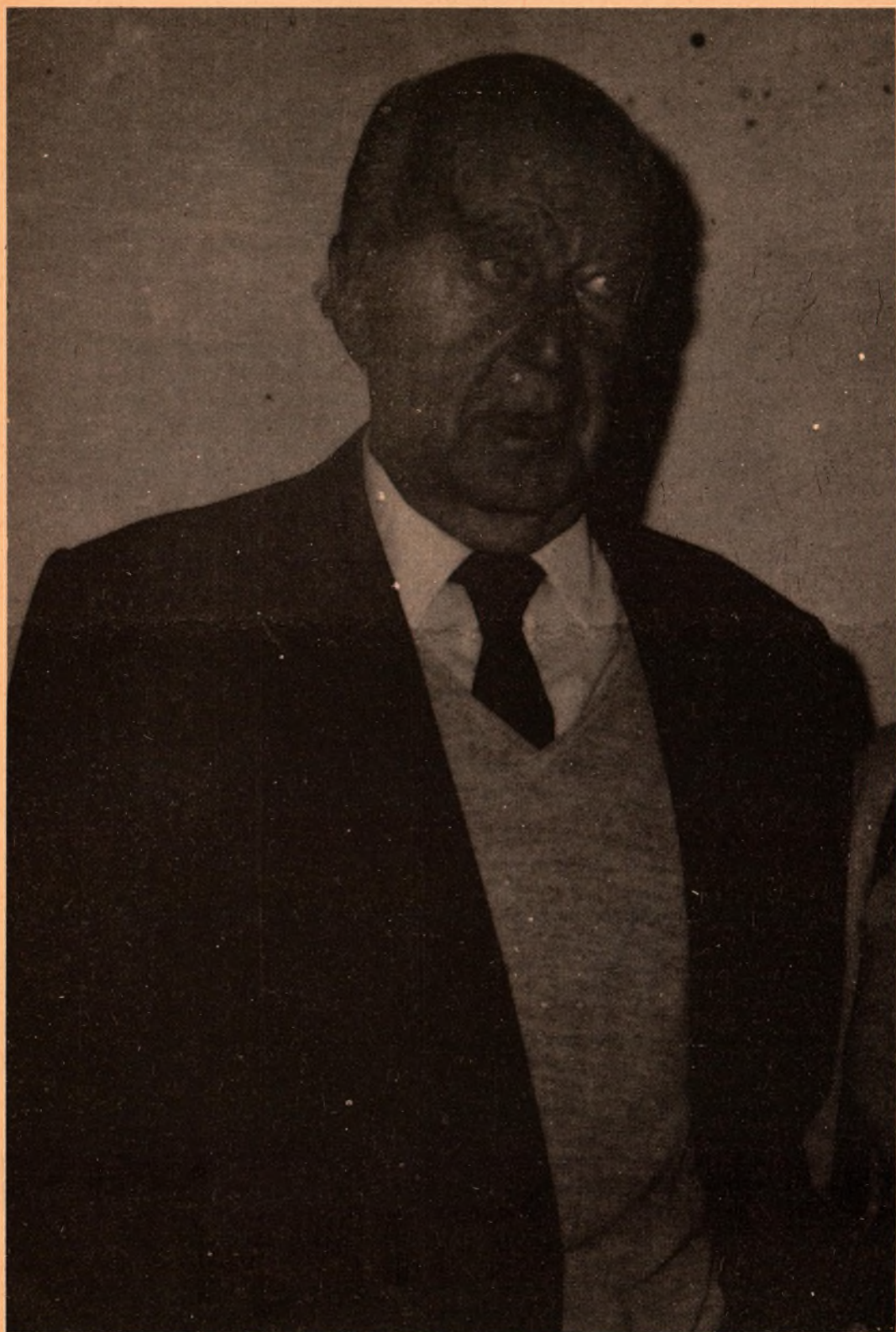
El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del curso de Historia del Arte, impartido por el profesor Dr. Carlos Olivano, en el año 2010. El mismo tiene como objetivo principal, analizar y describir el arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, a través de la observación directa de las obras de arte y la consulta de fuentes bibliográficas.

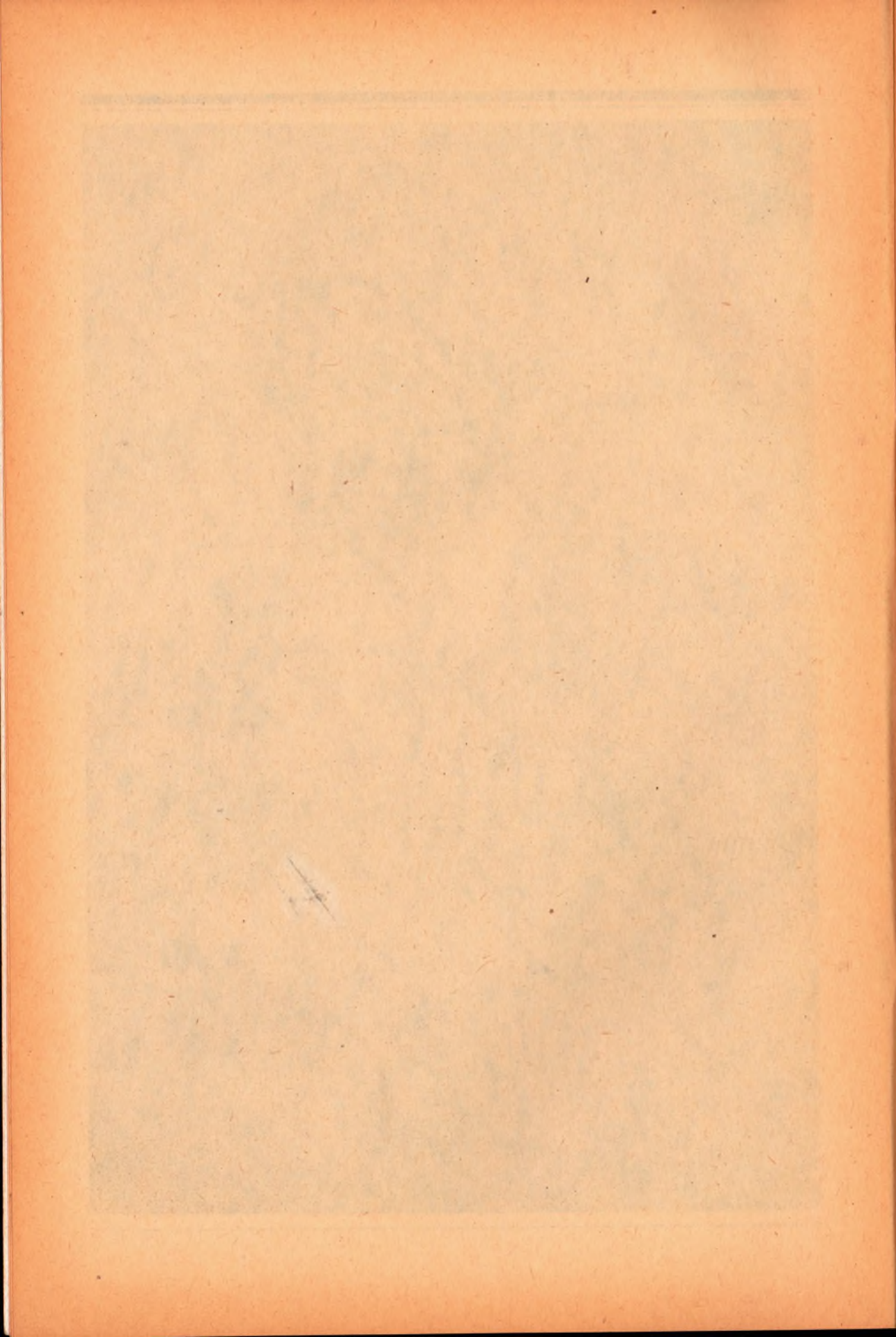
El curso de Historia del Arte, impartido por el profesor Dr. Carlos Olivano, ha sido de gran ayuda para el desarrollo de esta investigación. A través de las clases, se ha podido conocer y comprender mejor el arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, y su importancia en la historia del arte peruano.

El presente trabajo se divide en tres partes. En la primera parte, se describe el arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, a través de la observación directa de las obras de arte. En la segunda parte, se analizan las obras de arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, a través de la consulta de fuentes bibliográficas. En la tercera parte, se concluye el trabajo.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del curso de Historia del Arte, impartido por el profesor Dr. Carlos Olivano, en el año 2010. El mismo tiene como objetivo principal, analizar y describir el arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, a través de la observación directa de las obras de arte y la consulta de fuentes bibliográficas.

El curso de Historia del Arte, impartido por el profesor Dr. Carlos Olivano, ha sido de gran ayuda para el desarrollo de esta investigación. A través de las clases, se ha podido conocer y comprender mejor el arte de la época barroca en la ciudad de Lima, Perú, y su importancia en la historia del arte peruano.





QUIJANO MAESTRO

Arturo Ardao

No puede sernos fácil despedir a Quijano. Sentimientos y recuerdos de más de cinco décadas de compañerismos entrañables, se agolpan, reclamando cada uno su parte.

Cuando lo conocimos en nuestra lejana adolescencia, a los 31 años de su edad, era ya en el Uruguay, sencillamente *Quijano* el insuperable maestro que siguió siendo en su país y en América Latina, con obstinación patética, todas las horas, de todos los días, de todos los años de su larga existencia. Maestro de dignidad, de nacionalidad, de latinoamericanidad.

Dirigía entonces el diario *El Nacional*, 1930-1931, del que fueron ininterrumpida continuación en Montevideo los semanarios *Acción*, 1932-1939 y *Marcha*, 1939-1974. Tres títulos sucesivos de una sola gesta periodística de pensamiento y de civismo, a la que difícilmente se le podría encontrar parangón. Lo habían adiestrado para ella sus juveniles años de apasionado estudio académico, de disciplinas jurídicas, sociales y económicas, tanto como de idealista milicia universitaria: desde la temprana fundación y conducción en Montevideo del Centro Ariel y su revista, a la hora del mejor arielismo, hasta la fundación y conducción en París, de la AGEL, hacia el primer cuarto del siglo.

Después de haber sido en su generación modelo de juventud, fue maestro natural de todas y cada una de las que se sucedieron en el Uruguay a partir de 1930. Pero *llegó a ser* todavía algo más a cierta altura de su carrera: *una forma de conciencia de la nación en una oscura época de confusiones y desconciertos: la gran voz que fustigaba con severísima crítica, al mismo tiempo que esclarecía y orientaba; el constante meridiano de referencia para los espíritus mejores de todo el horizonte nacional.*

*Dos dictaduras le tocó enfrentar, con el consiguiente lote de clausuras periodísticas y persecuciones personales: la ya histórica, instaurada en 1933, y la todavía actual instaurada en 1973. Esta última lo empujó al exilio a fines de 1975, en el hospitalario México, país al que había llegado en 1925, desde París, con José Ingenieros. Cuando ese exilio se produjo, su clausurado semanario *Marcha* tenía desde muchos años atrás amplia audiencia continental. Había pasado a ser una voz de la nacionalidad latinoamericana, más que de la sola nacionalidad uruguaya. Por eso, ningún reacomodo de puntos de vista tuvo que hacer para proseguir allí la publicación de los clásicos *Cuadernos de Marcha*, afanosa y permanente tarea en que lo ha sorprendido ahora el final. *Que este final haya acontecido en el exilio, no ha de quedar en la historia como una de las culpas menores de la dictadura que se lo impuso.**

Quiso el destino concedernos el privilegio de compartir cálidas horas con él apenas unas semanas antes de su infausta partida, llevados nosotros a México desde Caracas por un congreso universitario. No pudo extrañarnos el *reencontrarlo*, una vez más, *con su legendaria reciedumbre espiritual preparando, como toda su vida, "el próximo número"*. Recordamos entonces en lo íntimo y más ahora, con profunda emoción, sus palabras de un *memorable discurso* de hace un *tercio de siglo*: "... hasta que la tierra cubra nuestros huesos".

En el cumplimiento cabal de esas palabras, imponiéndose sobre tantas adversas circunstancias, se encierra toda la autenticidad de su existencia nobilísima, toda la grandeza de su carácter humano.



NAVIGARE NECESSE
VIVERE NON NECESSE

LA FECUNDA MARCHA DE QUIJANO

Hugo Alfaro

Parece que fuera otra de las notas que él me “mandaba” a hacer, porque desde 1945 casi no he escrito más que lo que Quijano me pedía, o esperaba, que yo escribiera. No diré que mi vida se explica por la suya, pero haber vivido 30 años haciendo *Marcha* juntos —con Julio Castro, Arturo Ardao y tantos otros compañeros— termina por convertirse en una razón de ser y hasta en una manera de ser. ¿Habría sido yo tan activo como lo fui desde que tomé a mi cargo, en aquel lejano año, la crítica cinematográfica y pocos meses después la administración de *Marcha* sin el ejemplo cautivante de Quijano?

A su lado, todo era posible. “Alfarache ¿cómo andás de avisos? ¿No podemos ir a 32?”. *Marcha* se hacía en pliegos de ocho páginas y habitualmente salíamos en tres pliegos, o sea, a 24 páginas. “Mirá las notas que tenemos”, (me tuteaba cuando el asunto era “trascendente”). Y me mostraba las notas que teníamos. Eran muchas y sin duda muy buenas. A fin de mes se alarmaría (nos alarmaríamos) ante el seguro déficit. Pero ahora —ahora— se precisaban esas ocho páginas más. . . Y mañana Dios dirá. El viernes nos dábamos todos la razón, porque el número había salido realmente bien. Todos, menos Quijano. Encontraba erratas en la corrección, títulos que se pegaban, “¿usted cree que ese artículo tan largo sobre jazz se va a leer?; “hay que decirle a mengano que escriba más corto, y a zutano que escriba más largo”. Se disculpaba por la cantidad de cifras del editorial. “Pero era mi deber hacerlo” (como si tuviera que explicarse). “A chaque jour suffit sa peine”, solía decir él. Pero ya estaba preparando en la fragua, ardientemente, la edición de otro viernes. Y así, sorteando jubilosamente las dificultades, se hicieron 1,676 ediciones de *Marcha*. Entre el 23 de junio de 1939 y el 22 de noviembre de 1974.

Antes, desde 1917 en que nace el Centro “Ariel”, del que Quijano sería el primer secretario general, y después en el exilio, a partir de 1976 y hasta hace tres días, 10 de junio de 1984, en que la voz quebrada de Litita me anuncia por teléfono la muerte increíble de su padre —en el México fraternal que lo acogió con su familia como a uno de los suyos— la vida de Quijano es un acto de fe. ¿Pesimista, él? ¿Amargado él? ¿Destructor, en tanto los demás construyen? Pero por favor. Pesimistas son los que se quedan rumiando en los rincones y renunciando a hacer lo que se debe hacer, porque total. . . si nada va a cambiar. . . Quijano es el cambio, el desafío constante, el libre examen, la duda y la fe.

En el 17 son las luchas por la Reforma Universitaria, que preparan las triunfales jornadas de Córdoba en el 18; en el 24, ya recibido Quijano de abogado, es la beca a París para estudiar economía en la Sorbona.

Pero allí también el encuentro fermental con otros jóvenes latinoamericanos que sienten la hermandad del tronco común: Asturias, Arévalo, Haya de la Torre, Alfaro Siqueiros, Julio A. Mella, Carlos Pellicer, Ingenieros y Vasconcelos. Fundan la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGEL) y denuncian con no menos rigor que pasión, los términos reales de la ecuación imperio-países sometidos. Concretamente: las intervenciones yanquis en el Caribe. En ese marco, Quijano, que habría de ser el primer secretario general de AGEL, escribe: *Nicaragua, ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*, libro en el que se prefigura el drama de la heroica Nicaragua de nuestros días. La década que sigue será apasionante. En el curso del mismo año 28 Quijano regresa al Uruguay, fundada la Agrupación Nacionalista Demócrata Social, es electo diputado y abre el diario *El Nacional*, modelo de periodismo veraz en cuya prédica bulle la ideología socialista de su director. La denuncia antimperialista no cesará. En 1932 (ya *El Nacional* había cerrado bajo el cerco económico y político que se le tendió) sale *Acción* que un año después en plena dictadura libra contra ésta un combate periodístico ejemplar, en cuanto no abandona el metódico esclarecimiento de los grandes problemas del país. Informa y forma a las nuevas generaciones, he ahí el trillo en que ahonda Quijano desde su mocedad hasta su madurez. En 1939 *Acción* calla, para dejar paso al nacimiento de *Marcha*. En lugar de la ardorosa tribuna juvenil, el gran semanario de alcance nacional, y luego internacional. Para algunos es el comienzo; para Quijano y sus compañeros de la primera hora, es otro horizonte que se abre en la fecunda marcha.

En esa primera hora —primerísima porque es de madrugada— estarán también, entre otros, pegando en las paredes de Montevideo el afiche que anuncia la aparición del nuevo semanario, Juan Carlos Onetti —primer secretario de redacción que tuvo *Marcha*— y Julio E. Suárez (“Pelo-duro”), autor del afiche y de geniales caricaturas políticas ya desde *El Nacional* y después en *Marcha*, hasta su muerte, en 1965. Ellos ignoraban que estaba ocurriendo, a esa misma hora, en el taller donde debía salir el número 1 de *Marcha*. Un desperfecto mecánico demoró la impresión, determinando que la primera edición del semanario de los viernes saliera un sábado. El episodio es típico en la vida de Quijano, quizá típico en la vida de la gente que tiene empuje, pero no una cuenta bancaria que también empuje. Siempre anduvo Quijano lidiando con motivos peregrinos de preocupación (él se amparaba en ellos para justificar sus históricos berrinches). La rotativa que no anda, las bobinas de papel que no alcanzan, el Correo que entrega el jueves, ya tarde, alguna esperada nota del exterior, los apagones en la zona del taller a la hora del cierre, las clausuras que también son apagones y terminan siendo un cierre. Pero ningún accidente doblegaba la voluntad de Quijano, que siempre tuvo, justo es decirlo, buena gente a su lado. En los repechos se le paraba el auto, pero es difícil que no anduviera por allí Jacinto Duarte, para dar una mano. Jacinto empujó el auto de Quijano y la locomotora de *Marcha*. No menos puede decirse de don Fernando Carballo, que hizo de la minuciosa atención de las cosas menores una callada forma de la lealtad.

Ahora estamos en el Cilindro. Corren los primeros meses de 1974. *Marcha* ha sido clausurada, y Quijano, Julio Castro, Onetti y yo permanecemos detenidos bajo el régimen de Medidas Prontas de Seguridad (debido a nuestra notoria peligrosidad). Eramos entonces

alrededor de cien los internados en ese estadio deportivo convertido en establecimiento de reclusión. En su mejor estilo Julio entró tuteando a todo el mundo y pronto se ajustaría el delantal de arpillera para hacerse cargo de la gigantesca olla popular. Era una gastronomía politizada: mientras pelábamos papas, Julio no dejaba de explicarnos a todos el cómo y el por qué de lo que iba ocurriendo por esos días en el resto de Latinoamérica, recorrida por él poco menos que palmo a palmo. Aún bajo clausura, la prédica de *Marcha* continuaba. Casi todos los demás "parroquianos" eran dirigentes sindicales o simples trabajadores. Miraban a Quijano y Quijano los miraba con una mezcla de respeto, curiosidad y distancia. El intelectual, acostumbrado sin embargo al trato abierto con los compañeros de la imprenta, no encontraba acomodo en una convivencia de 24 horas. Aquellos eran los representantes tangibles de esa clase obrera a cuyos históricos derechos se refería Quijano en sus editoriales. No se trataba de abstracciones. Eran, en carne y uña, los muchachos del Bao, vecinos de La Teja, montevideanos que hacían del carnaval, del futbol y de la lucha sindical un mismo impulso. Porque la vida, la vida breve, debía ser linda y digna. Y chau. Hubiera o no libros que lo dijeran (y no pocos de ellos sabían de la existencia de esos libros y cuáles eran) pero miraban a Quijano con indecisa admiración, sin encontrar acomodo ellos tampoco. Hasta que el truco, el mate, el zurcido invisible que la calidez de Julio ayudaba a tejer, fueron socavando la timidez y las reservas. Resplandeció entonces aquello que no podía seguir oculto: la unidad fraternal en el pensar y el sentir de quienes no por casualidad, habíamos sido reunidos bajo el mismo cielo de cemento del Cilindro.

Las charlas sobre economía, política y sobre la situación del movimiento sindical uruguayo serían el pan de cada día. Una honda amistad se había fundado en aquellos tiempos de dolor, resistencia y oscura esperanza. El día del cumpleaños de Quijano, 21 de marzo, los obreros allí detenidos, murgueros de ley en su mayoría entonan el "Himno del Cilindro". Sobre música de Palito Ortega estallan las estrofas que después todos habríamos de corear:

"Yo tengo fe que todo cambiará
que la tortilla una vuelta dará".

Antes de consumarse esa vuelta inexorable, cuantas vueltas. El hombre frugal, el de un churrasco, un "Martín Fierro" y un yogur, a los 76 años debe cargar la casa al hombro (en realidad: la valija con libros, la ropa sucinta y el cepillo de dientes), y partir hacia otros cielos. No ciertamente de cemento, sino hospitalarios y generosos. "No puedo permitirme el lujo de la nostalgia. . .", dirá Quijano en México. Y —el pesimista, el amargado— empieza desde cero otra vez. Otras imprentas, otros compañeros de taller. *Cuadernos de Marcha*, segunda época; otra editorial, más libros, para formar e informar. Y en los adentros, en el más secreto adentro, el aire tan suyo de la Ciudad Vieja y el país que duele. El tiempo huye, Quijano lo quiere atrapar. Pero muere en la fecunda marcha. Es otra vida que cobra el exilio. Cuando el Uruguay se encuentre a sí mismo —del todo, no a medias— podremos medir la grandeza de Carlos Quijano y lo oprimente del silencio que ahora deja.

Pero las campanas no doblan por él. Ni por Julio ni por otros compañeros que se fueron. Doblan por el ayer y por todo lo que está realmente muerto.

ESCRIBIMOS
PROCESO
PARA QUE
LO LEA
QUIEN QUIERA...

en el homenaje al líder obrero. Ya anterior Caballero Escamilla había dicho a Proceso que "esos señores tendrían por qué ir." "Nadie los ha llamado", precisó. No obstante, Ber Garza Sada, presidente del sub Alfa y actualmente cabeza principal Grupo Monterrey, declararía poco después en el aeropuerto —a donde se fueron en masa los empresarios despedir a López Portillo—, que Velázquez "se merece esa estatua: has cosas más, porque ha ayudado a la estabilidad del país en los últimos años". Y agregó sonriendo el mismo día: "Estamos muy contentos".

En el acto hablaron, además, el ex gobernador de Escamilla, el dirigente sindical Andrés Lambreón y el original escultor de la estatua, el artista de la Ciudad de México, que fue el encargado de diseñar la estatua. Se trata de una obra de arte, un



AUNQUE SÓLO
LO HACEN
QUIENES PIENSAN,
BUSCAN O TEMEN
LA VERDAD.

proceso

LA IDEA DE LATINIDAD Y LA IDEA LATINA

Arturo Ardao

- I. Idea e ideología
- II. La idea de latinidad
- III. La idea latina.
- IV. Latinoamérica entre la latinidad y la idea latina.

I. Idea e ideología

Se ha hablado y se habla de idea de latinidad, por un lado, de idea latina por otro. Semánticamente muy matizadas cada una de ellas, tienen entre sí muchas relaciones, incluso la de descendencia histórica de la segunda respecto a la primera. Pero son ideas cuya diferenciación importa. Por lo pronto, la idea de latinidad, en su más lato sentido, es la de una vasta comunidad cultural, expandida en el espacio desde un pequeño foco itálico hasta mucho más allá de Europa, y en el tiempo, desde la antigüedad hasta nuestros días. La llamada idea latina, en cambio, aun tomada también en su mayor amplitud, es sólo a mediados del siglo XIX que aparece, haciéndolo en el seno de aquella vieja latinidad, bajo la forma de un deliberado movimiento de mayor o menor alcance, mantenido activo hasta hoy.

Se desprende ya de lo expuesto el distinto papel que la palabra idea desempeña en ambos casos. En el primero, idea equivale a concepto: concepto de latinidad. En el segundo, idea equivale, para decirlo corto, a ideología: ideología latinista, por supuesto inspirada en la latinidad histórica. Claro está que la expresión "idea latina" en el sentido de que aquí se trata —no, por ejemplo, en el de tal o cual particular idea producida por un autor latino o un pueblo latino— constituye en sí misma un solo término com-

puesto, al cual también corresponde una idea con la equivalencia de concepto. Para hacer gramaticalmente explícita la implícita lógica subyacente del lenguaje, si bien sacrificando entonces tanto la economía como la estética verbales, tendríamos que decir, o haber dicho desde el título: la *idea* de "latinidad" y la *idea* de "idea latina".

Por ociosa que pueda parecer la aclaración que antecede, la hemos creído necesaria al entrar en un terreno en el que tanto abundan los malentendidos. De éstos, el mayor de todos es el que resulta de manejar como sinónimos el término simple "latinidad" y el término compuesto "idea latina". La multivocidad del solo término "idea", es, sin duda, factor decisivo de esa situación. La "idea latina", lo hemos dicho, se genera en el ámbito de la latinidad tradicional, concebida, en consecuencia, por espíritus latinos. Sólo por eso es ya latina a primer grado, como puede serlo cualquier otra idea de latinos sobre cualquier materia. Pero es además latina a segundo grado, en la medida en que es una idea (o elenco de ideas, en tanto que ideología), resultante de una reflexión sobre la latinidad en la época moderna, con vistas a una reanimación de su espíritu y a una reorientación de su actividad.

La mencionada sinonimia —válida únicamente por excepción en un contexto convencional— siendo el malentendido mayor, no es el menos fácil de disipar. Menos lo son los que derivan de la diversidad de significados específicos que, a partir de sus respectivas conceptualizaciones genéricas, reciben internamente la idea de latinidad y la idea latina.

II. La idea de latinidad

Manteniendo por ahora el punto de partida de la *latinidad* en su más lato sentido, su único elemento indiscutible de identidad y continuidad a través de la historia, es el lingüístico-cultural. El geográfico, el étnico y el religioso, a los que tantas veces se ha apelado como indicadores de deslinde, han tenido significación real, y hasta muy poderosa, en determinadas épocas. Pero no sólo no operan como constantes históricas, sino que se han dado siempre condicionados por una forma de cultura de enérgico, a la vez que ininterrumpido, substrato lingüístico. Un lenguaje hay que no sólo ha puesto su marca cultural sobre cambiantes territorios, etnias y creencias o descreencias, sino que constituye el gran hilo conductor y reconocedor de la latinidad desde sus remotos orígenes hasta hoy: es el *lenguaje latino*, enunciado aquí también en su sentido más lato, comprensivo tanto del epónimo latín, como de los descendientes idiomas neo-latinos, a menudo llamados, no sin razón, simplemente latinos.

La precisión final que acabamos de hacer, nos conduce a la obligada distinción inmediata de dos grandes etapas en la evolución de la latinidad, considerada ahora ésta sólo desde el definidor punto de vista de su expresión lingüística: la etapa del latín propiamente dicho, oriundo de la pequeña llanura solariega del viejo Lacio, lengua muerta hoy, y la etapa de aquellos idiomas latinos engendrados por él, dispersos en nuestros días por todos los continentes. Se trata de dos etapas sin solución de continuidad, pero cuya transición no fue automática.

No fue automática, ante todo, porque la extinción del latín como lengua popular viva y la gestación de los nuevos idiomas latinos o romances, tuvieron lugar bajo la consabida forma de un solo fenómeno indivisible, a lo largo del confuso período multisecular que siguió a la caída de Roma. No fue automática, después, por el tan decisivo hecho de que luego de muerto como habla del pueblo, el latín prolonga su vida como única y floreciente lengua culta del mundo occidental, por prácticamente todavía un milenio más. Suplantado desde los primeros siglos de la Edad Media como lengua popular en el área de la latinidad o romanidad, por los idiomas descendientes suyos, subsistió, sin embargo, vivo como lengua culta hasta los primeros siglos de la Edad Moderna, no sólo en

dicha área: también en el propio mundo germano y aun en parte del eslavo.

La distinción de etapas en la marcha histórica de la latinidad, puede establecerse con diversos criterios, según el interés ocasional. No se podría encarecer lo bastante la que corresponde bajo el aspecto del expansionismo político-territorial, a partir del originario foco romano. Pero, por más relación que exista en el fondo, nos venimos refiriendo aquí únicamente a las básicas etapas de signo lingüístico estricto, regidas de entrada por el dominante dualismo de latín e idiomas latinos. El estudio filológico ha hecho de sobra el análisis y la periodización interna de cada una de esas dos grandes etapas: en cuanto al latín, su desenvolvimiento dos veces milenario, digamos desde el siglo VII A.C., en su fase arcaica, mucho antes de las primeras influencias helénicas, hasta el XVII D.C., en su más académica fase epigonal; en cuanto a los idiomas latinos, sus respectivos procesos —milenario cada uno de ellos, en términos generales— desde su génesis semibárbara en el Alto Medioevo, hasta su promoción literaria primero, y luego su moderno acceso a la expresión filosófica y científica en reemplazo del latín.

Abstracción hecha de tales pormenorizaciones, nos interesa ahora atenernos a aquella fundamental sucesión, a la vez que filiación —latín, idiomas latinos— relativizada ella misma por la brillante sobrevida culta que el latín tuvo, después de haber muerto como habla del pueblo. Sin ocuparnos aquí de una tercera supervivencia, más restringida aún, como lengua viva de la Iglesia Católica, sometida en nuestros días a formas de crisis, aquellas dos vidas históricas del latín, con sus respectivas muertes, separadas éstas entre sí por un milenio, imprimen singulares características a la historia de la latinidad, o si se quiere, a la filosofía de su historia.

Tan prolongada supervivencia del latín como lengua culta, ejerció enorme influencia sobre la constitución y destino de los nacientes idiomas que lo tuvieron por padre. La ejerció tanto más cuanto que, a la hora en que ellos asomaban a nivel popular, él mismo iniciaba con el Renacimiento Carolingio, hacia el 800, una nueva ascendente carrera, que lo llevaría a insospechados niveles conceptuales desde Alberto y Tomás en el siglo XIII, a Copérnico y Newton en los XVI y XVII. Pero la ejerció además, en mayor o menor grado, sobre la evolución de los idiomas europeos no latinos, por todo lo que el latín representó de cúpula académica en países ajenos

a la Romania tradicional; apenas son un rápido índice de ello los dos últimos nombres —uno polaco, otro inglés— que acabamos de mencionar.

Hace bien poco, en 1978, el maestro de la Sorbona, Pierre Grimal, hacía esta incitante condensación de la idea de latinidad en el genérico alcance con que la venimos registrando aquí:

“La latinidad es, en el sentido en que se la entiende generalmente, el conjunto de las naciones que han conservado en su lengua, su cultura y su pensamiento la huella de Roma. Esta latinidad, se sabe, desborda los límites de Europa, puesto que existe una América Latina, un poco *l'enfant terrible* de esta latinidad, sobre un continente donde las plantas que allí se aclimatan reciben de la tierra y del cielo una exuberancia muy particular. Desborda también los cuadros lingüísticos: si es cierto que se puede llamar ‘latinas’ las lenguas cuya estructura y vocabulario continúan la lengua de Roma, no lo es menos que lenguas de estructura germánica deben una buena parte de su riqueza a la influencia, ávidamente aceptada, de la literatura latina, cimiento y fermento de la Europa de los espíritus. No es necesario recordar aquí que la latinidad continuó durante siglos la unidad espiritual que había tenido antes por cuerpo el Imperio Romano, que hasta comienzos del siglo XVII, se hacía oír bien en Londres, en Oxford, en Amsterdam, en París, en Varsovia, en Viena, a condición de que se usase el latín. ¡Y no hablemos de la Romania, hija de elección de la latinidad!”¹

Sólo habría que hacer la salvedad de que a otros idiomas no latinos, además de los de estructura germánica, les cabe esa observación. Implícitamente lo estaba consignando el propio autor, al incluir a la polaca Varsovia, eslava por lo tanto, en su expresiva lista de capitales culturales.

La etapa de los idiomas latinos, asumida definitivamente por estos solos desde el siglo XVII, y en algunos casos desde el XVIII, al cabo de la segunda muerte del padre, completa el recorrido histórico de la latinidad, hasta la hora presente. Después de la dispersión dialectal del viejo latín, había acontecido el lento reagrupamiento en torno a un abreviado número de

centros lingüísticos: aquellos que fueron resultando más fuertes que otros por distintas razones, no excluidas las políticas y militares. Del conjunto, se convirtieron a su hora en idiomas oficiales de sendas naciones-estados, cinco de ellos: el francés, el italiano, el español, el portugués y el rumano. Pero algunos de esos mismos idiomas, o bien otros, o, en su caso, simplemente dialectos, procedentes todos del latín, se perpetúan en la condición de lenguas maternas de nacionalidades europeas minoritarias, subsumidas en naciones-estados de mayor radio, a veces latinas ellas también. Así, a pura vía de ejemplo, sin entrar en precisiones sobre sus respectivos estatutos: el francés y el valón en Bélgica; el francés, el italiano y el romanche en Suiza; el provenzal y el corso en Francia; el catalán y el gallego en España.

Consabido es cuánto más extensa y variada podría ser la lista si la continuáramos en la línea dialectal, en los países latinos como en los no latinos. En los primeros se ha producido aún la persistencia hasta hoy, aparte de las variantes latinas menores —idiomáticas o dialectales— de muchos reductos y fondos lingüísticos de procedencia no latina, anterior o posterior al asentamiento del propio latín. Importa recordarlo porque se trata de una constante histórica de la latinidad desde sus más remotos orígenes romanos, y hasta prerromanos —en el primitivo y ya complejo Lacio— sin cuya consideración la naturaleza de la latinidad misma deja de comprenderse. En cualquier caso importa recordarlo; pero en especial cuando la latinidad se sigue en su prolongación extraeuropea.

Por vía imperial, España, Portugal y Francia implantan la latinidad en la América meridional desde los comienzos de la época moderna; de donde, a partir del siglo XIX, la “América Latina” independiente, de lenguas oficiales española, portuguesa y francesa, con el agregado de pequeñas posesiones francesas todavía subsistentes. Ciertamente semejante estatuto lingüístico se da en coexistencia, mayor o menor, con muchas lenguas de comunidades precolombinas, de preciosa riqueza cultural; pero sólo en el grado, según el corte sincrónico, es eso diferente a lo ocurrido con la latinidad en el curso de los siglos de su expansión europea, empezando ya por lo que fue el caso de su expansión estrictamente itálica. Ciertamente que la mitad de los países latinoamericanos llevan nombres oficiales y correlativos gentilicios nacionales de procedencia

1 Pierre Grimal, “Latins ou Romains?”, en el vol. colectivo *La Latinité, hier, aujourd'hui, demain*, Avignon, 1978, pp. 43-44.

idiomática no latina;² pero en la misma Europa latina eso sucede también nada menos que con Francia, cuya denominación nacional es de raíz germana. ¿Sería necesario recordar todavía que el propio término compuesto "América Latina", incluye, tanto como un elemento latino, un elemento germano, tomado éste del nombre de pila de un italiano del Renacimiento?

En el reciente escrito de Pierre Grimal, citando antes, se hace esta observación:

"Hace menos de cincuenta años, se creía —o por lo menos se escribía todavía— que los latinos formaban una raza definida, una rama de los indoeuropeos, habiendo aportado a Italia virtudes que les eran propias, y de muy antiguas tradiciones, más o menos inscriptas en sus cromosomas [...]. De hecho, los romanos no se pensaban como una raza, sino como un *nombre*, un *nomen*: es decir, una realidad abstracta, de carácter esencialmente jurídico. Daban la misma calificación a los latinos, que eran para ellos, "el nombre latino", *nomen latinum*. Y reconocían espontáneamente —se gloriaban aún de ello— que este nombre romano había surgido de una mezcla de hombres venidos de todos los horizontes. Pues bien, sus dichos se encuentran confirmados por los resultados más recientes de la arqueología. Y esto acarrea grandes consecuencias, válidas todavía hoy."³

Tanto más válidas, añadamos nosotros, cuanto que desde hace tiempo la latinidad se ha extendido de alguna manera a todos los continentes. Cualquiera sea su entidad en lo cuantitativo o en lo cualitativo, cabe mencionar, en la propia América septentrional, predominantemente sajona, el Canadá francófono —mucho más amplio que la sola provincia de Quebec— y los agrupamientos hispanófonos de los Estados Unidos; en África, los países y enclaves de lenguas francesa, portuguesa, española e italiana; en Asia, los de lenguas francesa, española y portuguesa; en Oceanía, los de lenguas francesa y española.

Reconocida con esa amplitud histórica y geográfica la idea de latinidad en sentido lato, resta hacer presente los alcances restringidos de la misma idea. En el más restringido de todos,

resulta ser equivalente de la lengua y la cultura latinas del mundo antiguo, diferenciadas de las helénicas, por más influencias que recibieran de éstas. En otro menos restringido, abarca la lengua y la cultura latinas de la antigüedad más las de la cristiandad medieval y renacentista. Se comprende que en ambos sentidos restringidos no se trata más que del latín propiamente dicho, prescindencia hecha del orbe lingüístico-cultural de los idiomas latinos sucesores. Se comprende también que ambos sentidos corresponden, en grandes líneas, a la distinción, a la vez que integración, tanto de la religiosa secuencia paganismo-cristianismo, como de las dos dilatadas épocas vivientes del latín, de las cuales la segunda lo fue sólo como lengua culta.

Naturalmente, el segundo de esos dos alcances restringidos posee su propia amplitud dentro de la restricción, por lo mismo que contiene dentro de sí al primero. En su marco, la latinidad —o la cultura latina— sustentada en el cuantioso acervo bimilenario de los textos producidos en latín, o vertidos a él del griego, del hebreo, del árabe, tiende, si no a identificarse del todo con la forma clásica del humanismo de Occidente, a presentarse como su más consistente columna vertebral.

III. La idea latina

Después de lo dicho en todo lo que antecede, no deja de ser paradójal que la que se viene llamando *idea latina*, aparezca recién en el siglo XIX. Y todavía, que aparezca con rasgos, y hasta ímpetus, de novedad, de los que extrae un carácter más de nacimiento que de renacimiento.

No obstante, la noción misma de renacimiento —o de resurgimiento, como en un empleo diferente pero emparentado dijeron en la época los italianos— no estuvo del todo ausente. No lo estuvo, porque la idea latina, con toda su condición de ideología moderna, no dejó de inspirarse en la vieja latinidad, sin la cual no se explican, en definitiva, ni sus fundamentos últimos ni su propio nombre. Pero sus más inmediatas circunstancias y motivaciones históricas, hicieron de ella cosa nueva, sin antecedentes concretos en los dominios a que quería aplicarse. No se aspiraba a reconstruir, sino a construir. Y semejante aura de novedad llegó a rodear, aunque esto suene a extraño, a la misma terminología latinista en tanto que latinista. Se la adopta entonces en primacía sobre la romanista, agota-

2 Esos países son: Cuba, Chile, Guatemala, Haití, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay. Con nombre de raíz latino-hispánica, son, en cambio: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, Puerto Rico, República Dominicana, Venezuela.

3 P. Grimal, *lug. cit.*, pp. 44-45.

da a esas horas como la mas tradicional expresión gentilicia, con entonación político-institucional, del viejo legado cultural de Roma. Se trataba de infundir un distinto espíritu a connotaciones también distintas, sin renunciar al sentido profundo de aquel legado: nada mejor para ello que empezar por la puesta en primer plano del gentilicio estrictamente lingüístico.

Es éste el momento de hacer una constancia capital, deliberadamente pospuesta hasta aquí. La idea de latinidad que nos ocupó en la parte anterior de este trabajo, significadora de una realidad histórica de origen tan anterior al de la idea latina, es, del punto de vista terminológico, un producto de esta última. Antes del advenimiento de la idea latina, ya adentrados en el siglo XIX, no era de "latinidad", como categoría histórica, que se hablaba. Se hablaba en su caso de "romanidad"; o más naturalmente, de pueblos románicos o romanos; o bien, si la referencia se remitía a tiempos más o menos lejanos, de la legendaria Romania, conforme al término de vasta circulación en la Edad Media, al que se atribuye un origen hispano hacia el siglo V. Ha sido como consecuencia de la exaltación latinista promovida por la idea latina, pero despojándose del carácter ideológico de ésta, que la concepción correspondiente a la genérica idea de latinidad ha venido a recibir la denominación, precisamente, de "latinidad". No ha dejado ello de determinar interferencias en ambas direcciones, de donde la eventual sinonimia mentada al principio.

La larga preponderancia del léxico romanista —proviniera éste de la originaria Roma o de la derivada Romania— obedeció fundamentalmente a la condición de centro histórico que después de haberlo sido en la antigüedad, siguió conservando Roma, con todas las proyecciones políticas que tenía entonces el hecho de ser la sede de la Iglesia. Los propios bárbaros que derrumbaron el viejo Imperio en el siglo V, lo restablecieron en la misma Roma ya desde fines del VIII por Carlomagno, y en forma estable desde el X por Otón I. Concebido por ellos mismos primero como Romano, pronto resultó denominado Sacro Imperio Romano Germánico, de existencia prácticamente milenaria hasta su formal extinción por Napoleón en 1806. Tal denominación registra la gran dualidad, a la vez que síntesis en el crisol de la Cristiandad, de la Romania y la Germania. Pero no sin una nota de preferencia. Romana como era ya por sí misma la institución del Imperio, la inmensa fuerza

espiritual de la Iglesia y el peso de las tradiciones greco-latinas, se sumaron para sustentar por largo tiempo la prioridad de la Romania en aquella denominación imperial. Y a la vez que en ésta, en el juego de toda clase de interpretaciones y valoraciones históricas, con abundante apelación a lo románico, o sencillamente romano.

Era de acuerdo con esa tradición, que todavía entrado el siglo XIX no se había hecho el hábito, según hemos dicho, de hablar de pueblos latinos. Era de pueblos románicos, o romanos, que se acostumbraba hablar para designar al corpus de la que hoy sin vacilación recibe el nombre de latinidad.

En sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, correspondientes a cursos dictados entre 1822 y 1830, en vísperas de su muerte, seguía Hegel ateniéndose al dualismo clásico de lo romano y lo germano, no sólo respecto al pasado, sino también en sus finales previsiones de futuro. En 1824 publicaba Ranke su significativa *Historia de los pueblos románicos y germánicos*. Entretanto, por el lado de Francia, fue en el umbral de la misma década del 20 que Guizot y Thierry, historiadores liberales, asestaron los postreros golpes al espíritu germanizante de la vieja nobleza francesa, lo que mucho después, en 1840, el segundo de ellos comentaba así:

"Ya no se verá a nuestra historia dar vueltas en un círculo sin reposo, ser tan pronto germana y aristocrática, tan pronto romana y monárquica, según la corriente de la opinión, según sea el escritor noble o plebeyo. Su punto de partida, su principio, su fin último, están fijados desde ahora; es la historia de todos, escrita para todos; abraza, asocia todas las tradiciones conservadas por el país; pero coloca delante de todas aquella del mayor número, la de la masa nacional, la filiación galo-romana, por la sangre, por las leyes, por la lengua, por las ideas."⁴

La verdad es que cuando a aquella altura del siglo persistía Thierry en emplear ese léxico tradicional, si bien aplicado a Francia, una nueva visión y una terminología nueva habían comenzado ya, en la misma Francia, a dar sus primeros aislados pasos, en el pensamiento historiográfico y en la doctrina política. La caída de Napoleón había hecho patente desde 1815, el definitivo acceso al protagonismo europeo de otras dos entidades sumadas ahora a las multi-

4 Agustín Thierry, *Récits des temps mérovingiens*, s/f Librairie de Paris, París, T. I. p. 181.

seculares meridional y septentrional. Una al oeste y otra al este: la sajona, rama desgajada del viejo tronco germano, y la eslava. Por más que lustros después insistiera Hegel en desdeniarlas en forma expresa en su filosofía de la historia, su seguro ascenso no había sido de ayer. Ahora estaban en plena primera escena, vuelta en adelante cuadrangular del punto de vista de las grandes categorías étnico-culturales: lo *germano*, lo *sajón*, lo *eslavo* y... no ya lo romano, o románico, sino lo *latino*.

Por cierto, ninguno de ellos era un término inventado, y menos que cualquier otro, el de latino. Pero será este último un término que estrenará novedosos giros semánticos, motivando la invención —esta vez, sí— no sólo del término latinidad, sin historia hasta entonces, sino aun del término compuesto “idea latina”. Sin poder detenernos en otra clase de precisiones, baste recordar el papel que en todo ello tuvo la conciencia historicista del romanticismo, en torno a dos ideas-eje: la de nacionalidad y la de raza, con todo el contenido intelectual de época, a la vez que resonancia emocional, que dicha conciencia les dio.

¿Dónde y cuándo la “idea latina” surgió? Distingamos por un lado, el término; por otro, la idea en sí misma.

En cuanto al término, el investigador y escritor francés contemporáneo Roger Barthe, en su obra *La idea latina*, ha establecido el lugar y el año de su primer enunciado: Montpellier, 1877.

Por lo pronto, ubica lo que llama “el primer vuelo de la idea latina” —a la que considera equivalente de panlatinismo— en la fraternidad catalano-provenzal, de naturaleza literaria y política, que tuvo por principales actores a los poetas Víctor Balaguer y Federico Mistral, en ocasión de la presencia de aquél en Avignon, en 1866-1867, primero como visitante y enseguida como exiliado político. Más adelante, en el curso de una muy ilustrativa al par que documentada galería de intelectuales franceses del área occitana, servidores de la misma idea, dedica un capítulo a Alfonso Roque-Ferrier, de Montpellier. Y es allí que escribe en cierto momento: “Toda la vida de Roque-Ferrier estuvo ordenada alrededor de la idea latina: y esta expresión misma de ‘idea latina’, que he dado como título a este ensayo, creo bien que él fue el primero en usarla.” Lo habría hecho, según el mismo Barthe, en un estudio titulado a su vez: “La idea latina en algunas poesías en español,

en lengua de oc y en catalán”, publicado en 1877.⁵

En ese estudio, su autor recordaba algunos antecedentes de la idea latina, remontándose el más lejano a París, 1843: la novela *Le Hachych* de Claude-François Lallemand, médico que ejerciera en Montpellier, a quien también Barthe considera el verdadero precursor, si bien en el plano de la ficción narrativa, de aquella idea.

La tesis de Barthe ha hecho camino. Recientemente se ha dicho: “Es preciso subrayar que la extensión de la comunidad catalano-provenzal a la latinidad entera, fue obra de Roque-Ferrier, quien habría sido el primero en asociar las dos palabras *idea latina*. . .”⁶ Mientras no se aporten otros elementos, cabe admitirlo así respecto al término mismo. Otra cosa es lo que se refiere a la idea latina en tanto que idea, es decir, en su caso, en tanto que ideología.

Se ha visto que el propio Barthe reconoce la existencia de dicha idea antes de que recibiera su nombre, cuando ubica su “primer vuelo” en la fraternidad catalano-provenzal de 1866-67. La anterioridad de la idea estaba también en el pensamiento de Roque-Ferrier, como surge del título mismo de su estudio juzgado bautismal: “La idea latina en algunas poesías en español, en lengua de oc y en catalán”. Pero igualmente coinciden aquél y éste en considerar muy reciente esa anterioridad, desde que ambos ven en Lallemand al precursor, por su novela de 1843. Curiosamente, la dominante óptica provenzal de uno y otro, con un siglo de por medio, les ha impedido divisar otra clase de antecedentes, de cronología prioritaria, en la misma centuria pasada y en la misma Francia.

Es altamente probable la existencia de antecedentes anteriores todavía a los que vamos a citar. Pero ya en 1831, en el período de transición terminológica que apuntábamos más arriba, escribía Jules Michelet: “Del mismo modo que Roma admitió en su seno los derechos opuestos de las razas extrañas, el elemento etrusco y el elemento latino, Francia ha sido en su vieja legislación, germánica hasta el Loire, romana al sur de este río. La revolución francesa ha casado los dos elementos en nuestro Código Civil.” Eso escribía, para decir en otro lugar del mismo escrito: “Su íntima unión será, no lo dudemos, con los pueblos de lenguas latinas,

5 Roger Barthe, *L'idée latine*, Toulouse, 1962, 2a. ed. (La 1a. ed. es de 1950-1951).

6 Véase *vol. cit.*, en n. 1, p. 34.

con Italia y España. . . Jefe de esta gran familia, devolverá al genio latino algo de la preponderancia material que tuvo en la antigüedad, de la supremacía espiritual que obtuvo en la Edad Media.”⁷

Apenas cinco años más tarde, en 1836, en un olvidado ensayo, el sansimoniano Michel Chevalier, protegido entonces de Thiers y futuro consejero de Napoleón III, ponía la verdadera piedra angular de todo el moderno movimiento latinista, o sea, de la más tarde llamada idea latina, en su acepción lata. Tiene el ensayo muchos aspectos de interés, como general interpretación filosófica de la historia, en el espíritu de la brios burguesía francesa de la época. Nos limitaremos a colacionar la más expresiva de sus conclusiones, hechas “del punto de vista francés”, como no dejaba de declarar:

“Francia es la depositaria de los destinos de todas las naciones del grupo latino de los dos continentes. Sólo ella puede impedir que esta familia entera de pueblos sea tragada por el doble desborde de los germanos o sajones y de los eslavos. Le corresponde despertarlos del letargo en que están sumidos en los dos hemisferios, de elevarlos al nivel de las otras naciones y de ponerlos en medida de figurar en el mundo.”⁸

Tratándose —más allá de la cuestión del término— de la idea o ideología, latina o latinista, extremada muchas veces a panlatinista, importa advertir la pluralidad de direcciones con que ha sido acogida o manejada, y en algunas situaciones, empuñada. No siendo fácil hacer el registro de la totalidad de esas direcciones, complejas y matizadas ellas mismas, apuntemos en este lugar las que nos parecen ser las tres principales, abarcables todas por el concepto y el nombre de idea latina en su más amplia cobertura. En líneas generales, esas tres direcciones vienen a ser tres grandes etapas tentativas del recorrido hecho por la idea latina desde sus orígenes hasta nuestros días.

Primera etapa. La idea latina surge en el inicial pensamiento romántico francés del primer tercio del siglo, como conciencia étnico-cultural, panlatinista sólo en potencia bajo el rectorado de Francia. Abierta dicha etapa en la

década del 30 por hombres como los Michelet y los Chevalier, culmina con la intervención francesa en México en la del 60. No fue así sin que en la del 50 se alzarán voces en el mundo hispánico para erigir a España en la cabeza de la latinidad de lengua española de uno y otro lado del Atlántico, con profesión de latinismo antes que de hispanismo.

Segunda etapa. La idea latina reaparece como respuesta de un sector francés a la derrota de Sedan, bajo la forma de latinismo literario y cultural, acompañado en segundo plano por un expreso panlatinismo político. Es la verdadera “idea latina” de origen provenzal, históricamente desvinculada de la anterior a la vez que creadora del término. En lo cultural, a la hora del renacimiento literario occitano, tiene la gran significación de haber concretado por primera vez el encuentro en espíritu de la global latinidad moderna. Fue así en el histórico concurso del “Canto al latino”, en Montpellier, 1878, de conjunta organización catalano-provenzal, cuyo centenario ha tenido ahora conmemoración internacional en Avignon. Participaron desde el Mediodía europeo a Rumania (cuyo poeta nacional Víctor Alecsandri fue el triunfador), Canadá y Latinoamérica (representada por un envío del colombiano Miguel Antonio Caro). Aunque no concursó, Federico Mistral fue la figura central del acontecimiento, como lo fue también de todo el panlatinismo provenzal de la época, aun en su aspecto político: en el pos-trer romanticismo, Mistral y sus compañeros alentaron el sueño de una futura federación o confederación, extendida poco a poco desde el sur de Francia —predestinado a ser su centro— a todo el orbe latino, europeo y no europeo.

Tercera etapa. Desde los alrededores del 900, a través de sus expresiones más relevantes registrables hasta el presente, la idea latina se libera de los proyectos decimonónicos, para circunscribirse a la afirmación intelectual y cultural de la latinidad genérica, en su rico acervo humanista. Por muchos altibajos, especulativos unos, pragmáticos otros, ha pasado, interpretada en un amplio espectro, desde hombres como Maurras hasta hombres como Jaurès. Por encima de todas las contingencias, al margen de circunstanciales programas culturales, y con mayor razón políticos, domina y ha de seguir dominando la forma de *idea latina* que fluye espontáneamente de la condensación que Romain Rolland hizo de la de *latinidad*: “La latinidad no es una raza; es una lengua, una tradición, una cultura,

7 Jules Michelet, *Introduction a l'Histoire Universelle*, en el vol. póstumo *Histoire et Philosophie*, París, 1900, pp. 73-74, 101-102.

8 Michel Chevalier, “Sobre el progreso y porvenir de la civilización”, Apéndice documental en el vol.: A. Ardao, *Génesis de la idea y el nombre América Latina*, Caracas, 1980, p. 165.

un vínculo de orden espiritual, una herencia común, el primer designio de una más grande patria."⁹

IV. Latinoamérica entre la latinidad y la idea latina

América Latina, o Latinoamérica, se relaciona por un lado con la latinidad; por otro con la idea latina. Pero ambas relaciones son de muy diferente índole.

En tanto que realidad histórica, América Latina es desde su origen a fines del siglo XV, es decir, desde mucho antes de llamarse de ese modo, una prolongación de la originaria latinidad europea. En definitiva, parte integrante de la latinidad sin más; una parte cuya gravitación relativa en el conjunto ha venido creciendo sin cesar. En tanto que denominación, en cambio, es del siglo XIX que procede, como producto directo de la idea latina, tan pronto tuvo lugar el advenimiento de ésta.

Claro está que de la pertenencia de Latinoamérica a la latinidad, no se habló hasta el siglo XIX, porque no es sino entonces que este término, retroactiva tanto como prospectivamente, reemplaza al de romanidad. Después, es sólo en plano académico, y esto mismo por rara excepción, que de modo literal se vincula a Latinoamérica con la vieja Romania. En ese carácter de excepción, expresivo por lo mismo, decía en 1926 Pedro Henríquez Ureña: "... pertenecemos a la Romania, la familia románica, que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad." Y en 1934, en una transición léxica no menos expresiva, puntualizaba: "Pertenecemos al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real, sino ideal."¹⁰

La relación orgánica de Latinoamérica con la latinidad, tiene todavía otro aspecto. En la

recordada conmemoración latinista que tuvo lugar en Avignon en 1978, el profesor francés René L.F. Durand, presentó desde Dakar un sustancioso trabajo con este título, llamativo por su procedencia: *La latinidad y la América; algunos aspectos de la latinidad en Venezuela en el siglo XIX*. En contra de lo que pudiera pensarse, nada tiene que ver con el nombre América Latina, ni en lo histórico ni en lo teórico. Trata exclusivamente de la presencia de la cultura latina clásica en las manifestaciones literarias y científicas venezolanas, de la generación de la independencia y de las que le siguieron hasta fines de la centuria. El caso venezolano no es sino una muestra de un general fenómeno continental. Debe tenerse presente que hasta la independencia, y en algunos países hasta algunos años después de ella, persistió el régimen de enseñanza universitaria y exámenes públicos en latín, que fue característico del largo período colonial. Es obvio, pues, que la latinidad a que se refiere el mencionado trabajo, es, ella misma, latinidad en sentido estricto; pero, por otra parte, todavía lo es en su sentido más fuerte: pone el acento en las tradiciones latinas de la antigüedad clásica.

En cuanto a la relación de Latinoamérica, por el lado de su nombre, con la idea latina, ella se había producido desde los primeros pasos de ésta, antes de que el mismo término "idea latina" hubiera hecho su aparición. Corría todavía la década del 50 cuando la inicial efervescencia latinista de la época —la naciente ideología de la latinidad— había impulsado a algunas alertas inteligencias hispanoamericanas a dar a su América el nombre de América Latina. En este plano ideológico, hay así una "idea latinoamericana" originariamente inspirada por la "idea latina", pero que tiene después su propia vida autónoma. Este es ya asunto de desarrollo separado.

9 Véase *vol. cit.*, en n. 1, p. 201.

10 Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, pp. 42 y 13.

SEGUNDA NOCHE

Rodolfo Uribe Iniesta

Sabes que eres el siguiente. No es que puedas ser el siguiente o que te preguntes si eres el siguiente: tienes la certeza de que eres el siguiente y que lo tendrás que enfrentar en cualquier momento. Tu puerta fue abierta abruptamente. Estabas demasiado dormido; estabas agotado, todo el día vagando por esa ciudad tan extraña y ajena a todo lo que tú pudieras sentir o entender había sido demasiado para tí. Apenas ayer apareciste de pronto en el centro de ella, te abandonaron ahí sin más punto de referencia que el lugar que pisabas y tu ignorancia. Y hoy luchaste por descifrar ese lenguaje que te abruma, ese mismo igualmente incomprensible en la boca de la gente como en la ciudad misma y que se convierte en un extraño rompecabezas mal ensamblado que hay que deshacer y rehacer dentro de tí poco a poco para poder acercarte a ella; no sabes si es una ciudad de absurdos o has sido tú el que ha llegado en mal momento y a lugares equivocados; tus pasos te llevan a parques vacíos, a callejones con demasiados coches y casas grises sin rostro, o a edificios como grandes mundos subterráneos para habitantes distintos a aquellos que se afanan silenciosamente por sus pasillos.

Estabas demasiado cansado para contestar bien a las estúpidas preguntas, y sin embargo, debiste haber estado en algún lugar cercano porque reaccionaste velozmente y despertaste apenas abrió la puerta atropellando tu sueño; enciende la luz y dice algo mascando su seudo-francés. Por alguna razón crees haberlo visto antes, entonces recuerdas el incidente de la tarde cuando subías las angostísimas escaleras y viste una puerta abierta que daba a un cuarto más limpio y mejor que el tuyo, con un sospechoso espejo que cubre casi completamente la pared roja; al fondo del pasillo se abre una puer-

ta y sale un hombre extremadamente flaco que te habla, intentas comprender lo que te dice, pero al igual que la mayoría de la gente se desespera y en un pésimo inglés te pregunta a qué horas llegaste. ¡Qué carajos le importa!, es tu primer pensamiento, pero recuerdas que no viste a nadie en el mostrador cuando entraste, así que tal vez se esté haciendo cargo del hotel (además tu tienes la duda de que se permitan subir botellas), de cualquier manera su pregunta es demasiado vaga, y dices, ¿Cuándo? El en su mal inglés vuelve a preguntar como autómatas, ¿Cuándo llegó? Tu respondes con la misma vaguedad: Ayer. El se jala la camiseta sucia que trae sobre unos pantalones viejos, y con la escoba y la cubeta se mete en otro cuarto mascullando cosas que no alcanzas a entender si son en inglés o en francés, pero que crees que se refieren a la botella. La escalera da vueltas cerradas como las escaleras de iglesia, pero a ésta la cubre una vieja alfombra roja muy sucia; llegas al piso donde está tu cuarto en un pasillo de puertas blancas casi amarillas de mugre, al fondo hay un letrero rojo —“salida de emergencia”— que da a una escalera que nunca llega al suelo; a la mitad del pasillo te detienes de espaldas a la ventana que se abre sobre un terreno donde descansan los restos de lo que hasta hace poco era una casa de estilo francés con sus blancos barandales y portales. Abres la puerta, la 28, y entras al calor encerrado de la tarde; en el extremo, al lado de la ventana está la cama, y a su lado una silla; tratas de abrir la ventana pero sólo consigues llenarte de polvo; se nota que no ha servido en mucho tiempo porque en el exterior hay una gran telaraña que la cubre casi completamente, es un trabajo muy elaborado de círculos concéntricos, sólidas galerías y atrevidas bóvedas, fruto de meses, tal vez años de

ádua labor y paciencia. Para detener el calor tratas de bajar la cortina de papel, pero está rota y tienes que atorarla con el respaldo de la silla; te diriges al lavabo que está metido en un hueco de la esquina contraria a la puerta, la pared y el lavabo que alguna vez fueron blancos, ahora tienen manchas amarillas por todas partes, y las llaves están verdes y negras de mugre; ahí vacías la botella en la cantimplora, y sales del cuarto esperando encontrarte al viejo flaco, de los ojos azules y cansados, para que vea que sacas del hotel la botella vacía; pero no lo encuentras y ya en la puerta te detienes junto al mostrador, está vacío lo mismo que el cuarto de junto donde a veces has visto a la mujer regordeta y despreocupada que te registró, o al muchacho de lentes que te cobró; nada más opuesto al viejo que limpia; encogiéndose los hombros sales, cerrando los ojos al sol y al calor del atardecer, con tu botella vacía entre las manos.

Es por eso que lo primero que se te ocurre decir es que ya sacaste la botella, él voltea afuera, y un poco más despierto distingues la piel blanca y tostada al sol que deja translucir todas las líneas azules de las venas, y las grises de los huesos; ahora repite enojado la misma pregunta: ¿Cuándo llegó? Al fin comprendes que estás viendo la pintura amarilla sucia de la pared porque él encendió la luz; a pesar de su delgadez se nota que aún es fuerte, pero tú estás tan molesto por el allanamiento que no le temes, y desde la cama, a medio incorporar, le gritas que a las siete y media, por decirle algo. El ahora mira aún más enojado, levanta su cubeta y su escoba y de un portazo cierra la puerta; tú no recuerdas bien lo que ha pasado, ya estás completamente despierto, sólo sabes que estás muy molesto, todo ha sido tan rápido y tan irritante, ¡Pero cómo no vio en la administración que este cuarto estaba ocupado!, ¡Qué carajos le importa a qué hora llegó!

Oyes el tintineo de las llaves y el crujir del piso de madera alejarse, parece que al caminar primero arrastrara los pies y luego pateara el suelo a cada paso. Se abre otra puerta, es la del cuarto de junto, las paredes son tan delgadas que si no fuera porque la estás viendo, hubieras pensado que era tu puerta; los oyes hablar, hay dos voces más; una es de un hombre, es más grave y se oye hueca y lejana como si viniera de un televisor, la otra es espon-tánea, clara y cansada, es una mujer delgada con

la piel pálida estirada sobre los huesos, ríe con frescura pero no es joven, tiene el cabello lacio y corto, un poco castaño; no te imaginas como puede reír con ese hombre, posiblemente ría del otro hombre que habla detrás de la pantalla de televisión escondiendo su abultado vientre. La puerta se cierra nuevamente y los pasos que oíste entre sueños vuelven a pasar frente a tu puerta; a tu lado se escucha nuevamente la risa de la mujer mostrando su dentadura blanca y pareja, entrecerrando sus ojos apagados, el hombre gordo ríe también, es real, ahora lo puedes sentir haciendo sufrir los tablones del piso con su enorme vientre en el que se hunden su voz y su risa para salir lejanos y vacíos, como transmitidos por televisión; por la entonación, sabes que hablan algo semejante al francés, parece que se burlan del viejo, quisieras unírte a ellos en sus risas, pero tienes que estar pendiente de los pasos; lo has entendido ahora; en la bolsa del pantalón guardas una navaja que no dudarías en usar. El repique de las llaves sube la escalera, los pasos toman el pasillo, calculas la distancia de la silla donde dejaste el pantalón a tu cama, los pasos siguen sin detenerse hasta el final del pasillo, te levantas y empujas el botón de apagado; en la obscuridad se oye mejor, y tienes que escuchar cada puerta que se abre, porque la siguiente puede ser la tuya, y sabes que serás asesinado.

“Si sólo supiera qué poco dinero tengo, me dejaría en paz”, piensas mientras el cansancio te sumerge en la somnolencia. Escuchas unos gritos en la calle, no los entiendes pero parece que llamaran a alguien y luego gritaran unas instrucciones, empiezas a soñar sin dormirte y estás de nuevo en la isla de Santa Helena recostado en el césped, pensando en alguien que no llegó, viendo moverse al otro lado del río la ciudad gris que aprisiona y exprime barcos negros y largos, petroleros perezosos que dan su sangre para que siga ese continuo traqueteo que llega hasta la isla como un rumor que se diluye con el sonido del viento entre las hojas. Del cuarto cercano te llega amortiguada la conversación de la pareja; la voz lenta y opaca, y la voz aguda y alegre que ríen y discuten en la televisión, crees oír una telenovela mientras permaneces boca arriba vigilando la puerta y el cielo raso manchado por las moscas y las luces que se cuelan por debajo de la cortina. De vez en cuando se abre alguna puerta y luchas por desperezarte, los pasos son diferentes, deben ser de otros huéspedes y te hundes más en tu sueño apretado por la sed. Tienes el

vino en la cantimplora, pero lo pensabas tomar mañana; porque mañana planeabas salir a primera hora y por eso no quieres tomar nada hasta que te convences diciéndote que no contabas con ese incidente, no contabas con que tal vez no hubiera mañana, y te acercas a la boca ese cuerpo redondo y helado, lo aprietas contra el pecho y la frente, y bebes, sientes, al recibir el vino; que tienes algo adentro que se te enfría y te enfrías de adentro hacia afuera, te adormece la frescura, el aliento del bosque, la brisa del río, el cosquilleo del pasto. Tomas lentamente un poco más. “¿Por qué me odia?”, te preguntas, es tan irracional que piensas que todo se deba a que no entiendes su francés. Relámpagos; desde que llegaste a Montreal y empezaste a gozar de tu falsa inexistencia, has visto grandes nubes colgar extendiendo sus panzas hinchadas desde Mount Royal hasta las planicies del otro lado del San Lorenzo. Oyes que llueve, pero por la rendija que no cubre la cortina no puedes ver las gotas, ves el húmedo resplandor de los anuncios de restaurantes y centros nocturnos, te preguntas en qué parte de la ciudad estás y no te importa, porque, después de todo, aquí no existes. Quisieras espiar un poco por la calle o dormirme recordando la isla de Santa Helena, pero tampoco puedes hacerlo porque tienes que estar atento a cada crujido de la madera, a cada rechinido o azotón de una puerta, pero ante todo, no debes quitar la vista de la puerta y del alto cielo raso hacia el que se inclinan las paredes.

Más que ojos, unas piedras de color azul, erosionadas y gastadas por el viento húmedo y el agua salada miraban un foco huérfano golpeado por la lluvia. Sentado detrás del mostrador vacío, el hombre se rascaba la espalda a través de los agujeros de su camiseta y no veía la lluvia, veía sólo el agua y se sentía correr con ella hasta el San Lorenzo que había sido su vida, de barcaza en barcaza a través del canal, desde Quebec y Nueva Escocia hasta Kingston y Toronto, hasta quedarse varado en el muelle de Montreal estibando bultos con la cara siempre hacia la verde isla de Santa Helena, bajo la mirada indiferente y despótica de los ángeles de cobre verde de Notre Dame du Bonsecours, vigilando eternamente las maniobras. El les tenía lástima, se imaginaba que se aburrirían mucho al ver lo mismo todo el tiempo, barcos que entran, barcos que se van, el mismo río; una tarde la lástima se tornó envidia y se

despidió de ellos. Encendió otro cigarro y miró con desprecio la salita pulcra y sencilla de los Desjardin; esa tarde alguien le había recordado su naufragio, no en los rápidos del río como hubiera querido, sino en un tercer piso de un edificio en la calle de Sherbrooke, donde un terco ejecutivo lo despedía en inglés mientras él juraba y perjuraba que no importaba lo que tuviera en el pulmón, él seguía con la misma fuerza que antes, capaz de cargar como el mejor, y no tenían derecho a quitarle su trabajo a un hombre sólo por su edad; el inglés le sonrió y en su medio francés le dijo que era inútil. Aún tenía fuerzas y lo demostraba ahora limpiando diariamente las 20 habitaciones del hotelucho, y permaneciendo todo el fin de semana sentado en la recepción día y noche sin dormir mientras los Desjardin holgazaneaban en su casa del otro lado de la isla. El estaba convencido de ser el único sostén del hotel, Michel y Annette no se preocupaban por nada, no les importaba nada (Michel era el muchacho de lentes que te cobró la primera vez y Annette era la pelirroja regordeta que siempre estaba tendida en el sillón y que te registró), dejaban entrar a cualquiera, sólo les importaba que pagaran, y aún así, era común que algunos se quedaran alguna noche de más sin pagar. “¿Dónde estaba él ayer?”, te preguntaste mientras acababas el vino de la cantimplora y le buscabas una parte fría para ponertela en la frente y combatir el sueño. “Parece”, decías en voz alta, “que el problema no es la botella, ni a qué horas llegué esta tarde, sino ayer”. “Esta gente sólo espera a que no haya nadie en la puerta para colarse; entran y salen como les da la gana, viven sin obligaciones ni preocupaciones, creen que el mundo está a su servicio, que pueden vivir sin trabajar, sin tener dinero y que todo se les debe perdonar. Hay que presionarlos, y yo sé como arreglarlos”, siempre la gente había entendido que debía abandonar el hotel, excepto aquellos dos que había tenido que dejar en los escombros del terreno de atrás que todavía estaba defendido por la alta fachada de lo que fuera una vieja casa francesa; no puedes saber si tienes los ojos abiertos o cerrados, sin embargo, sigues vigilando la puerta cerrada, escuchas unos pasos que se alejan lentamente bajando las escaleras, recuerdas que el número de tu cuarto es el 24 y que él está abriendo el 28, estás viendo que las paredes son blancas y altas, del cielo raso cuelga una lámpara blanca que ilumina una placa roja que se extiende sobre el pecho del hombre que yace

en la cama esperando que abran la puerta y lo lleven al patio de atrás.

Michel escucha molesto la larga perorata de Jean; aunque está harto no intenta interrumpirle, sin pensar en nada, mira fijamente la puerta que da a la calle vacía, juega con la pluma que tiene en la mano esperando que termine el monólogo. Jean deja de hablar, pero Michel parece no darse cuenta de ello, deja pasar todavía un buen rato antes de salir de su ensimismamiento. Se levanta y abre el libro de registros. Pregunta por el huésped del cuarto 28, "no hay nadie ahí, nunca ha habido nadie", responde Jean. Michel se cerciora recorriendo nuevamente la escritura de su esposa, "aquí está registrado", dice, "llegó hace dos días". Jean se acerca y hace el gesto de asomarse al libro repitiendo que no hay nadie ahí, que sólo el 24 está ocupado. Michel busca en los casilleros, la llave del 24 está en su lugar, pero el del 28 está vacío. Le ordena a Jean que lo siga y comienza a subir las escaleras. Jean se extraña de que se preocupe tanto por la desaparición de un huésped, trata de detenerlo diciendo que simplemente se trata de otro vago que ha escapado sin pagar, pero Michel sigue subiendo. Al

llegar al tercer piso abre la puerta del 24, lo encuentra vacío y arreglado, sólo entra para abrir la ventana; después de hacerlo sale e intenta abrir el cuarto 28, Jean lo observa callado y sombrío. La puerta está cerrada con llave; Michel pregunta por qué está cerrada si el cuarto está desocupado, Jean no contesta, Michel le pide que abra con su llave, pero él dice que no la tiene. Michel se fija en el macizo de llaves que abulta la bolsa de Jean y después con sus ojos inexpresivos hace un gesto de impaciencia y dice que no importa, se recarga en la pared y mirando por la ventana que da al patio de los escombros, agrega que de todos modos, por fin ha logrado vender el edificio y que al día siguiente lo tiene que entregar para que comiencen a demolerlo. Jean no responde nada, permanece impasible apoyando una mano en la perilla de la puerta del 28. Sintiéndose aliviado, Michel baja lentamente las escaleras, conforme desciende el silencio se apodera del edificio. Jean vuelve al cuarto 24 a cerrar la ventana y luego sale al pasillo pensando que tiene problemas, que ha perdido el trabajo, y que antes de irse aún le queda algo por hacer. Saca las llaves y abre la puerta del 28, sonrío tristemente cuando se dice que tiene que buscar un hotel barato para pasar la noche.

CUADERNOS POLITICOS 38

Revista
trimestral de
Ediciones Era

Michael Storper / Richard Walker ► La división espacial del trabajo ➤ Ivon le Bot ► Guatemala: luchas sociales ante un horizonte de guerra
➤ Alicia Paniagua ► Chiapas en la coyuntura centroamericana ➤ Víctor de la Cruz ► Rebeliones indígenas en el Istmo de Tehuantepec ➤ Adriana López Monjardín ► Juchitán, las historias de la discordia ➤ Cesáreo Morales ► El impacto norteamericano en la política económica de México

era
+

EDICIONES ERA ■ AVENIDA 102 ■ 09810 MÉXICO, D.F.
MÉXICO, D.F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY, N.L.
☎ 581 77 44 | ☎ 14 50 48 | ☎ 42 08 12

¿CUAL DEMOCRACIA?

Jorge Barreiro Cavestany

Todavía no se sabe en qué condiciones ni cuándo exactamente, pero todo parece indicar que el Uruguay —lo mismo que gran parte de América del Sur— se acerca al final de la dictadura militar. En la mente de todos está el retorno a la democracia. Pero la democracia no será la misma que “reinó” en el Uruguay hasta 1973.

La democracia ha sido una bandera retórica maltratada por muchos y utilizada por todos. A la luz de los acontecimientos pasados, creo que se impone una nueva aproximación a la “cuestión democrática”, que es también la problemática del Estado moderno y de la sociedad. Los viejos clichés se han revelado inservibles para entender algo; tanto los de la burguesía, para quien la democracia es una mera envoltura cuyo contenido es la dominación del capital, como para el pensamiento corriente de la izquierda para el que la democracia es intrínsecamente mala, una sutil manera de engañar al proletariado.

En las siguientes líneas me propongo “tirar la primera piedra” para poner sobre la mesa la discusión. Es casi un lugar común decir, al comienzo de los artículos, que se deben tomar las afirmaciones vertidas apenas como argumentaciones desordenadas, ideas sin desarrollar (o que ya han sido desarrolladas por otros), pero en este caso me parece más evidente que en otros la necesidad de aclararlo. Fundamentalmente porque el trabajo no tiene una coherencia interna y los diferentes apartados pueden aparecer como desconectados entre sí: son simples ideas que habrá que ir desarrollando. Que en cualquier caso me haya decidido a publicarlo se debe a que puede servir como excusa para que otros se sumen a la discusión.

Sociedad y tradición y cultura democráticas

Con frecuencia se ha asociado al Uruguay con la idea de un país cuya historia política era una suerte de excepción en América Latina. Las formas político-democráticas que predominaron a lo largo de los años vinieron a validar la afirmación anterior y un solo golpe de Estado (aparte del de 1973) en todo el siglo XX avala esta creencia extendida. Sin embargo, se sabe que una dictadura militar no se sostiene durante once años en el poder por el único procedimiento del terror. Ciertamente, gran parte de los trabajadores resistieron el golpe de Estado, con una huelga general de 15 días pero, no es menos cierto que una fracción importante de la sociedad uruguaya clamaba por orden y tranquilidad, que en aquellos días sólo podían ser impuestos por la vía del autoritarismo militar. En la tradicional partidocracia, la oposición a los brotes de autoritarismo (que ya venían desarrollándose y manifestándose antes del golpe mismo) fue más que tímida, cuando no hubo complicidad lisa y llana. Por complicidad o por pasividad, inconsciente del alcance del cambio político que se estaba produciendo en 1973, lo cierto es que una parte significativa de la sociedad uruguaya no se enfrentó al desmantelamiento de nuestra estable democracia. Con cierta ligereza se suele comparar al régimen militar con el fascismo. Y a veces no es una mera comparación, es una definición. Si esta caracterización no se aviene a la realidad del Uruguay en el sentido de que el fascismo es la vanguardia de una contrarrevolución y para que exista ésta tiene que haber exis-

tido precedentemente el inicio de un proceso revolucionario —cosa que no era tal en el Uruguay— ni tampoco se compadece con el hecho de que la dictadura jamás tuvo un apoyo social o político *activo* o militante como en el fascismo clásico; si bien esto es así, la tentación de establecer ese paralelismo se funda en el hecho cierto del apoyo de una parte de la pequeña burguesía (movida por el pánico que despierta una situación de inestabilidad social, y la crisis que le presenta como horizonte la perspectiva de la proletarianización, clama por orden y autoridad) y de gran parte del capital financiero, deseoso, no sólo de quebrar la resistencia del movimiento obrero, sino de reestructurar el capitalismo uruguayo para integrarlo bajo una nueva modalidad al mercado mundial capitalista. La crisis y la pauperización no generan necesariamente en las capas medias (ni siquiera en la clase obrera) una oposición automática a los planes del capital. La conducta política de estos sectores sociales no está predeterminada, ni está asociada al destino que para ellas estableció la izquierda. Antes al contrario, hay que saber “leer” en la realidad cuál es dicha conducta.

En el Uruguay el Estado moderno se forjó y fortaleció a golpes de fusiles y violencia y el militarismo supuso un período importante (al menos en el siglo XIX) de nuestra historia. Aquí no hubo un “ancien régime”, ni un modo de producción feudal, ni una transición clásica al capitalismo. La burguesía local era prácticamente inexistente en el siglo pasado. Las condiciones de la moderna producción burguesa, la unificación del mercado interno, la expropiación de los productores directos, la creación de fronteras seguras y un Estado centralizado (venciendo los caudillismo regionales) se impusieron bajo la rigidez de gobiernos militares (V. Flores, Latorre, Santos, etc.) a quienes se debe entender —sobre todo al segundo— no solamente en clave militar-dictatorial, sino como precursores y antecedentes del moderno Estado burgués en el Uruguay. La guerras civiles y dictaduras parecen concluir con las presidencias de José Batlle y Ordoñez, es decir con la temprana modernización social y económica del país, una vez acabada la conformación del Estado. Como se ve, salvando desfases cronológicos, una historia no tan diferente a la de América Latina.

Efectivamente, en el siglo XX las cosas toman unos perfiles más singulares, por lo menos en el contexto latinoamericano. Pero no es el Estado

el que “crea” una sociedad distinta, sino que la sociedad está en la base, es el fundamento de aquél. Y las formas políticas que adquiere dicho Estado, no pueden ser ajenas a los conflictos que sacuden a una sociedad determinada. Como queda patente en el caso de Uruguay el autoritarismo, no solamente en la esfera del Estado sino también en la sociedad civil, fue en aumento casi lineal y progresivo desde mitades de la década del 50 hasta nuestros días (supresión del sistema colegiado, constitución del 67 con su sistema fuertemente presidencialista y centralizado, leyes represivas, aumento de la violencia política como práctica habitual de grupos y organizaciones, etc.).

Pero cuando me refiero a circunstancias sociales no deben entenderse en forma reduccionista como crisis económica y miseria social. Las formas políticas que adquiere un Estado, efectivamente dependen de aquellas circunstancias, pero no son ellas de orden exclusivamente económico o político. Debemos incluir la cultura democrática de una sociedad, la conciencia anti-autoritaria que sólo puede manifestarse en actos políticos concretos y reales. Otra idea habitualmente extendida es que las formas políticas dictatoriales o democráticas dependen de la voluntad del poder. Si a éste le “conviene” mantendrá el orden democrático y cuando este último le resulta inservible lo suprime. Se trata de una grosera mistificación. Se puede decir que las formas de gobierno que adquiere un Estado dependen de la lucha de clases. Como esto puede no sugerirle absolutamente nada al lector, agregó que el Estado, como todo producto que emana de relaciones sociales contradictorias y antagónicas, también tiene su polo negador; de la misma forma que el autoritarismo sólo tiene posibilidades de instalarse cómodamente en una sociedad si la fuerza del anti-autoritarismo es inexistente, exigua o inferior al primero. Pero la cultura democrática de una sociedad no se manifiesta (ni única ni principalmente) en estadísticas sobre asistencia a las urnas o estabilidad de su sistema electoral, sino en actos políticos, en ausencia de pasividad frente al intento de imponer fórmulas dictatoriales y autoritarias. Como dice J.J. Sebrelli refiriéndose a la Argentina (pero, a mi juicio, con validez más amplia): “. . . si uno de los aspectos de la crisis argentina es la falta de democracia política, ésta no fue asesinada a la vuelta de una esquina por una banda de delincuentes, salidos no se sabe de dónde, sino a la luz del día con la cooperación

de la sociedad civil en su conjunto".¹ Efectivamente, en Argentina los que eran totalitarios no eran únicamente los militares, sino que el totalitarismo estaba instalado o era patrimonio de la sociedad argentina y sus expresiones políticas y gobiernos civiles no podían irle a la zaga. ¿Cómo, si no, es posible explicarse que una sociedad civil genuinamente democrática cobije en su seno a un ejército que sólo sabe hablar el lenguaje de los golpes de Estado? Durante años, el autoritarismo ha estado en Argentina en la calle, hasta en la vida cotidiana del último de los argentinos. Tampoco en Chile, el golpe pinochetista era esperado exclusivamente en el barrio alto de Santiago, ni en España hubiera habido guerra civil, si los partidarios del llamado "bando nacional" hubieran sido una pandilla minoritaria de fanáticos fascistas. Aún hoy en España se puede escuchar "Con Franco estábamos mejor".

No se trata aquí de establecer comparaciones improcedentes. Se trata simplemente de poner de manifiesto que en la base de un Estado dictatorial —al menos por un largo período— no puede estar una sociedad civil donde la cultura democrática sea absolutamente hegemónica. Y menos aún puede serlo en un país donde el Estado impregna toda la vida económica, cultural y educativa de la sociedad.

¿Cómo se explica que en 1984 un seguro candidato a la vicepresidencia por uno de los partidos tradicionales, que presumiblemente acaparará un porcentaje elevado de votos en las próximas elecciones, se anime a decir que a la izquierda conviene legalizarla porque de lo contrario son sus votos los que pueden decidir el resultado de las elecciones? O, por ser más provocativos ¿cómo es posible que en 1972 recién —y sólo una parte ultraminoritaria de la sociedad— reaccionara frente a la flagrante violación de los derechos humanos en el Uruguay? ¿Por qué, antes de esa fecha, ni siquiera esa fracción minoritaria levantó la voz para condenar la tortura y la vejación a los presos comunes, cuando se sabe que eso sucede desde que existen prisiones y policías en el Uruguay? O ¿cómo se explica que nuestra izquierda defienda modelos de sociedad (URSS, etc.) tan antidemocráticos y que sus propios miembros no reaccionen más que para responder que los perseguidos en el "socialismo real" lo son porque están al servicio

del capitalismo internacional? ¿Cómo entender que sólo un año y medio antes del golpe de Estado, el último presidente civil fue un delfín de Pacheco Areco y que éste no obtuvo su reelección por un margen exiguo de votos?

No se trata claro está, de eliminar de un plumazo la tradición democrática del Uruguay, pero la autocomplacencia no puede impedirnos ver que las tendencias más antidemocráticas (sólo he mencionado algunas) no se pueden explicar por un monopolio de las mismas por parte del poder; sino que están *también* arraigadas en la sociedad civil. Esta alberga tendencias contradictorias que salen a la superficie en los momentos históricos más virulentos y decisivos, cuando la crisis hace acto de presencia con sus secuelas y todos los sujetos sociales se reacomodan en la escena, cambian su conducta política o (en menor medida) se aferran frenéticamente a su comportamiento anterior. Desde la segunda mitad de 1983 la situación parece haber dado un vuelco fundamental: el movimiento por la democracia ha calado hondo y el espacio social para una "huida hacia adelante" del proyecto dictatorial parece haberse reducido a su mínima expresión. No porque a la dictadura ya no le "convenga" más esta forma de dominación, sino porque en la sociedad civil se han producido profundas mutaciones que, cosa importante, se han traducido en actos políticos, en medidas de fuerza. En todos los pueblos, la experiencia cala profundamente —también en Argentina y Uruguay— y sin duda once años de dictadura han contribuido a desarrollar aún más la conciencia democrática. La cultura democrática sólo puede hacerse definitivamente estable y fuerte, a partir del hábito, de la práctica social por parte del conjunto. Y en el Uruguay anterior a 1973 este hábito ha sido y no ha sido predominante. El cuartelazo de 1973 no cayó del cielo. El autoritarismo de esta década no nos lo enviaron por correo desde EE.UU. Se fue incubando durante muchos años, incluso dentro de aquellos que supuestamente queríamos combatir.

Estado y democracia

Si, como vimos, democracia y sociedad están más unidas de lo que podría suponerse, no se puede eludir, al hablar de una nueva forma de entender la democracia, la cuestión del Estado. Y para ello habrá que someter a crítica las concepciones que siempre se

1. J. J. Sebreli: *Los deseos imaginarios del peronismo*, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1983, págs. 183 y ss.

han tenido sobre las características del Estado moderno. El marxismo latinoamericano lo ha entendido siempre como la máquina de opresión de una clase social sobre otra, la institución por excelencia que garantiza la continua reproducción del orden social existente. Y claro que lo es, pero es, a la vez, mucho más que esto.

Bajo el capitalismo, las relaciones sociales de explotación no necesitan, en principio, elementos extra-económicos coercitivos para su normal desenvolvimiento, cosa que sí sucedía en las sociedades precapitalistas, donde "las clases de la sociedad civil en general y las clases desde el punto de vista político eran idénticas (...) puesto que la sociedad civil era la sociedad política: puesto que el principio orgánico de la sociedad civil era el principio del Estado".²

Antes del capitalismo, no existía prácticamente una sociedad civil *diferente* del Estado político. La "vida civil" sólo podía funcionar con y a partir de una identidad total con aquél. La separación entre Estado político y sociedad civil existe realmente en el Estado moderno. El Estado se comporta frente a la sociedad burguesa, como frente a su base natural que no es posible ni razonar ni revolucionar. El Estado anterior consagraba directamente, sin tapujos, la realidad social y económica. El Estado moderno está en "contradicción" con la sociedad, se separa de ella, puesto que el significado *político* del hombre se separa de su condición *real* como individuo privado dentro de la sociedad, cuando en verdad es esta última la que le determina como ser social. ¿En qué se manifiesta esta separación? En primer lugar en que, efectivamente, la política pasa a ser una esfera privada, separada de la sociedad, una actividad monopolizada por una parte de los individuos que la componen, los gobernantes o aspirantes a serlo, que aspiran a mantener las condiciones generales de reproducción del sistema. Pero, en segundo lugar, esta separación consagra una autonomía relativa de los que componen las instituciones del Estado. No son, necesariamente, los miembros de la burguesía los que manejan dichas instituciones. La propia naturaleza del modo de producción capitalista no los compele a ello. Sólo en el moderno Estado burgués puede entenderse —por ejemplo— una experiencia como la de Salvador Allende en Chile.

En tercer lugar, al ser esta separación real, al existir esta contradicción que pone al Estado

por "encima" de la sociedad, no existe una correspondencia lineal entre los hechos económicos y políticos, como existía en la sociedad precapitalista. O, dicho de otra manera, los cambios y crisis de la sociedad no tienen una manifestación inmediata y transparente en la esfera política. Sin duda, que si la base de la institución estatal sufre profundas modificaciones las primeras aparecerán tarde o temprano sobre la segunda. Pero las formas y los tiempos variarán y aparecerán como más confusos y distorsionados en la esfera política. Más adelante se verán las consecuencias de esta relación.

Pero la separación o "contradicción" del Estado con la sociedad civil no significa que el Estado sea una fortaleza amurallada dentro de la sociedad, cuya autonomía relativa se deba ver ahora como absoluta, que se rige por leyes propias. No solamente es un producto de la sociedad clasista, sino que está inserto en ella y no es ajeno a los conflictos sociales. Marx ya se había percatado acerca de los errores que nacían de ignorar esta circunstancia: "en el examen de las instituciones del Estado, uno se siente tentado muy fácilmente de descuidar la naturaleza concreta de las circunstancias y de explicarlo todo por la voluntad de quienes tienen poder para actuar".³

La manifestación de esta separación es que el Estado proclama principios que están en contradicción con su fundamento: la vida social real de los hombres, las relaciones que establecen entre sí y que dan nacimiento al mismo Estado, y se olvida que las actividades del Estado son funciones humanas. Luego, la reconciliación entre Estado y sociedad no puede resolverse en el Estado mismo sino que deberá ser una "reconciliación" que se opere en la sociedad y —por derivación— con la desaparición del Estado que es su producto.

Si ésta es la naturaleza esencial de la relación Estado-sociedad civil, bajo el capitalismo, es evidente que un nivel más elevado de concreción en lo que respecta al análisis de las características de esa relación bajo el Estado actual o contemporáneo, necesita ciertas precisiones:

- En todos los países capitalistas (entre los que se encuentra Uruguay) el Estado no puede reducirse ya —y con simpleza— a un conjunto de instituciones (ejército, parlamento, poder ejecutivo, sistema de justicia, etc.).

2. K. Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*.

3. K. Marx, "Artículo sobre la condición de los productores de vino del Mosela", 1843.

- El Estado ha “penetrado” toda la sociedad, está presente en la esfera de la producción, es un capitalista más, y a veces en ramas decisivas de la producción; administra gran parte de los servicios, desde los transportes hasta la salud.
- El Estado no es una simple máquina coercitiva que se dedica a dar palos a los que se rebelan contra el poder establecido. Es un fabuloso productor de ideología, de consenso, hasta tal punto que en gran número de países capitalistas controla todo el sistema educativo y tiene una gran influencia sobre los medios masivos de comunicación.
- La constitución y desarrollo de cada una de las instituciones que lo componen son desiguales en el sentido de que han tenido tiempos y formas diversas de hacerlo, lo que les da una permeabilidad diferente a la lucha de clases. Consecuentemente las presiones sociales también han contribuido a forjar diversos grados de amplitud y flexibilidad en dichas instituciones. Ya se verá qué consecuencias puede tener este factor a la hora de hablar de democracia. O, inversamente, qué importancia tiene la cultura democrática de una nación a la hora de explicar la mayor o menor democratización del Estado.
- No hay nada, pues, “fuera” de la esfera de intervención del Estado, fuera de su alcance tentacular. Al menos en el Estado moderno. Las formas de vida social organizada que se sustraen a dicha influencia son marginalísimas.

Finalmente, si se afirma que el Estado es la emanación de la sociedad burguesa (o más propiamente, clasista) se deben entender las formas que adopta sometidas a la lucha que existe en esa sociedad, no como voluntad de una clase social. En ese sentido y sólo en ese se puede hablar de Estado burgués o de democracia burguesa. Lo son, porque su sustancia es la sociedad burguesa, no porque sean la propiedad o el producto de la voluntad de la burguesía.

Democracia, burguesía y orden social

No existe, pues, un interés intrínseco de la burguesía por la plena realización de la democracia (como tampoco puede decirse que la burguesía desee por naturaleza un régimen represivo). La democracia puede ser la

forma de existencia real —con limitaciones— o ideal del Estado burgués moderno. ¿Se puede entender pues, que la democracia es neutra? Si por neutralidad se quiere entender que la democracia existe en el vacío o al margen de un sistema social determinado, obviamente que no lo es. Pero, no es menos cierto que la democracia no es la forma adecuada a la dominación burguesa. En sus propios principios subyace una contradicción, si se los analiza respecto a los fines que pretende alcanzar: “. . . la contradicción que subyace en toda esta Constitución consiste en el hecho de que las clases cuya esclavitud social pretende perpetuar (. . .) acceden al poder político a través del sufragio universal, mientras que la clase cuyo viejo poder social sanciona —la burguesía— se ve privada de las garantías políticas de este poder. La Constitución restringe el dominio político de la burguesía dentro de unas condiciones democráticas que facilitan en todo momento la victoria de las clases enemigas y vienen a cuestionar las bases mismas de la sociedad burguesa. De las mismas exige que no avancen de la emancipación política a la emancipación social y de la segunda que no retroceda de la restauración social a la restauración política (. . .)”⁴ La dominación burguesa, como emanación y resultado del sufragio universal, como manifestación explícita de la voluntad soberana del pueblo: tal es el sentido de la Constitución burguesa. Pero desde el momento en que el contenido de este sufragio, de esta voluntad soberana, deja de ser la dominación burguesa (*¡o sea que realmente puede dicho derecho dejar de tener como contenido dicha dominación!*) ¿tiene la Constitución algún sentido?

Se trata sólo del ejemplo del sufragio universal y Marx ya analiza cómo el contenido del mismo puede no ser la dominación burguesa. Ni en los países más democráticos están plenamente realizados todos los derechos democráticos. Hasta en EE.UU., donde el individuo privado ha alcanzado uno de los niveles más elevados de emancipación política, donde —en su condición de ciudadano público— su existencia es más real, ni siquiera allí, la democracia ha alcanzado su plena realización. La democracia no es la forma más sutil y refinada de la dominación burguesa. Por el contrario, de realizarse plenamente, “no es la última forma de emancipación huma-

4. K. Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*.

na, pero es al menos, la última forma de emancipación humana dentro del marco del orden existente".⁵

Si la burguesía se ve obligada a suprimir a veces el orden democrático —y esto cuando puede, es decir cuando la sociedad se lo permite— queda patente que ese orden no es en el que se siente más cómoda, ni que los principios por los que se rige ese orden sean *intrínsecamente burgueses*. Necesita negarlos, no puede aprovecharlos para darles un contenido que sea su propia dominación.

No significa que la democracia no tenga límites. Pero sus límites de desarrollo y profundización, o sus techos, son en primer lugar los límites de toda forma política, o sea la forma Estado, es decir que la democracia, no puede eludir el ser una forma que existe dentro del Estado y los límites de emancipación que impone la sociedad estatista también lo son para la democracia. Pero estos límites de la democracia no son los límites impuestos por la voluntad de la burguesía. Se ha visto que no es ella la que tiene más interés en la profundización de la democracia, sino, paradójicamente, la clase obrera. Las más amplias democratizaciones no se han hecho gracias a la burguesía, sino a pesar de ella, algunas de las cuales hubieran sido impensables hace sólo algunas décadas. Es cierto que el sufragio universal y la forma representativa-parlamentaria consagra en cierto modo la división social del trabajo que existe en la sociedad, la separación entre gobernantes y gobernados. Pero no hay nada que indique que esa forma concreta no pueda ser modificada, ni profundizada. Por ejemplo: que los llamados representantes sean revocables por el sólo mandato de quien los ha elegido. Se podrá objetar que esto no es posible, que está en contradicción con los más elementales principios de la sociedad burguesa. Pero ya hemos visto que el propio sufragio universal —consagrado en todas las constituciones modernas— puede tener un "contenido que no sea la dominación burguesa". Esta última puede mantenerse no con, sino a pesar del sufragio universal. La burguesía puede suprimirlo, claro está, pero entonces no está más que poniendo en evidencia la contradicción de los principios que proclama. Si la democracia fuera únicamente burguesa y fuera siempre la forma más adecuada para la dominación de la burguesía ésta

no se vería obligada a su permanente violación. Y, lo que es más importante, la supresión —o a veces no la supresión lisa y llana, sino el recorte o limitación— de la democracia que siempre está presente como posibilidad para la burguesía, depende, en la prosaica realidad, de la fuerza de los distintos intereses sociales en juego; de esa oposición surge el equilibrio que puede consistir en una democracia radical, limitada o lisa y llanamente, la existencia de un régimen político que la niegue por completo. En una sociedad compleja como el capitalismo, las formas políticas autoritarias que no dejan espacio para que se manifiesten las contradicciones insoslayables entre los diversos sujetos sociales, pueden correr el riesgo de crear situaciones más explosivas. El polo negador de la sociedad burguesa también presiona y se va abriendo espacio en la esfera política. La clase obrera es un sujeto social que cumple un papel activo dentro de la sociedad (no sólo "padece" la historia) y principalmente en el sentido de profundizar la democracia.

La burguesía entiende la democracia, única y exclusivamente como envoltura de un contenido que no es otro que su propia dominación social. La clase obrera debería entenderla como forma política que le dé cada vez más poder dentro de la sociedad, más influencia, que le permita ir construyendo una nueva hegemonía social e ideológica; y no, como se ha pretendido inculcarle desde la izquierda, desde una perspectiva instrumentalista: servirse de ella para destruirla. Su interés es profundizar hasta sus últimos extremos la democracia, un planteo *democrático radical* que comience a contradecir los propios fundamentos del sistema, en definitiva, una forma de debilitar las bases del dominio de la burguesía. No se trata de destruir la democracia; la transición política al comunismo, al no-Estado, no puede ser otra que una democracia socialista, una forma política que no sea ya estrictamente estatista, que comience a autodesmantelarse, pero que necesariamente tendrá que ser democrática, que no puede concebirse sino como libre manifestación política de las ideas e intereses contradictorios que existen en una sociedad que aún no ha eliminado las clases. La extinción del Estado y la democracia como una forma que toma el Estado, sólo es pensable en la sociedad comunista desarrollada, cuando la inexistencia de una sociedad clasista ya no cree al Estado como una función y un producto enajenado suyo.

En este marco y sólo en éste, puede tener algún sentido hablar de democracia "burguesa"

5. K. Marx, citado por R. Miliband en *Marx, el derecho y el Estado*, Oikos Tau, Barcelona, 1969.

y de democracia "socialista": en un caso es la sociedad dividida en clases la base del fundamento de una democracia y en el segundo, una sociedad que ya pretende o está en vías de dejar de serlo. La izquierda ha entendido estas denominaciones como régimen político "producido" por la voluntad de la burguesía en un caso y sujeto a su exclusivo poder, y en el otro caso como manifestación de la voluntad del poder obrero, en realidad, dictadura de un partido impuesta a la sociedad y que dice "representar" a los trabajadores.

Esta problemática ha tenido su más clara manifestación en la controversia democracia formal versus democracia real. Que la democracia actualmente existente no es una mera formalidad lo demuestra palmariamente el hecho de que cuando se intenta suprimirla una parte de la sociedad se opone radicalmente a ese intento; lo demuestra que la clase obrera tiene poder e influencia reales en la sociedad; que para gobernar en una democracia se necesita el consentimiento de la sociedad; lo demuestra que los militantes que pretenden criticar la sociedad burguesa tienen un espacio para hacerlo en la democracia y sufren persecución por ello cuando tal democracia ha sido suprimida; que a la clase obrera —en ningún país del planeta— le es indiferente la existencia o ausencia de dicha "formalidad" democrática. Por fin, lo demuestra que los millones de individuos que viven bajo las llamadas o supuestas democracias realizadas, luchan por conquistar los derechos "formales" que existen fuera de sus fronteras.

En el Uruguay se encuentran las características de las modernas formas estatales y habría que hacer un esfuerzo por superar aquel análisis estrecho que limitaba la esfera de acción del Estado a las instituciones represivas y a lo sumo a las políticas. La principal institución reproductora de la ideología dominante, la escuela, está prácticamente en manos estatales. Con la salud —uno de los mecanismos necesarios para la reproducción social de la fuerza de trabajo— sucede exactamente igual. La presencia del Estado en los medios de comunicación, siendo menor que en otros países, es igualmente significativa. Ni los partidos y sindicatos son aparatos extra-estatales y los primeros se han revelado como unos productores de consenso más destacados de lo que cabía esperar. Que los partidos tradicionales no eran incapaces de seguir suscitando la adhesión de la sociedad —al menos

mayoritariamente—, lo demostró y, desgraciadamente lo demostrarán, las elecciones.

¿Y qué queda del maltrecho ideal del Estado como exclusivo aparato coercitivo de una clase social?, se estará preguntando el lector. Queda, ni más ni menos, no una negación de esa verdad, sino una nueva ubicación del fenómeno estatal: como tal instrumento de una clase es susceptible de ser obstaculizado su uso por una clase con intereses enfrentados y más todavía si esa clase es —como lo es el proletariado en el capitalismo moderno— una clase con la que hay que contar, por su influencia social, a la hora de gobernar.

A esta incomprensión de la naturaleza del Estado y la sociedad civil en un país capitalista como el Uruguay ha contribuido el pensamiento dominante de la izquierda y ello se ha manifestado necesariamente en la forma en que ha entendido la democracia.

La izquierda y la democracia

Dentro de nuestra izquierda hubo centralmente dos ideas acerca de la democracia. La primera, que la concebía como un mero instrumento a utilizar convenientemente: las libertades democráticas son más favorables para tomar el poder, poder que se tomará mediante una estrategia alternativa de poder paralelo, que una vez suficientemente "engordado" tomará por asalto esa "amurallada fortaleza" estatal que está en territorio enemigo. El modelo subyacente (explícitamente formulado o no) era la revolución bolchevique, la toma del Palacio de Invierno. Dejando de lado que el Estado ruso del zarismo no era el Estado moderno (ni siquiera el uruguayo) que cuenta con otras reservas ideológicas y políticas y haciendo abstracción de aquella ilusión de estar "fuera del Estado", de construir un "poder popular" paralelo, lo que parece cierto es que esta perspectiva, en el caso hipotético de tener alguna realización, sería al precio de crear un gigantesco aparato militar-burocrático opuesto al actual que no haría más que engendrar un monstruo similar al que se pretende destruir. Al renunciar a contribuir a crear una nueva hegemonía dentro de la sociedad, se renuncia a la única alternativa revolucionaria posible, porque lo que hay que entender de una forma nueva no es solamente el concepto de democracia, sino el concepto de revolución, que ya no más puede concebirse como ruptura. La ruptura política quizás sea un

momento culminante de ese proceso en una circunstancia de crisis generalizada. Las ideas dominantes se van desgastando a partir de una práctica social que vaya conformando una hegemonía de las fuerzas anti-capitalistas, que a su vez vayan profundizando ya, hoy, las tendencias que en el seno de la sociedad estén “subvirtiéndolo” o “revolucionando” los fundamentos económicos, políticos e ideológicos del capital. No habrá una sociedad nueva a partir de una ruptura política revolucionaria y la historia ya se ha encargado de demostrarlo rotundamente. Ese universo social deseado ya se va revolucionando antes de una hipotética ruptura revolucionaria (que por otro lado —y a pesar de las energías dedicadas a ello en los debates de la izquierda— es inútil e intrascendente predecir sus formas con modelos traídos de las estepas o el Caribe). Las formas de organización social diferentes o superadoras de la actual y las nuevas ideas que rijan las relaciones entre los individuos se “adelantan” por llamarle de alguna manera, al hipotético cambio político, ya existente en el interior de una sociedad que no puede eliminarlos. Y para ese debilitamiento de la hegemonía burguesa —y esto es lo que se nos escapó en las anteriores circunstancias— la profundización de la democracia, como forma política que —insisto— no es de administración exclusiva de la burguesía, es de fundamental interés para la clase obrera y no en el sentido de utilizarla como tribuna de propaganda, sino, justamente, en la perspectiva de entenderla como el régimen político que consagra dentro de la sociedad actual la mayoría de edad de la clase obrera, como el régimen que permite conquistas reales y *espacios políticos reales* por parte de la clase de los productores directos.

El error imperdonable que muchas veces se cometió (que cometimos) fue creer que impulsando el surgimiento de regímenes dictatoriales contribuiríamos al “desenmascaramiento” de la burguesía, en definitiva a su debilitamiento ideológico, sin apercibirnos de que ese debilitamiento sólo puede provenir de las *contradicciones* que genera en el modo de producción capitalista la profundización *real y efectiva* de la democracia.*

* El colmo del frenesí anti-democrático se plasmó en aquella idea extendida de que el recurso al cuartelazo era un síntoma de debilidad de la clase dominante cuando en verdad se produce si la burguesía tiene poder suficiente para hacerlo.

Al respecto, viene al caso citar unos pasajes de un artículo escasamente conocido, de K. Marx: “El abismo profundo que se ha abierto a nuestros pies, ¿debe extraviarnos a nosotros, los demócratas, debe llevarnos a creer que las luchas por la forma de Estado son vacías, ilusorias, sin importancia? (. . .) los conflictos que nacen de las condiciones de la misma sociedad burguesa hay que llevarlos hasta el fin; no es posible eliminarlos imaginariamente. La mejor forma de Estado es aquella en la que las contradicciones sociales no son ahogadas, no son contenidas por la fuerza, es decir artificialmente y por tanto, sólo en apariencia. La mejor forma de gobierno es aquella en la que las contradicciones se afrontan abiertamente y encuentran así su solución”.⁶

Que la burguesía intentará recortar la democracia y en su caso suprimirla para así “contener por la fuerza y suprimir imaginariamente las contradicciones sociales” no es cuestión de la mayor o menor bondad de los principios o fundamentos de la democracia: es un problema de fuerza, en el que —obviamente— los trabajadores tienen mucho que decir. De lo contrario, ¿cómo entender aquella idea —en boca de todos— de que la historia hasta nuestros días ha sido la historia de la lucha de clases? Debería sustituirse por un axioma de dudosa verificación: la Historia hasta nuestros días, es la historia de la voluntad de la clase dominante.

La segunda vertiente de la izquierda a la que me quiero referir, no despreciaba la democracia, pero su acción en ella, estaba teñida de esa idea utilitarista que he mencionado, en la perspectiva de “tomar el poder” y sustituir a la actual burocracia estatal por otra de izquierda (propósito que compartía con la primera tendencia antes mencionada). Su estrategia no podía ser la profundización de la democracia, entre otras cosas porque el modelo de sociedad por el que suspiran es profundamente anti-democrático; ni su fin era debilitar el poder, porque el suyo no era ni es destruirlo, sino crear un poder sustitutivo. Pero más allá de sus fines últimos, esta vertiente de la izquierda no se caracterizó precisamente en su práctica política por profundizar la democracia en el sentido de “dejar que se manifestaran las contradicciones sociales”, no entendió la democracia de una forma *diferente* a como la

6. K. Marx, “Homenaje a los combatientes de junio”, artículo aparecido en 1848 en la *Neue Rheinische Zeitung*.

entiende la burguesía; a lo sumo se destacaron por ser más radicales en la defensa de algunos principios democráticos (y esto no siempre, lamentablemente). Lo cierto es que su norte en la lucha democrática estaba puesto —al menos principalmente— en el aspecto parlamentario, jurídico e institucional del juego democrático.

Retomando parte de las ideas iniciales de este artículo, quiero volver a poner énfasis en una diferencia nada sutil, aquella que hace referencia a la democracia como forma política-jurídica y aquella que entiende a la democracia también como “cultura”. La segunda tendrá necesariamente alguna expresión en la primera, pero de ninguna manera puede reducirse la cuestión a una mera formalidad —ahora sí— jurídica. El Reino Unido no tiene Constitución —a la que todo demócrata ansía respetar— y sin embargo nadie pondrá en duda que es uno de los países más democráticos. Hasta hoy, nuestra estrechez nos hacía pensar la democracia en términos puramente jurídicos y políticos. La mayor o menor democracia estaba determinada por el cuerpo de leyes existente. Claro que precisamente la “cultura” y la práctica social de la izquierda hacían un flaco favor a la consolidación democrática. El tema es polémico y tratarlo sobrepasaría el carácter de este artículo, pero no quiero dejar de apuntar dos aspectos al menos, para la posterior reflexión: los modelos de sociedad a los que se remiten los marxistas uruguayos (y latinoamericanos en general) —la URSS, Cuba, etc.— y la práctica de sus militantes, signada más por la jerarquización y el autoritarismo de sus líderes que por el libre desarrollo de ideas, debates y decisiones políticas. La credibilidad democrática de la izquierda es escasa y lo arriba mencionado intuyo que no es ajeno a dicha realidad. Establecer una relación entre esta ausencia de práctica democrática por un lado, y sus concepciones acerca de la democracia como forma política general por otro, es inevitable.

El interés de la clase obrera en la democracia, como queda dicho, está fuera de discusión, pero no solamente porque tenga un innegable valor hoy, sino también porque en la perspectiva de una transición socialista, en el marco de un Estado que ya se piensa como negándose a sí mismo, cuando las tareas comunes del conjunto de los individuos ya no sean el patrimonio de un grupo de ellos, en definitiva cuando la crítica de la política no sea solamente teórica, sino que empiece a realizarse, aún en esas circunstan-

cias, no me imagino otra forma que no sea la democracia, que incluye el sufragio universal (tampoco puedo pensar cómo pueden expresar su opinión millones de individuos, sino es votando), y un sufragio universal que no se limite a decir sí o no a un partido único, ya sea porque inevitablemente habrá más de un partido, porque es impensable que todos los individuos de una sociedad compartan las mismas opiniones o, ya sea porque la sociedad habrá enterrado a los partidos políticos, esas excrecencias de la actual división social del trabajo y se habrá eliminado la división antitética representante-representado como funciones sociales separadas. La división social del trabajo podrá ser eliminada y los “representantes” serán revocables y rotativos, pero no por ello desaparecerá la democracia.

Pero, volviendo al presente, la convicción de que la clase obrera tiene un interés en defender y profundizar la democracia no hace que se me escape, que la idea de democracia que tiene la burguesía y la que tiene —o debería tener— la clase obrera, es bien diferente. Diferencia que aparecerá descarnadamente el día que las normas democráticas vuelvan a ser reimplantadas, pero que —por si aún queda algún esperanzado defensor del “interés nacional”— ya en la oposición a la dictadura militar se está viendo qué tipo de democracia quieren los jerarcas políticos y qué beneficio pueden obtener los trabajadores si optan por la pasividad frente al nuevo gobierno democrático o —lo que sería lo mismo— si optan por desdeñar cualquier tipo de democracia, o cualquier intervención en los cómo y modos en que se conformará la restauración democrática en el país.

Concretamente, en lo que se refiere al Uruguay nos enfrentaremos al chantaje del fantasma del golpismo. La burguesía y sus partidos intentarán que la transición democrática sea pacífica y controlada: que no se exijan responsabilidades a las FF.AA. por la represión brutal, que la libertad de expresión y organización sea restringida, que los sindicatos tengan la menor autonomía posible respecto al Estado, que las cárceles y todo el aparato de seguridad se mantengan intactos y fundamentalmente que *no existan alternativas que se planteen subvertir el orden social existente, y que desde una perspectiva anti-capitalista ejerzan su derecho a dar opinión sobre formas alternativas de organización social* —con el ya remanido discurso de que a la “de-

mocracia debemos apoyarla todos" y que es de todos. Y a este terrorismo ideológico contribuirán también (no es nada nuevo) sectores de la izquierda que agitarán el fantasma del involucionismo. He aquí uno de los pilares ideológicos en que se basa y basará la iniciativa ideológica de la burguesía, y para ello contará con el inestimable apoyo de una sociedad que antes que nada querrá alejar definitivamente la posibilidad del regreso de los militares.

En cualquier caso, si bien es cierto que debemos plantearnos en otros términos el problema de la democracia en el sentido de su ampliación radical, no lo será para engrosar las filas del conformismo, sino para ejercer nuestro derecho a la disidencia; no para legitimar el orden burgués sino para construir uno nuevo y diferente. En otras palabras, eludir dos actitudes largamente arraigadas: por un lado, el desdén por la democracia y la indiferencia respecto a la diversidad de formas que asume el Estado, por otro, la participación en el juego democrático, pero carente de todo criticismo, vaciado de cualquier contenido subversivo y limitado a las instituciones políticas. No se trata de votar por sí o por no la reivindicación de la democracia, sino también del "para qué".

La derecha tratará de que la democracia sea entendida como restitución de las instituciones políticas y de la legalidad anterior a 1973. Deberíamos tratar de que esa democracia se amplíe a la sociedad civil: a la escuela, a los sindicatos, al debate sobre el problema económico, tema que se ha soslayado aquí pero en el cual se puede apreciar claramente la diferente forma en que unos y otros intereses sociales conciben la vida en democracia; llevar la democracia a la vida cotidiana en su sentido más abarcador, que vivir diferentemente no sea ni un delito punible, ni motivo de censura por parte de una sociedad que —como la nuestra— ha mantenido sus características provincianas y conservadoras en lo que se refiere a la moral. No cabe duda de que también en este aspecto se han notado las características contradictorias de la democracia uruguaya. Porque "subvertir" el orden ideológico dominante también pasa por no marginar a lo diferente ni dejar de someter a crítica las ideas vigentes sobre hábitos y costumbres sociales tales como la familia, la relación hombre-mujer, el ocio y la cultura en sentido amplio.

La democracia es el marco político en el que se expresan las contradicciones sociales que están en su base. La primera no puede suprimir a las segundas y tampoco está claro que la burguesía piense que podrá hacerlo. Cuando patrocina un golpe de Estado, no suprime a aquéllas, sino que elimina la democracia. Que dentro de ese marco podamos realizar la posibilidad de ir construyendo una nueva hegemonía anti-capitalista o simplemente seamos el furgón de cola de las propuestas burguesas modernizadoras, depende de los que estén interesados en que la democracia política tenga un fundamento no capitalista, de que no se limite su acción a los pasillos del Parlamento o a las discusiones interpartidarias. Si no se puede consolidar (o crear) una fuerza anti-capitalista para la cual la democracia sea, además del régimen —por decirlo de algún modo— "menos favorable" a los intereses del capital, como una vía para el debilitamiento del orden burgués y por tanto una necesidad la participación en el sentido de su ampliación, si esto efectivamente no sucede, y una vez más el coro de los que proclaman la "unidad nacional", "el pacto social" o la "defensa de los intereses del país" impone su aplastante dinámica, la culpa no la tendrá la democracia en sí. Sino que habrá que buscar la explicación en que las ideas de los demócratas apologistas del orden social vigente son avasalladoras en estos tiempos y que los que pensamos que la democracia no suprime a las clases sociales (a pesar del festín antidictatorial de los últimos meses) somos una minoría marginal dentro de la sociedad. Es el riesgo de que una vez recuperada la democracia, el nuevo gobierno se encuentre sin oposición, que diga que democracia no es apoyar al gobierno de turno, que libertad no es unanimidad, que las libertades políticas no son la emancipación social. Bajo la democracia las clases sociales tienen que apelar a todo su arsenal ideológico. El mero autoritarismo ya no sirve. Y está claro que la derecha uruguaya ha demostrado una pobreza lamentable en los últimos decenios. Pero también para la izquierda será un desafío: en qué consiste su crítica de la sociedad. La profesión de "tirapiédras" era arriesgada y hasta seductora y —en lo que nos ocupa— más fácil también. A una dictadura no hay que convencerla, hay que derrocarla. En una democracia, cuando se nos pidan argumentos, habrá que darlos. La agitación, la denuncia y la propaganda ya no servirán en esas circunstancias.

VENTANAS SOBRE SANDINO

Eduardo Galeano

1926/San Albino

Esta tierra

Hombre corto y flaco, fideofino, lo volaría el ventarrón si no estuviera tan plantado en tierra de Nicaragua.

En esta tierra, su tierra, Augusto César Sandino se alza y habla. Hablando cuenta lo que su tierra le ha dicho. Cuando Sandino se echa a dormir sobre su tierra, ella le secretea hondas penas y dulzuras.

Sandino se alza y cuenta las confidencias de su tierra invadida y humillada y pregunta *cuántos de ustedes la aman tanto como yo*.

Veintinueve mineros de San Albino dan un paso al frente.

Estos son los primeros soldados del ejército de liberación de Nicaragua. Obreros analfabetos, trabajan quince horas por día arrancando oro para una empresa norteamericana y duermen amontonados en un galpón. Y la primera arma del ejército de liberación de Nicaragua es la dinamita que los obreros usan en su trabajo. Con dinamita vuelan la mina; y se van tras de Sandino a la montaña.

Sandino anda en un burrito blanco.

1927/ El chipote

El ejército de los tigres y los pájaros

A fines de 1909 los marines desembarcaron en Nicaragua por un ratito, para proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos de los Estados Unidos, y se olvidaron de irse. Contra ellos se alzan, ahora, las

montañas del norte. Por aquí son escasas las aldeas; pero quien no se hace soldado de Sandino, se convierte en su espía o mensajero. Desde la voladura de la mina de San Albino y la primera batalla, ocurrida en la comarca de Muy Muy, la tropa libertadora viene creciendo.

Todo el ejército de Honduras está en la frontera, para impedir que lleguen armas a Sandino a través del río, pero los guerrilleros arrancan fusiles a los enemigos caídos y balas a los árboles donde se incrustan. Machetes no faltan, para decapitar; y hacen un buen desparramo las granadas de latas de sardinas llenas de vidrios, clavos, tuercas y dinamita.

Los aviones norteamericanos bombardean al tuntún; arrasando caseríos, y los marines vagan por la selva, entre abismos y altos picos, asados de sol, ahogados de lluvia, asfixiados de polvo, quemando y matando todo lo que a su paso encuentran. Hasta los monitos les arrojan proyectiles.

A Sandino le ofrecen el perdón y diez dólares por cada día de los que lleva alzado. Desde el pueblo de Ocotal, el capitán Hatfield le intima la rendición. Desde la fortaleza de El Chipote, misteriosa cumbre envuelta en brumas, llega la respuesta: Yo no me vendo ni me rindo. Y el saludo: Su obediente servidor, que desea ponerlo en un hermoso ataúd con lindos ramos de flores. Y la firma de Sandino.

Muerden como tigres y vuelan como pájaros los hombres que hasta ayer se alquilaban como mulas. Donde menos se espera pegan el zarpazo, salto del tigre a la cara del enorme enemigo, y antes de que atine a reaccionar ya están acometiendo por la espalda o los flancos y en un batir de alas desaparecen.

Opiniones de un difunto

Cuatro aviones *Corsair* bombardean la fortaleza de Sandino en El Chipote, cercada y acosada por el cañoneo de varios batallones de *marines*. Durante tres días y noches trepidan las montañas de toda la región, hasta que los invasores calan bayonetas y se lanzan al ataque contra las trincheras de piedra erizadas de fusiles. La heroica acción culmina sin muertos ni heridos, porque los fusiles son de palo y los soldados de paja.

Pronto los diarios norteamericanos informan sobre esta batalla de El Chipote. No dicen que los *marines* han abatido a una legión de muñecos de anchos sombreros y pañuelos rojinegros. En cambio, aseguran que el propio Sandino figura entre las víctimas.

En el lejano pueblo de San Rafael del Norte, Sandino escucha cantar a su gente a la luz de las fogatas. Allí recibe la noticia de su propia muerte:

—Dios y nuestras montañas están con nosotros. Y al fin y al cabo, la muerte no es más que un momentito de dolor.

En los últimos meses, treinta y seis buques de guerra y seis mil nuevos *marines*, fuerzas de refresco, han llegado a Nicaragua. De setenta y cinco batallas y batallitas han perdido casi todas. La presa se les ha escurrido varias veces, nadie sabe cómo, de entre las manos.

Pequeño ejército loco, llama la chilena Gabriela Mistral a la hueste de Sandino, rotos guerreros maestros del coraje y la diablura.

1928/Washington

Noticiero

En emotiva ceremonia, diez oficiales de marina reciben en Washington la Cruz del Mérito, *por servicios distinguidos y heroísmo extraordinario* en la guerra contra Sandino.

"The Washington Herald" y otros diarios denuncian a toda página los crímenes de la *banda de forajidos* degolladores de *marines* y publican reveladores documentos recién llegados de México. Los documentos lucen una impresionante cantidad de faltas de ortografía, debido a su fabricación apresurada, pero podrían

probar que el presidente mexicano Calles está enviando a Sandino armas y propaganda bolchevique por medio de los diplomáticos soviéticos. Según fuentes oficiosas del Departamento de Estado, el presidente Calles empezó a dar evidencias de su ideología comunista cuando elevó los impuestos de las empresas petroleras norteamericanas que operan en México, y la confirmó plenamente cuando su gobierno abrió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

El gobierno de los Estados Unidos advierte que *no permitirá que soldados rusos y mexicanos implanten el soviet en Nicaragua*. Según los voceros oficiales del Departamento de Estado, México está *exportando el bolcheviquismo*. Después de Nicaragua, el canal de Panamá será el objetivo de la expansión comunista en América Central.

El senador Shortdridge afirma que los ciudadanos de los Estados Unidos *merecen tanta protección como los de la antigua Roma* y el senador Bingham declara: *Estamos obligados a aceptar nuestra función de policías internacionales*. El senador Bingham es el famoso arqueólogo que hace dieciseis años descubrió las ruinas de la fortaleza de Machu Picchu en el Perú. El no ha ocultado jamás su admiración por las obras de los indios muertos.

Desde la oposición, el senador Borah niega a su país el derecho de actuar como censor en América Central y el senador Wheeler sugiere al gobierno que envíe a los *marines* a Chicago, no a Nicaragua, si verdaderamente quiere perseguir bandidos. Por su parte, el periódico "The Nation" opina que el presidente de los Estados Unidos llama *bandido* a Sandino con el mismo criterio con que el rey Jorge III de Inglaterra podía haber llamado *ratero* a George Washington.

1928/Managua

Retablo del poder colonial

Los niños norteamericanos estudian geografía en mapas donde Nicaragua es una *mancha de color sobre la que se lee*: Protectorado de los Estados Unidos de América.

Hace casi veinte años que los marines están aquí. Cuando los Estados Unidos decidieron que Nicaragua no podía gobernarse por su cuenta, había cuarenta escuelas públicas en la región de la costa atlántica. Ahora hay seis. La poten-

cia tutelar no ha tendido una vía, ni ha abierto una sola carretera, ni ha fundado ninguna universidad. En cambio, Nicaragua debe ahora mucho más de lo que debía. El país ocupado paga los gastos de su propia ocupación y los ocupantes se quedan para garantizar la cobranza.

Las aduanas de Nicaragua están en poder de los banqueros norteamericanos acreedores. Los banqueros han designado al norteamericano Clifford D. Ham interventor de aduanas y recaudador general. Clifford D. Ham es, además, corresponsal de la agencia de noticias United Press. El vice-interventor de aduanas y vice-recaudador general, el norteamericano Irving Lindbergh, es corresponsal de la agencia de noticias Associated Press. Así, Ham y Lindbergh no sólo usurpan los aranceles de Nicaragua: también se ocupan de informar al mundo, muy objetivamente, sobre las fechorías de Sandino, bandolero criminal y agente bolchevique.

Un coronel norteamericano dirige el ejército de Nicaragua, National Guard o Guardia Nacional, y un capitán norteamericano encabeza la policía.

El general norteamericano Frank McCoy preside la Junta Nacional de Elecciones. Cuatrocientos treinta y dos marines presiden las mesas de votación, custodiadas por doce aviones de los Estados Unidos. Los nicaragüenses votan, los norteamericanos eligen. Apenas electo, el nuevo presidente anuncia que los marines seguirán en Nicaragua. Esta inolvidable fiesta cívica ha sido organizada por el general Logan Feland, comandante de las fuerzas de ocupación.

El general Feland, mucho músculo, mucha ceja, cruza sus pies sobre el escritorio. A propósito de Sandino, bosteza y dice:

—Ese pájaro ha de caer algún día.

1930/Achuapa

Estas altivas montañas

Nicaragua, país condenado a producir baratas sobremesas, bananas y café y azúcar, continúa arruinando la digestión de sus clientes.

El jefe sandinista Miguel Angel Orteza festeja el fin de año aniquilando una patrulla de marines en los barrocos barrancos de Achuapa. El mismo día, otra patrulla cae en la ceja de un despenadero de las cercanías de Ocotol.

En vano los invasores intentan vencer por hambre, incendiando ranchos y sembradíos. Muchas familias se echan al monte, errantes y sin amparo; dejan a sus espaldas humaredas y animales muertos a bayonetazos. Pero la bandera roja y negra, colores de libertad o muerte, flamea por todas partes en los lomeríos del norte.

Crean los campesinos que Sandino sabe cómo atraer al arcoiris. El arcoiris viene hacia él y se achica mucho, mucho, para que él pueda recogerlo entre dos dedos.

1931/Bocay

Desde el cuartel general

Alumbrado por astillas de ocote, Sandino escribe órdenes militares. También escribe informes que se leerán en voz alta en los campamentos —como varita de cohete el enemigo saldrá dentro de poco—, manifiestos que condenan a los traidores —no encontrarán lugar para vivir, como no sea bajo siete cuartas de tierra— y profecías que anuncian que pronto resonarán los clarines de guerra contra los opresores en todo el mundo y el Juicio Final destruirá la injusticia para que el mundo sea, por fin, lo que quiso ser cuando todavía no era.

1931/Bocay

Tranquilino

En el raquítico arsenal de Sandino no hay mejor arma que una ametralladora Browning último modelo, rescatada de uno de los aviones volteados a tiros.

Tranquilino Jarquín maneja esa Browning como nadie.

Además de artillero, Tranquilino es cocinero y cantador. Luce un diente en la risa y una orquídea en el sombrero; y mientras revuelve la gran olla humeante, escasa de carne pero no de aroma, se echa al buche un buen trago de ron.

En el ejército de Sandino está prohibido beber, pero Tranquilino puede. Mucho trabajo le costó conseguir el privilegio, hasta que convenció al general. Sin unos traguitos no funciona este artista del cucharón, la ametralladora y la guitarra. Cuando lo someten a dieta de agua, le salen tristes los platos, torcidos los tiros y mudas las canciones.

1932/Managua

La Guardia Nacional

Mientras el ejército libertador avanza, multiplicando territorio, hasta las riberas del lago de Managua, dos fotografías se difunden por los diarios del mundo. Una muestra al teniente Pensington alzando en trofeo la cabeza cortada de un campesino nicaragüense. En la otra sonríe el Estado Mayor en pleno de la Guardia Nacional de Nicaragua, oficiales norteamericanos que lucen altas botas y sombreros de safari. Al centro está sentado el director de la Guardia, coronel Calvin B. Mathews. Detrás aparece la jungla nativa. A los pies del grupo, echado en el suelo, hay un perro nacido aquí.

La Guardia Nacional, hasta ayer National Guard, ha sido creada por las fuerzas de ocupación. Para financiar su enorme presupuesto, se han reducido a nada los gastos nacionales en educación y se han cerrado todas las escuelas públicas del país.

El coronel Mathews ya ha elegido al hombre que ocupará su lugar al frente de la Guardia: Anastasio Somoza es nicaragüense, simpático y fiel.

1933/Managua

Sandino ha vencido

El primer día del año abandonan Nicaragua los *marines*, con todos sus barcos y sus aviones. El esmirriado general de los patriotas, el hombrequito que parece una T bajo su aludo sombrero, ha humillado a un imperio.

La prensa norteamericana lamenta los muchos muertos en tantos años de ocupación, pero destaca el valor del entrenamiento realizado por los aviadores. En Nicaragua se ha ensayado por primera vez el bombardeo en picada, desde los aviones Fokker y Curtiss especialmente diseñados para esta guerra.

Al llegar a Managua, Sandino declara: *Ya somos libres. No dispararé un tiro más.* El general Somoza, nuevo director de la Guardia Nacional, le da un abrazo. El presidente, Juan Bautista Sacasa, también le da un abrazo.



1934/Managua

Sandino, ¿ha vencido?

Somoza sale de la casa del embajador. Sandino llega a la casa del presidente. Mientras Somoza se sienta a trabajar con sus oficiales, Sandino se sienta a cenar con el presidente. Somoza cuenta a sus oficiales que el embajador de los Estados Unidos, Arthur Bliss Lane, acaba de darle su apoyo incondicional para matar a Sandino. Sandino cuenta al presidente los problemas de la cooperativa de Wiwili, donde él y sus soldados trabajan la tierra desde hace más de un año. Somoza explica a sus oficiales que Sandino es un comunista enemigo del orden, que tiene escondidas más armas que las que entregó. Sandino explica al presidente que Somoza no lo deja trabajar en paz. Somoza discute con sus oficiales si Sandino ha de morir por veneno, tiro, incendio de avión o emboscada en las montañas. Sandino discute con el presidente la función de la Guardia Nacional, que está acaparando todo el poder, y le advierte que Somoza podría voltearlo de un soplido. Somoza termina de resolver algunos detalles prácticos y se despide de sus oficiales. Sandino termina de beber su café y se despide del presidente. Somoza se va al recital de una poetisa y Sandino se va a la muerte. Mientras Somoza escucha los sonetos de Zoila Rosa Cárdenas, joven valor de las letras peruanas que honra al país con su visita, Sandino cae acribillado entre dos árboles de guanacaste, en un lugar llamado La Calavera, sobre el Camino Solo.

El Angel del Anuncio

Al día siguiente, hay matanza al por mayor en las montañas del norte. Somoza manda arrasar la cooperativa de Wiwilí. La Guardia Nacional ataca por sorpresa y extermina a los campesinos que habían sido soldados de Sandino y ahora estaban sembrando tabaco y plátanos y tenían un hospital a medio hacer. Se salvan las mulas, pero no los niños.

Rubén Alfonso Ortiz consigue huir y se mete en el monte. El había entrado de muy muchacho al ejército libertador. Lo llamaban el

Angel del Anuncio. Andaba por los pueblos, haciéndose el sordo entre los enemigos borrachos o distraídos, y después ganaba la montaña en su caballo Relámpago y contaba cuanto había averiguado a su hermano mayor, que era el más joven de los jefes sandinistas, y el que más reía.

El Angel del Anuncio se hunde en la selva. Anda descalzo, porque se ha comido las botas. Selva adentro le crecen el pelo y la barba. Ante una ceiba acollarada de bejucos, jura que no se cortará el pelo ni la barba hasta que se acabe Somoza.

Muy lejos de allí, se celebran banquetes de homenaje al asesino en Managua, León y Granada; y el gobierno dicta orden de olvidar.

COLECCIÓN PROBLEMAS DE MÉXICO:



era



Federico Besserer / Victoria Novelo / Juan Luis Sariago

 *El sindicalismo minero en México, 1900-1952*

Jorge Basurto

 *Cárdenas y el poder sindical*

Asa Cristina Laurell / Margarita Márquez

 *El desgaste obrero en México. Proceso de producción y salud*

NOVEDADES:

Francisco José Paoli

 *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano*

John H. Coatsworth

 *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato*



EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 09810 MÉXICO, D.F.
MÉXICO, D.F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY, N.L.
☎ 581 77 44 ☎ 14 90 48 ☎ 42 08 12

BOLIVIA: DEL ESTADO REVOLUCIONARIO DE 1952 AL ESTADO FICCION DE 1983*

Cayetano Llobet Tabolara

Cuando en 1951 la Rosca se negó a reconocer que el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) era la representación de la mayoría de la nación, sentó las bases para que ésta impusiera por la fuerza lo que ya había demostrado en las urnas. Sólo era cuestión de tiempo y no de mucho tiempo, puesto que menos de un año después, a balazos, la vieja oligarquía era echada del Palacio de Gobierno y del país.

El 11 de abril de 1952, al anochecer, estaba derrotado el ejército, habían desaparecido los ministros y nadie se acordaba de los jueces. El Estado oligárquico fue demolido en las calles de La Paz y fue un acto de demolición popular. Los viejos fusiles Mauser de la guerra del Chaco dispararon victoria y fueron proletarios los cantos de festejo. Organizador y combatiente, representando a su partido, Hernán Siles Suazo podía entregar el nuevo poder al Jefe del proyecto revolucionario, Víctor Paz Estenssoro.

Las contradicciones planteadas desde el inicio mismo de la revolución de 1952 pueden sintetizarse en la coexistencia eventual de la base social revolucionaria —fundamentalmente proletaria— y de un proyecto burgués de modernización capitalista. El estallido de esas contradicciones no tenía por qué ser inmediato pues tanto la base social como los portadores del proyecto debían dedicar los primeros esfuerzos a la consolidación del nuevo aparato. Más allá de cualquier romanticismo, hablar de consolidación del nuevo aparato estatal supone referirse, automáticamente, a la realización cuidadosa de las tareas represivas destinadas a liquidar las expresiones subsistentes del anterior. De hecho,

esta fase fundamentalmente represiva mantenía estrechamente unidos a los cuadros partidarios del MNR y a aquellos que correspondían más bien a la nueva estructuración sindical. La organización de las milicias armadas era una especie de culminación militar simbólica de la suma de esfuerzos revolucionarios en contra de la Rosca. De cualquier manera, era un estado de cosas transitorio. Paradójicamente, mientras más rápidamente se consolidara el MNR en el poder, más claramente surgiría la contradicción que, como marca de fábrica, sellaba al nuevo estado.

Ahora bien, la existencia de la mencionada contradicción fue generando una dinámica bipolar relativamente simple: la afirmación, por una parte, de la alternativa revolucionaria de contenido obrerista y socializante y la concreción estatal, por otra, del proyecto burgués. Las tesis sustentadas por unos y otros pueden sintetizarse en la más vieja de las alternativas planteadas a cualquier revolución: o bien la prudencia para no arriesgar lo ganado (Paz Estenssoro) o avance para hacerla irreversible (COB). Hoy, no puede constituir un misterio para ningún analista que fue la tesis de la prudencia la que se impuso. El MNR fue tan cauto en su avance revolucionario, tan coherente con su proyecto, tan cuidadoso de sus logros, que no dudó en pedir la protección del propio embajador de los Estados Unidos, con quien Paz Estenssoro realizó su última campaña electoral. Desde luego, nada de ello se dió en un momento y de golpe. Se puede afirmar que los primeros cuatro años (1952-56) se caracterizaron por un forcejeo intenso y sistemático entre todos los factores con posibilidad de juego, sin descartar, desde luego, el de la Embajada de los Estados Unidos. Lo que no puede desconocerse es que aún, en ese momento, el proyecto movi-

* Trabajo presentado en el Seminario "La Teoría del Estado en América Latina".

mientista es el de la modernización capitalista del país. Son la bases de las asambleas mineras, fuertemente influidas por la presencia del trotskismo quienes postulan banderas socialistas. Lo que el gobierno quiere es construir burguesía y ese es el aliciente principal de la mayor parte de los cuadros partidarios: aprovechar las facilidades que el Estado les da para enriquecerse y constituirse como la nueva clase nacional.

El punto de ruptura es 1956. Coincide plenamente con la administración gubernamental de Hernán Siles Zuazo y deben determinarse con claridad, sin ningún género de duda, la subsistencia del proyecto movimientista o la permanencia en el gobierno de la base social original de la revolución. Si el imperialismo apostó en ese momento a la carta Siles Zuazo, acertó en plenitud y con ventaja. Más tardó el nuevo presidente en prestar juramento que en romper con la Central Obrera Boliviana y antes de cumplir un año de mandato ya había encomendado a una misión estadounidense la tarea de proponer las soluciones "salvadoras" de la economía boliviana. En efecto, la Misión Eder (por Jackson Eder, su jefe titular) "descubrió" que la única forma de evitar la quiebra del país era la aplicación rigurosa e inmediata de la carta de intenciones que proponía el Fondo Monetario Internacional. Los únicos éxitos que se le pueden atribuir a Siles Zuazo en su gestión gubernamental son los de la literal obediencia a la ortodoxia fondo-monetarista y su rabioso empecinamiento en alejar a la clase obrera de cualquier espacio correspondiente al Estado. Es precisamente en el período silista cuando el proletariado boliviano realiza más sistemáticamente su ejercicio de recaptura de espacios estatales, asumiendo una característica que permanecería como propia de sus formas de lucha. En 1952, los obreros se hicieron copropietarios del Estado y nunca han renunciado a ello. Nunca asumieron en plenitud que el MNR, su partido, les arrebató su parte.

O bviamente, cuando el estado revolucionario perdió su base de legitimación obrera tuvo que suplirla con la referencia mayoritaria del campesinado y debió adquirir fuerza con la recomposición de las Fuerzas Armadas. En ese sentido, no es posible ver en el golpe del general Barrientos, en 1964, una ruptura en el verdadero sentido de la palabra, sino la consecuencia lógica del juego de factores que el propio gobierno había activado. Hay, pues, un grado de continuidad a pesar del desplaza-

miento de Paz Estenssoro. La alianza del MNR con los norteamericanos se erigió en obstáculo insalvable para la conformación de un partido burgués nacional. Quedará como hipótesis, cuando no como incógnita, si era posible otra salida en las condiciones nacionales e internacionales de esa coyuntura. Lo que es claro, por lo menos desde ese momento, es que el proyecto capitalista en Bolivia debía contar con los militares y, como en todas partes, era un proyecto antiobrero. De ahí en adelante, lo que se da es un proceso paulatino de sacrificio de las referencias democrático-populares y, en tanto se afirma la alternativa revolucionaria con contenido básicamente obrerista, se va generando la evolución hacia las formas fascizantes que culminaron con la organización exitosa del bloque banzerista.

Paralelamente, el proyecto alternativo —que pasa por la reconquista de la independencia de clase— no logra, sin embargo, superar los marcos orgánicos surgidos de la Revolución de 1952. En otras palabras, es un proyecto sin expresión partidaria, pero que, dada la fortaleza de su expresión sindical, impone a los partidos de la izquierda por lo menos la necesidad de negociar con la COB y, en muchos casos, la obligación de asumir como propias las decisiones de la dirección obrera. La deificación del obrerismo, sus consecuencias sindicaleras, los seguidismos partidarios, lograron en la Asamblea Popular (1970-71) su máximo escenario y mantuvieron a ésta en su límite más preciso: la visión de las fronteras del poder, sin la posibilidad objetiva de alcanzarlo. Ello, desde luego, no fue obstáculo para que su acción fuera percibida como posibilidad real de poder, desencadenado el plan fascista de liquidación político-militar de todas las expresiones tanto sindicales como partidarias identificadas con la alternativa popular.

El gran proyecto movimientista, en su vertiente obrera y versión trotskizante, se enterró con las cenizas de la Asamblea Popular. En su versión burguesa, terminó en manos de los generales: la acumulación capitalista, en Bolivia, se hacía con bayonetas o, simplemente, no se hacía. La derrota del 21 de agosto de 1971, alteró fundamentalmente la perspectiva de la lucha. Sus consecuencias, mucho más graves que lo que se quiere admitir, implicaron la transformación lógica e involutiva de un proyecto estatal popular en un programa de supervivencia a partir de la conquista de espacios democráti-

cos mínimos. Y en tanto se producía la consolidación de la hegemonía militar en el aparato del Estado, la defensa de la democracia dejó de ser un momento táctico para irse transformando en concepción estratégica de la mayor parte de la izquierda. Concepción no carente de eficacia, puesto que iba arañando parcelas al militarismo, pero garantizando a éste la desmovilización popular en torno a un proyecto alternativo. En el fondo, esa es la justificación del surgimiento de la Unidad Democrática y Popular (UDP) y esa es su historia: la de los hurtos ingeniosos de democracia sin saber para qué, o más bien sabiendo que tenían que ser demócratas para no ser socialistas. Con Siles y muy especialmente con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), nunca se pudo saber si la lucha democrática era una forma de distanciarse de los militares o una forma de acercamiento a la Embajada norteamericana.

De hecho, las formas democráticas que buscaba la UDP, eran las que habían fracasado años antes. Derivada de siete años de dictadura, reapareció una especie de nostalgia popular cuya referencia histórica real sólo podía ser movimientista. Y los que orgánicamente pretendieron constituirse en herederos de las masas del MNR, sólo lograron su propia "movimientización". El MIR y el PCB (Partido Comunista de Bolivia), admitieron que comprendían la Revolución de 1952. . . ¡con casi treinta años de atraso! Reactualizaron, bajo el liderazgo de Siles, la contradicción base popular-proyecto burgués, pero como actuaban a destiempo, nunca pudieron descifrar con acierto el componente precisamente destruido en 1952: las Fuerzas Armadas.

Su tratamiento del problema militar fue un tratamiento conspirativo y de "contactos". Creyeron, sinceramente, en los militares "amigos", en los "institucionalistas", en los protagonistas de contragolpes imaginarios como respuesta a golpes reales. La UDP, voluntariamente, se hizo parte integrante e importante de la crisis del proyecto burgués y de su expresión estatal. Así contribuyó decisivamente a la generación del vacío de alternativa revolucionaria.

Sin embargo, el vacío de alternativa no es vacío de expectativas. Este es el hecho que Quiroga Santa Cruz percibe con lucidez y, mediante la actualización del Partido Socialista — 1 (P.S. — 1), decide copar los espacios que, a pesar suyo, abrían los partidos cons-

titutivos de la UDP. El "milagro" socialista no era tal. El impresionante volumen alcanzado por ese partido en nada más que dos años era, simplemente, el reflejo de una gran frustración popular que veía paulatinamente que todos los que había considerado sus partidos, terminaban inevitablemente en el camino de la componenda y el arreglo. Y es importante destacar el hecho, pues mientras en la mayor parte de las direcciones políticas la consigna parecía ser las del olvido, Quiroga Santa Cruz ganaba en las masas a través de la exigencia de sanciones a los responsables de la dictadura. Alguien debía pagar por los delitos que se cometieron contra el país: contra su economía, contra su soberanía y contra su gente. Desgraciadamente, la UDP no entendió, ni siquiera como una posibilidad de defenderse a sí misma, el juicio de responsabilidades iniciado contra Banzer. Esta incompreensión se tradujo en una evidente falta de apoyo que llegó a manifestarse en fuertes ataques contra el liderazgo quiroguista, a quien se calificaba de provocador y propiciador del golpe.

Más allá de todas las susceptibilidades udepistas por el liderazgo nacional, no se percibía claramente —y ese era el punto central en el juicio de los socialistas— la responsabilidad del período banzerista en la situación del país. El olvido de los orígenes de ese régimen —su encarnizado combate contra la clase obrera— condujo, casi automáticamente a considerar a Banzer y su partido (Acción Democrática Nacionalista, ADN), como un componente normal del espectro "democrático".

Por otra parte, se consolida en el seno de las Fuerzas Armadas la conducta conspirativa como parte de la normalidad militar. La existencia permanente y simultánea de varias conspiraciones alienta una dinámica golpista coreada por grupos de civiles productores de discursos ideológicos adecuados a la posibilidad del triunfo y a la distribución de carteras ministeriales. El llamado permanente a las puertas de los cuarteles, que es la forma de legitimación civil de los sables, es expresivo de la falta de confianza en el pueblo aún por parte de los partidos que se decían populares. Se confunden los planos y el tratamiento de "lo militar" se reduce a conversaciones o a conspiraciones "con los militares". El ejercicio permanente de un tacticismo justificatorio conduce a la búsqueda de pequeños espacios de maniobra, sin insertarlos en una concepción estratégica que no puede ser inventada y que surge naturalmente de la historia

nacional popular: es insurreccional y en sus momentos de mayor lucidez y organización, pasa por la derrota de los militares.

En este proceso de legitimación civil de las conspiraciones, se va incorporando, además, la impunidad como criterio, ya que a nadie se debe rendir cuenta, ni siquiera del propio fracaso. La concentración de todos estos factores es particularmente ilustrativa en el episodio golpista de Natusch Busch en noviembre de 1979. Un sector del congreso nacional vinculado al MNR más ortodoxo es el grupo civil fabricante de discursos. El coronel Natusch, el militarote convencido por los civiles de su misión salvadora para la nación. Las ilusiones demócratas a cargo de la UDP y la falta de organización por parte del P.S. — 1. El pueblo, con su espontaneidad y sus muertos. Es verdad que se produjo el triunfo popular y no es menos cierto que después de dieciséis días de resistencia civil, los golpistas tuvieron que abandonar Palacio de Gobierno, pero la carencia de dirección política partidaria cargó a este episodio de un costo social elevadísimo sin siquiera contar con la posibilidad de consolidar el triunfo en términos de escarmiento. Si se quiere añadir una pequeña nota de escándalo político, habría que relatar la negativa disciplinada del Partido Comunista, el MIR y el MNRI a votar en favor de una “investigación destinada a sancionar al Alto Mando golpista”. En el Congreso Nacional reunido el 17 de noviembre, quedaron levantadas las manos de cinco diputados socialistas ante el silencio de todos los demás parlamentarios.

Probablemente, en ninguno de los golpes militares se ha hecho tan notorio, como en el que comentamos, un principio axiomático incorporado a la doctrina militar desde la derrota de 1952: “La división de las Fuerzas Armadas conlleva la derrota de los dos bandos en pugna”. Es la violación de este principio la que explica el éxito o fracaso de los golpes militares de los últimos diez o doce años. Y es relevante la intervención decisiva de ese temor institucional, ya que nunca, como entonces, un golpe tuvo que remontar condiciones más adversas para su consolidación. Y sin embargo, los cabecillas de él merecieron el respaldo o acatamiento de los comandantes de todas las unidades, de buen o mal grado, pronto o tardíamente, porque, siendo preferible un mal golpe a una buena división, hasta los comandantes opuestos a la

aventura prefirieron ceder posiciones sectoriales a condición de que el negocio quedara en familia.

La idea más simplista de un golpe militar lo reduce al hecho de fuerza que permite la captura del Palacio de Gobierno. Una concepción menos restringida, extiende las responsabilidades de su consumación al disfrute burocrático de sus resultados. Pero, si como debe ser, se atiende más al proceso sedicioso como tal, que a la anécdota de la asonada, se descubren, inconfundibles, las huellas digitales de los grupos civiles que tienen que acudir a los coroneles para suplir sus incapacidades partidarias.

Desde otra perspectiva, la izquierda no ponderó jamás, con la gravedad que tenía, la consolidación de la facción con mayor manejo de capital: la que controlaba la producción y tráfico de cocaína. Con un volumen de operaciones que llegó a duplicar el total anual de exportaciones “normales” del país, logró la posibilidad de estructurarse militarmente, generándose las condiciones para decidir el copamiento directo del aparato estatal. El golpe del 17 de julio de 1980 es una combinación afortunada de los dos elementos concurrentes —el militar y el mafioso— para hacer de la Presidencia de la República la síntesis perfecta del delincuente en uniforme. Todo lo que se diga del golpe de 1980 parecerá exagerado. Estamos ante uno de esos casos en que mientras más se hace caricatura más próximo se está de la realidad.

Desde julio de 1980, Bolivia presenció cotidianamente un proceso irreversible de gangsterización del Estado. Nacional e internacionalmente, se tipificó al Palacio de Gobierno como a una cueva de bandidos en la que nunca se supo si los actos de gobierno eran para administrar un país o para acrecentar las ganancias del narcotráfico. No existía línea divisoria: embajadas y agencias consulares cambiaron su función para asumir la de enlaces, receptores y despachadores de droga en aviones con protección diplomática.

Por otra parte, tanto por las circunstancias propias del país, como por el agotamiento de reservas energéticas, altos costos en la producción de minerales, escasa estructura industrial, dependencia casi absoluta de las importaciones en el consumo urbano, desproporcionada deuda externa obligatoria de un ejercicio de pago que absorbía los más altos porcentajes de las exportaciones, etc., así como factores concurrentes

de la coyuntura internacional, se desata una crisis económico-financiera sin paralelo en la historia contemporánea.

Dicha crisis se traduce fundamentalmente en un proceso inflacionario de dimensiones colosales y golpea directamente a los grupos de asalariados. Pero, además, obliga a un mayor relegamiento de la administración nacional con el impacto correspondiente en la atención de regiones y departamentos. No existe gobierno con proyecto responsable y el país comienza a revivir una movilización de carácter insurreccional: espontánea y compleja en sus reivindicaciones. Nacional y homogénea en su sentido popular. Coherente con su historia, pues es la forma elegida por las masas en todas las situaciones en que siente la necesidad de defenderse. Es la forma de "no aguantar más".

Este conjunto de elementos configura una coyuntura explosiva, ante cuya inminencia, los militares no tienen otra alternativa que pensar en su relevo gubernamental. Para ello, deben reunir dos condiciones: trasladar la responsabilidad de la crisis al ámbito civil y, segundo, mantener los mecanismos institucionales que les permita continuar como factor real de poder, independientemente de quien ocupe la Presidencia. Es en ese momento en el que las vías de la retirada táctica se reducen a dos: convocatoria del Congreso elegido en 1980 o nuevas elecciones.

Para entender la adopción de una u otra, es imprescindible revisar la situación de los frentes de ese momento. Por una parte, la derecha —basada en el eje Paz Estenssoro Banzer— está consciente de que sus posibilidades electorales, siguiendo la tendencia de 1978 en adelante, son cada vez menores. Por primera vez, los propios militares consideran a Banzer y su régimen como co-responsables de la crisis. Ante la posibilidad de un desastre electoral, presionan para una convocatoria congresal que, además, les permita negociar una mayoría relativamente cómoda con capacidad de presión legislativa frente a cualquier gobierno designado. Hay una obvia intención de debilitamiento del sistema presidencialista para otorgar al Congreso una influencia creciente. De alguna manera, van afinando el mecanismo para que senadores y diputados coloquen la banda presidencial no como símbolo de mando, sino como chaleco de fuerza.

Por otra parte, la UDP consolida en su interior un viejo sistema de contradicciones y éstas asumen un carácter más agudo ante la evidencia

de las intenciones de Siles Zuazo en sentido de alterar la composición del binomio en una nueva elección, con lo que el Jefe de la UDP se otorga un mayor margen de maniobra y negociación. La posibilidad, analizada por Siles, de recomposición frentista, obliga al MIR a lanzarse a una rápida y decidida movilización destinada a bloquear la perspectiva de nuevas elecciones y, en alianza con la derecha, rescata la alternativa congresal como el único mecanismo capaz de asegurar la Vicepresidencia de Jaime Paz Zamora. Los elementos tácticos que Siles había manejado hasta entonces —el tiempo y su silencio— se le revierten y se coloca en una situación clásica de pérdida de iniciativa. A partir de ese momento, comienza a actuar ante opciones forzadas.

Sin duda, es muy distinto el caso de Lechín, quien al verse desbordado por las masas, decide encuadrar la movilización bajo la consigna de una huelga general que no propició, pero de cuyos resultados se apropia, lo que permite —nuevamente— que la COB aparezca como la única instancia organizativa de las masas. Este argumento ha sido, es y será utilizado por Lechín como elemento sustancial en su tarea de desprestigio de los partidos y en la fundamentación de una ideología anti-partido en el seno de las organizaciones obreras. Se produce así la paradoja de que el carácter extraordinariamente avanzado del sindicalismo boliviano le impida favorecer la alternativa partidaria.

El retiro militar de Palacio de Gobierno aparece directamente vinculado a la declaración de huelga por la COB y su máxima dirección puede exigir en favor de Siles. . . precisamente lo que Siles no quería: Congreso del 80 y Vicepresidencia de Jaime Paz.

No se puede prescindir, en el análisis político, de la vinculación entre un movimiento y sus resultados. Un diagnóstico de ese momento permite afirmar que la movilización popular fue canalizada a las formas de solución planteadas por la derecha. O, planteado de otra manera, las formas en las que la derecha pensó como las más eficaces para controlar a Siles. De hecho, le impiden acudir a un nuevo acto electoral que, para él, tenía más bien un carácter plebiscitario.

Es cierto que el jefe de la UDP podía haber descartado la vía propuesta y ser él quien asumiera el liderazgo popular y nacional exigiendo el cumplimiento de una voluntad que se había expresado en las calles. Pero eso supondría que

Siles fuera capaz de asumir un proyecto revolucionario con un cúmulo de consecuencias que él no aceptaría jamás.

No debe olvidarse que una buena parte de su éxito entre algunos sectores sociales, se debe a su resistencia a definir un proyecto. Pero no se trata de un problema de subjetividad o de conformación de personalidad del Dr. Siles: es la historia de la UDP, la historia del proyecto movimientista, la que obliga a Siles a aceptar una de las alternativas que la burguesía se da para resolver su crisis. Nunca, ninguna burguesía ha logrado triunfar en su proyecto político sin el apoyo de otras clases. Está obligada a buscar el mayor grado posible de legitimación popular y, ciertamente, la UDP era el instrumento más adecuado para ello. No puede ser Banzer quien convoque al "acuerdo nacional". No sería una solución, en tanto el instrumento tiene posibilidad de lograr el objetivo buscado. Para salvar —de una manera burguesa— la crisis del capitalismo en Bolivia, era absolutamente necesario que la mayor expresión popular (en ese momento, Siles) formulara la necesidad de ese "gran acuerdo nacional". La expresión jurídico-institucional de ese acuerdo era el Congreso Nacional.

No es posible evadir, en este punto, la mención de algunos elementos de discusión. Uno de ellos, desborda el marco nacional boliviano y tiene que ver con la realidad de partidos verdaderamente mayoritarios, con apoyo de masas y con proyecto claramente burgués. Paralelamente, la actuación de partidos con enunciados principistas de claro contenido anti-capitalista y que, ante el temor de actuar a contrapelo del sentimiento popular, terminan como furgón de cola de los proyectos populistas. El segundo elemento en la coyuntura que se acaba de describir es la virtual liquidación de un partido alternativo que logre canalizar expectativas y, en ese sentido, no es posible mantener en silencio la certeza del daño ocasionado al país en los intereses populares, con el asesinato de Quiroga Santa Cruz. Esta ausencia, acompañada de la incorporación plena del Partido Comunista a las tareas gubernamentales con características ya asumidas como hecho. Es esencial dar el paso a lo que no es historia sino presente.

Aún no había concluido la ceremonia de juramento constitucional en el cargo de Presidente, cuando Siles ya confrontaba los síntomas más claros de desintegración del

frente electoral que lo llevó a Palacio de Gobierno. En efecto, la UDP, en su vertiente mirista impuso tal cantidad de condiciones en términos de bloque ministerial, que más bien parecía el ansiado momento de repartición del botín largamente esperado. El país vio paciente el regateo de carteras y la disputa de cuotas de poder traducidas en partidas presupuestales para partidos y militantes. Ministerios, aduanas, policía, inspecciones municipales, universidades, prefecturas y lo que apareciera. . . Y la verdad es que no era mucho lo que podía aparecer, salvo las cifras de la deuda externa. La esperada UDP no traía soluciones: traía apetitos.

Después de la primera y decisiva fractura interna a nivel gubernamental, el MIR pasó a ser oposición y la Vicepresidencia su cabeza visible. Desde ese momento, el proyecto de Jaime Paz Zamora se definió por la necesidad de buscar el alejamiento de Siles para asumir la Presidencia. En ese sentido es perfectamente válido hablar de un proceso de "barrientización" por similitud a lo sucedido con ese general y Paz Estenssoro.

Por otra parte, tal como se había previsto, el Congreso Nacional asumió sus tareas de control estricto y de bloqueo sistemático, aislando al nuevo gobierno en la exclusiva responsabilidad de la crisis económica. Las peticiones de informes y las interpelaciones a los ministros pasaron a ser la ocupación principal de los parlamentarios. La discusión con el Fondo Monetario Internacional, la principal ocupación de los ministros. Las pequeñas maniobras para sostenerse, la principal actividad del presidente.

Si se admiten como verdaderas las cifras oficiales, el ritmo inflacionario en el último año alcanzó el mil por ciento y la suma total de incrementos salariales no llegó al cien por ciento. En doce meses, el impacto económico en las clases populares, logró lo que la derecha no había conseguido en años: volcar las masas contra la UDP.

Las Fuerzas Armadas, después de dos o tres sesiones cosméticas consistentes en el pase a retiro de catorce oficiales comprometidos directamente con el tráfico de cocaína, reiniciaron su tarea de reorganización interna a fin de recuperar paulatinamente su papel "de institución tutelar" bajo formas institucionales. En otras palabras, se colocó en la actitud de la espera prudente.

Hoy, es válida una pregunta: ¿cuál es la base de sustentación del gobierno? Atacado por la

derecha, acosado por sus anteriores aliados y hostigado por la acción obrera que defiende su economía, Siles carece de un solo asidero que permita alentar una perspectiva razonable a mediano plazo. Prisionero de su empecinamiento solitario, juega con el desafío de la ruptura del orden constitucional que ninguno de sus enemigos quiere asumir como responsabilidad. No se mantiene porque es fuerte sino por la falta de fuerza de los demás. Pero esa es una situación transitoria. En el fondo, a pesar de Siles y más allá de él, se está produciendo nuevamente un proceso de acumulación de fuerzas que tendrá como protagonistas a la COB, por una parte, y al bloque de derecha que pueda constituirse como relevo y que nuevamente puede estar comandado por Banzer.

El estado que surgió de la Revolución del 52, es el que se está hundiendo. No es fácil hablar de un relevo militar, puesto que la posibilidad golpista y el copamiento del aparato gubernamental no significa, ni mucho menos, viabilidad estatal. Esto lleva a los militares a ratificar una función de freno al avance popular y... nada más.

Ninguna de las expresiones partidarias ha logrado superar los marcos de acción obrera delineados por la organización sindical. La COB permanece como referencia fundamental a pesar de sus limitaciones y carencias. Todas ellas se asumen conscientemente, pero están subordinadas a la necesidad mayor de la unidad de la clase. El programa obrero permanece como tal: tampoco tiene viabilidad estatal en tanto se mantenga el factor de contención militar. Desde el triunfo de 1952, ni la clase obrera ni los partidos que pretenden representarla, han logrado desarrollar un aparato militar con una capacidad mínima de alteración de ese equilibrio de imposibilidades: la de los militares que pueden tomar el gobierno y no tienen proyectos y la de los obreros que pueden derribar todos los gobiernos que quieran sin llegar a serlo.

En otros términos, la única clase con programa no tiene posibilidad militar y el único programa de los militares es la represión contra los obreros. Quizá eso explique, aunque sea precariamente, la situación de un país que está permanentemente en vísperas de la dictadura del proletariado y vive sistemáticamente bajo dictaduras militares.



mastercolor, s.a.

laboratorio fotográfico de profesional a profesional.

- revelado profesional de sus transparencias en 90 minutos.
- duplicado de transparencias.
- ampliaciones y reducciones.
- virado de transparencias.
- ampliaciones de color.
- ampliaciones de transparencias a papel directo (Cibachrome).
- internegativos de color y de blanco y negro.
- revelado de rollos blanco y negro.
- ampliaciones en blanco y negro.
- reproducciones de originales: gráficas, mapas, letreros, etc.

Consúltenos sobre cualquier problema fotográfico. Con seguridad le ayudaremos a resolverlo.

**jalapa 285 col. roma sur
06760 méxico, d.f.
574-8141 574-8019**

DOS ENTREVISTAS INEDITAS

CON ZELMAR MICHELINI Y HECTOR GUTIERREZ RUIZ*

Omar Prego

* Estas entrevistas a Zelmar Michelini,¹ senador del Frente Amplio, y a Héctor Gutiérrez Ruiz,² presidente de la Cámara de Representantes del Uruguay, fueron hechas una semana después de ocurrido el golpe de Estado del 27 de junio de 1973, dado por el presidente de la República, Juan María Bordaberry, con el apoyo de las Fuerzas Armadas.

Ahora, a más de diez años vista, no resulta demasiado difícil comprender los mecanismos del golpe, extraer conclusiones, darse cuenta de quién tiraba los piolines, concluir que Bordaberry fue un títere del que se sirvieron los militares, y dar por sentado que un día u otro sería arrojado al desván de la Historia.

Pero en ese momento, en medio de la pasión y del desconcierto, en un Buenos Aires atestado de uruguayos —muchos menos de los que empezaron a llegar más tarde, cuando la represión mostró su verdadero rostro— en medio a los más descabellados rumores, no era fácil mantener la cabeza fría, tratar de comprender lo que estaba ocurriendo y, sobre todo, conservar la suficiente serenidad como para proyectarse hacia el futuro, hacia las consecuencias, las huellas y las heridas que ese golpe dejaría en el Uruguay, y, después, proponer remedios para esas heridas.

La entrevista a Héctor Gutiérrez Ruiz fue hecha en su habitación del hotel Carsson, situado en la avenida Viamonte, el 5 de julio.

A Zelmar Michelini lo vi en el hotel Victory, en la calle Florida, al día siguiente, el 6 de julio. Estaba, como lo estaría hasta el día de su secuestro y posterior asesinato, rodeado de uruguayos que le pedían orientaciones, ayuda, acaso simplemente un apoyo moral. Después subimos a su habitación, en el sexto piso, de la que los asesinos lo sacarían por la fuerza el 18 de mayo de 1976.

Estas entrevistas no fueron jamás publicadas en ningún diario o revista en lengua castellana y sólo una reducida parte de ellas apareció en *Il Corriere della Sera*. Son, entonces, éstas de Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, voces de ultratumba y, como tales,

ya están fuera de las contingencias del tiempo, son inmutables, nada podrá modificarlas. No obstante, por razones perfectamente válidas que explicaremos algún día, cuando las aguas vuelvan a su cauce, hemos decidido suprimir aquí dos o tres de las preguntas formuladas a Gutiérrez Ruiz y sus consiguientes respuestas.

En los tiempos que corren, y en cualesquiera otros, no está de más conversar con los muertos, interrogar a las sombras. Estas entrevistas pueden ser leídas como diálogos fuera del tiempo, aunque lo que estos muertos ilustres y fraternos digan pueda servirnos para comprender mejor, desde la distancia, la tragedia uruguaya. Que no ha cesado aún. Quizá nos sirvan para ver un poco más claro, en ese tejido de engaños y mentiras con el que se pretendió enmascarar y justificar el golpe de junio de 1973, lo que realmente estaba y sigue estando en juego.

París, mayo de 1984

Con Zelmar Michelini

OP: *Michelini, me gustaría que tratara de hacer inteligible, para quien no sea un uruguayo, los caminos que condujeron a este golpe asestado por el presidente Juan María Bordaberry el 27 de junio último.*

ZM: Seguramente que causas se encontrarán muchas, y hay muchas.

Con el tiempo, los analistas, con serenidad, a medida que vayan examinando todos estos últimos años, encontrarán quizá las verdaderas causas que motivaron este golpe.

Pero yo creo que el principal responsable de todo esto es el Ejército, son las Fuerzas Armadas. Y creo que sería un tremendo error juzgar que en todo esto Bordaberry jugó un papel más importante que las Fuerzas Armadas. No. Jugó un papel tan importante como las Fuerzas Armadas, y el verdadero inicio de las cosas está en las Fuerzas Armadas.

1 Líder de la Agrupación por el Gobierno del Pueblo y uno de los fundadores del Frente Amplio, cuyo presidente es el general Liber Seregni.

2 Perteneciente al Partido Nacional (Blanco), sector "Por la Patria", liderado por Wilson Ferreira Aldunate.

OP: *¿Me podría citar algunos elementos que apoyen esa tesis?*

ZM: Yo recuerdo, ahora, cuatro o cinco hechos fundamentales, que pueden dar la pauta. En septiembre de 1971, bajo el gobierno de Pacheco Areco, después de lo que se llamó "El abuso", esto es, la fuga del penal de Punta Carretas de 106 detenidos, el presidente Pacheco encargó a las Fuerzas Armadas que, junto con la policía, se ocupara de la lucha contra los Tupamaros. Entonces, por primera vez, aparecen en escena los militares, y se crea por reglamento algo que no existía hasta entonces, esto es, la Junta de Comandantes en Jefe, que dió a los militares la posibilidad de emitir comunicados, de emitir opiniones.

No obstante, bajo el régimen de Pacheco Areco, un presidente con autoridad y que, además, tenía un evidente arraigo popular en determinadas zonas, y ya al término de su mandato, los militares no tuvieron la posibilidad de pulsar con la magistratura civil.

OP: *Pero esa realidad se modificará con la llegada de Bordaberry al poder.*

ZM: Claro, En 1972, con Bordaberry, un Presidente con características muy especiales, sin prestigio personal, sin prestigio popular, digitado por Pacheco Areco —que lo puso a él como pudo poner a cualquier otro— las cosas cambiaron.

Se supone en aquel entonces, aunque muchos no lo creyesen, que era el Ejército el que había pedido el Estado de Guerra Interno, luego del 14 de abril, cuando fueron ametrallados varios hombres del régimen, algunos de ellos vinculados al Escuadrón de la Muerte: el mayor Motto, el comisario Delega, el ex ministro Armando Acosta y Lara, etcétera.

¿Qué significaba la declaración del Estado de Guerra Interno? En primer lugar, suponía la posibilidad de llevar a cabo acciones militares y de reprimir, en la lucha contra los Tupamaros, sin estar sometidos a la estricta de las normas constitucionales.

El Ejército, para garantizar la victoria en la lucha que se le encomendaba, pedía que no hubiese garantías constitucionales de clase alguna. A eso accedió el Parlamento, en una decisión catastrófica.

OP: *¿Qué papel desempeñó en esa época el Parlamento?*

ZM: Con posterioridad a ese 15 de abril, la forma en que el Ejército conduce la represión contra los Tupamaros fue objeto de interpela-

ciones parlamentarias, de planteamientos a todo nivel. Y, además, de una creciente denuncia por parte de quienes estaban en conocimiento de los procedimientos que estaban llevando a cabo los militares.

Toda la época de torturas, de apremios físicos y morales, todo lo que significó el trato a los prisioneros, fue denunciado reiteradamente en la Cámara de Senadores. Pero esto sirvió para que el Ejército fuera consolidando una victoria que le iba dando, además, una presencia en el escenario político nacional.

OP: *Usted mencionó, recién, otro elemento: la pulseada de los militares con la justicia civil.*

ZM: A los militares no les alcanzaba solamente con el Estado de Guerra Interno, que suponía la eliminación de garantías constitucionales. Ni les alcanzó llevar a cabo procedimientos reñidos con la moral y la dignidad humanas, como son las torturas, sino que exigieron de Bordaberry y del Parlamento —y lo obtuvieron en virtud de la influencia que Bordaberry tenía a partir del apoyo político derivado de un acuerdo político— la instauración de lo que se llamó la Ley de Seguridad del Estado, que en última instancia equivalía a entregarle la Justicia a los militares.

Esto también fue solicitado por los militares. Los militares se quejaban de que ellos estaban librando una lucha muy dura contra la sedición, y que luego, en virtud de la benignidad del Código Penal y de la forma en que los jueces aplicaban la ley, los Tupamaros salían en libertad al poco tiempo. Con lo cual, en la práctica, la lucha se iba haciendo muy difícil. Entonces entregaron la Justicia a los militares. Y esto fue un paso atrás en la vida cívica del país, acerca del cual nosotros advertimos en todas las formas que pudimos, que denunciábamos públicamente.

OP: *Este me parece un punto importante, acerca del cual sería oportuno abundar.*

ZM: Era entregar el poder de discernir sobre la vida, el honor, los bienes y la libertad de las gentes, a hombres que no estaban capacitados para ello, que no eran independientes, porque dependían de los mandos militares, que no tenían vocación, porque no habían estudiado para ello. Y que no tenían vocación, además, porque habían elegido otra carrera profesional.

Al cabo del tiempo, como lo denunciábamos reiteradas veces en el seno del Parlamento, en exposiciones hechas ante el propio Ministro y que éste no pudo refutar, las barbaridades, las

atrocidades, las arbitrariedades de la justicia militar, no hicieron sino confirmar algo que nosotros, desgraciadamente, habíamos adelantado.

En una palabra: esto quiere decir que no había garantías constitucionales. Los militares llevaban a cabo cualquier clase de procedimientos y, además la Justicia estaba a su servicio.

OP: Pero, al parecer, eso tampoco les alcanzaba.

ZM: No, esto no les alcanzaba. El Parlamento, en última instancia, era una caja de resonancias demasiado sensible, un campo fértil en el que abundaban las denuncias. Denuncias que luego eran recogidas por organismos internacionales.

Así, las denuncias que nosotros hicimos fueron recogidas por las iglesias protestantes de Estados Unidos, por la Convención de Abogados de Ginebra, por la Cruz Roja Internacional, por las comisiones que, fundamentalmente en Londres y París, velaban por los derechos humanos individuales y colectivos. Y con todos ellos se fue haciendo una carpeta sumamente extensa en la cual se iban acumulando las pruebas contra el Ejército uruguayo. Todas esas denuncias se originaban en el seno del Parlamento uruguayo.

En consecuencia, era necesario acallar al Parlamento uruguayo porque éste era el que denunciaba las barbaridades que se estaban cometiendo.

OP: ¿Cuál fue el método empleado?

ZM: Desde ese punto de vista se imaginó una maniobra sumamente habilidosa para acallar a un legislador y, de esta forma, atemorizar a todo el resto. Y la emprendieron contra el senador Enrique Erro, que por sus características y por sus condiciones, era un hombre que se había entregado de lleno a la oposición y a la lucha contra el Ejército.

Cuando no se pudo quebrar la voz del senador Erro porque el Parlamento reaccionó —y no sólo reaccionó defendiéndolo, sino que además pasó a la ofensiva y acusó y denunció al Ejército de todas las otras atrocidades que estaba cometiendo, e incluso de los privilegios económicos de que gozaba —parecía claro que esa lucha que había enfrentado al Parlamento con el Ejército tenía que cortarse por lo más delgado. Y, en este caso, era por el que no tenía las armas.

El Ejército presionó a Bordaberry para tratar por todos los medios de terminar con el Parlamento. Esta es, podríamos decir, la explicación

de la presencia del Ejército en el panorama nacional.

OP: Cuando dice "el Ejército", ¿piensa efectivamente en todo el Ejército?

ZM: Se ha sostenido que la Marina no estaba de acuerdo, se ha sostenido que algunos militares eran pro-peruanistas, se ha sostenido que los sucesos de febrero, con los comunicados 4 y 7, indicaban una sensibilidad distinta o una ideología diferente.

Todo esto puede ser cierto en alguna medida. Pero no lo es en lo fundamental. El Ejército mantiene su verticalidad y las fuerzas, con tal de no romper la unidad de las armas, no están dispuestas a hacer sentir su discordia, su disenso, más allá de lo que es el planteo inicial.

Y en cuanto a que hubiese militares pro-peruanistas, que pudiesen encontrar probanza en lo que fueron los comunicados 4 y 7, podemos admitirlo. Pero esto no pasó sino de un esbozo, de un intento y, en definitiva, fueron copados por las fuerzas mayoritarias que representaban los gorilas al estilo brasileño y que, además, tenían en sus manos el mando de tropas.

OP: ¿Qué piensa, entonces, de los comunicados 4 y 7?

ZM: Soy de los que creen que los comunicados 4 y 7 quedarán en la historia del país como un intento de algunos militares de tratar que la estructura económica y social del Uruguay tuviese la posibilidad de ofrecer cambios.

Aunque débil en su planteamiento ideológico, yo los consideré siempre, desde un punto de vista relativo —es decir, desde la óptica de lo que el Ejército había hecho. Desde un punto de vista relativo entonces, en lo que significa el hecho de ser emitidos por un Ejército que hasta ese momento se había sindicado por sus conocimientos y su preparación, como un Ejército al estilo de los ejércitos americanos, prescindente de los problemas sociales, volcado sólo a preservar el orden y la seguridad, yo creo que fue un paso importante, que no fue más allá del planteo estrictamente teórico.

Pocos días después de los comunicados 4 y 7 nosotros no vacilamos en sostener que un Ejército que emitía esos comunicados pero que, al mismo tiempo, seguía en su campaña de torturas y de indignidad respecto al hombre, y que sometía a los uruguayos a los vejámenes a los que los estaba sometiendo, no podía tener la confianza de nadie.

OP: Muy bien. Pero ¿qué pasa con la otra cara de la crisis, con la crisis económica?

ZM: Creo que el panorama no se completa si no se atiende a lo que es el esquema económico del país. Esto no significa nada más que el mantenimiento de la política que el Uruguay venía aplicando, sólo que, si se quiere, más rigurosa. Va a seguir dentro del área occidental, dependiendo exclusivamente de los organismos internacionales, afiliado a la política del Fondo Monetario Internacional —que ya se sabe lo que significa— tratando de que el país se convierta exclusivamente en un país agro-importador. Es decir, en un país productor de materias primas dependientes de la ganadería y la agricultura, fundamentalmente de la ganadería, y exportándolas y a su vez importando todos los productos manufacturados, dependiente en última instancia de los grandes países monopolistas y, además, lo que parece más importante desde el punto de vista de la orientación internacional, volcado hacia el Brasil.

OP: *Usted mencionó el Fondo Monetario Internacional ¿Qué pasa con Estados Unidos?*

ZM: En este momento se está discutiendo en Latinoamérica un tema que apasiona, que es el de la Organización de Estados Americanos. ¿Cómo debe integrarse la Organización de Estados Americanos? ¿Permanece Estados Unidos dentro de ella? ¿Puede haber relación, como dijo el canciller argentino, Raúl Vázquez, entre opresores y oprimidos? ¿O bien, por el contrario, se atiende a lo que es en este momento la línea más radical y Estados Unidos permanece alejado de la OEA para que las naciones latinoamericanas puedan formar un frente común?

Entre esas dos líneas, defendida una de ellas por Brasil, es decir, la permanencia de Estados Unidos dentro de la OEA, y la otra, defendida fundamentalmente por Argentina, Chile y Perú, hay que decidir y hay que elegir.

El último discurso del canciller Juan Carlos Blanco, en la ciudad de Lima, en ocasión de la reunión preparatoria de la comisión que estudia las reformas, es en ese sentido altamente ilustrativo de lo que es la línea política del presidente Bordaberry y de la dictadura militar.

Blanco dijo que no concebía una Organización de Estados Americanos sin la presencia de Estados Unidos. Creo que esto termina definitivamente con lo que puede ser tratar de buscar la orientación internacional del Uruguay. Un comentario hecho por estos días en Madrid por entendidos en lo que es la geopolítica del Cono Sur, indicaba que Uruguay se había inscrito ya decididamente en lo que era la línea brasileña,

alejándose de la del gobierno populista de Cárpora y de la influencia del eje Lima-Santiago-Buenos Aires.

OP: *La coincidencia en fechas del golpe de Bordaberry y del fallido golpe de derecha en Chile, ¿le parece casual?*

ZM: No lo creo. Porque además de los elementos que en ambos golpes se repiten, que coinciden, por lo que ambos representan como afirmación de una política que Estados Unidos y Brasil vienen sosteniendo en el continente, no puede hablarse de casualidad.

Evidentemente esto tenía una cierta relación y hubiera sido un golpe sumamente duro para América Latina y para la Argentina. Triunfante el golpe en Uruguay destinado a terminar con lo que podía ser la izquierda y las instituciones, derribado el gobierno del presidente Allende, se habría levantado un cerco alrededor de la Argentina, que entre otras cosas hubiera intentado aislarla del Perú.

Con Héctor Gutiérrez Ruiz

OP: *Mucha gente se pregunta si los principales dirigentes del Partido Nacional, opositores al Gobierno, como Wilson Ferreira Aldunate y Héctor Gutiérrez Ruiz, hicieron bien en salir del país o si, en cambio, debieron permanecer en Montevideo, incluso a riesgo de ser detenidos. ¿Le parece a usted que en estos momentos es más importante que esos dirigentes hayan salido del país para organizar la resistencia desde fuera al régimen del presidente Juan María Bordaberry?*

GR: Por suerte, la vida política no es la vida de la química, no es la vida de la ciencia. Entonces, toda actitud, todo hecho que pueda tener incidencia en la vida de un pueblo origina discusiones, positivas y negativas. Y, por supuesto, los hombres políticos estamos jugados, minuto a minuto, por la responsabilidad que tenemos frente a los ciudadanos que analizan cada uno de esos actos.

Personalmente, yo no vine a la Argentina a asilarme. Vine como turista y a buscar la perspectiva de una situación que creo debe ser vista no sólo dentro del contexto nacional, sino dentro del contexto latinoamericano. Por otra parte estoy muy allegado, en lo personal y en lo amistoso, a importantes dirigentes peronistas y por lo tanto entiendo lógico que la tarea en lo inmediato, cuando en mi patria se desencadena un proceso que nadie sabe en qué puede termi-

nar, consistía en actuar políticamente en el lugar más propicio y más eficiente.

Si se actuó bien o mal, es una cosa que juzgarán aquellos que puedan hacerlo más adelante. Pero lo que sí creo que es importante que quede claro, es que desde que uno está como turista está de paso, y esto significa siempre una primera base operacional. Yo estoy jugado contra el régimen actual de mi país y al régimen actual de mi país lo combatiré en la medida de mis fuerzas, desde los ángulos que sean necesarios. E innecesarios, incluso.

OP: *Este golpe, a su juicio, ¿por quién está apoyado? Es decir, ¿quiénes están detrás del presidente Bordaberry? ¿El Ejército, el ruralismo, el imperialismo? ¿Cuál es la estructura que sustenta este golpe, que por cierto no cuenta con el apoyo del pueblo?*

GR: Yo diría que si esa misma pregunta se la hace al señor Juan María Bordaberry y a ciertos mandos militares, no obtendría tampoco una respuesta clara. En el fondo, creo yo, han sido juguetes de circunstancias exteriores importantes. Pero hay, por supuesto, circunstancias internas, motivadas generalmente por rencores o resentimientos muy menores.

OP: *Si esa fuera la respuesta de Bordaberry me parecería insatisfactoria, claro.*

GR: Bueno, yo distinguiría dos cosas. En el aspecto externo hay un hecho objetivo. En los mismos días, en la misma semana precisamente en que se da el golpe de estado en Uruguay, se intenta un golpe de estado en Chile contra el gobierno del presidente Salvador Allende. Y con anterioridad ocurren los más oscuros hechos de Ezeiza, en la Argentina. ¿Será una mera coincidencia? ¿Es por pura casualidad? ¿Es que en la lotería salió el número que tiene letras?

OP: *Usted sospecha que hay una relación entre todos esos hechos, entonces.*

GR: No me atrevo a hacer ninguna afirmación, porque no tengo elementos de juicio, documentados, elementos de juicio razonables. Esto es lo que digo. Claro que en lo interno de mi país —y coincido con un artículo que leí hoy o ayer, no lo recuerdo exactamente en el diario *La Opinión* donde se dice que eran hechos internos con promociones externas— hay elementos internos varios como para que la cosa saliera adelante.

En el Uruguay, el señor Bordaberry era el elemento ideal dado por las circunstancias. Se trata del Presidente con menor vocación política, casi diría, con palabras prácticamente tex-

tuales del propio Juan María Bordaberry, de un hombre con desprecio al poder político.

Un desprecio que no lo inhibió para ser senador del Partido Nacional y luego Presidente electo por el Partido Colorado, lo que es un caso excepcional en la historia del país, único quizá en los últimos sesenta años de la historia nacional. Porque hay que saber lo difícil que es en el Uruguay cambiar de partido político, ser blanco y colorado.

OP: *Yo creo que es un caso único, en ese sentido al menos.*

GR: Y bien, ese señor sin vocación política, empieza a ver la posibilidad de un golpe de fuerza, militar, conservador, ya no diría de derecha, ultramontano. Y esto lo digo con cierto conocimiento de causa, con un cierto conocimiento de los hombres que allí se mueven, entre otros el señor Bordaberry. Pero hay una anécdota que viene al caso.

En el año 1878 el gobierno uruguayo tuvo un incidente muy serio con el gobierno español, a consecuencia de que el comandante militar de Tacuarembó asesinó a dos comerciantes españoles. Hubo un intercambio de notas muy duras. Y la disculpa del gobierno uruguayo se apoyaba en que el comandante de la región militar de Tacuarembó era un hombre muy tozudo y no entendía los problemas cuando éstos presentaban algunas dificultades. Por supuesto, el comandante militar fue retirado de ese departamento. Bueno, el militar en cuestión se llamaba Esteban R. Christi. Esto ocurría en 1878. Era el abuelo del actual general Christi.

Esto parece mostrar que hay un estilo que continúa, una formación ideológica que se prolonga, según la cual la fuerza es la razón del poder que organiza los pueblos. Fue una tesis sustentada en algún momento por distintas ideologías, de un ultramontanismo increíble. Y algunos de ellos se consideran cruzados. Cruzados en la causa de defender al Uruguay del comunismo internacional.

OP: *Es decir que para ellos la Guerra Fría continúa.*

GR: Sí, en el mismo momento en que el presidente Richard Nixon se reúne con Mao Tse Tung y Brezhnev. Pero, ¿cuál es la solución que propone esta gente? Sin duda la peor. Frenar las cosas contra la Historia, encerrarse entre cuatro paredes, bajo tierra, para no ver ni entender, para no estar atentos a lo que pasa en el mundo. Es, en definitiva, ese tipo de locura de quienes,

con el miedo al tiempo que vendrá, terminan afirmando que el Papa está endemoniado.

Bueno, esta gente era campo fértil para dar un golpe de Estado e imponer e imponernos no sabemos qué. Porque ni siquiera los que han dado el golpe han tenido la más mínima orientación. Como máximo se refugian en eso que llaman "el esquema brasileño".

OP: *Podríamos aprovechar para tratar de definir qué cosa es el "esquema brasileño".*

GR: Yo creo que el esquema brasileño es algo evidentemente influyente en nuestro golpe de Estado. Tengo un profundo respeto por Itamaraty, y los uruguayos sabemos desde hace tiempo que Itamaraty actúa y se mueve desde mucho tiempo antes que nacióramos. En la práctica tenemos 300 años de diplomacia —portuguesa, por supuesto, no brasileña— pero desde Tordesillas a nuestros días, no se ha roto la continuidad.

Pienso que Itamaraty se ha movido sabiendo que tenía a su disposición un material muy dúctil. Algunos amigos nos preguntan: "¿Ha habido presencia brasileña?". Y mi respuesta es que sí, que hubo presencia brasileña. Pero lo que ha habido es el propósito —de los militares, de Bordaberry— de refugiarse junto al régimen brasileño. No olvidemos que cuando asumió el poder, el señor Juan María Bordaberry expresó su solidaridad intelectual con el régimen brasileño. Pero sin entender lo que era el régimen brasileño.

OP: *Eso parece un poco contradictorio.*

GR: Yo creo que la línea del régimen brasileño no es positiva para América Latina. A nosotros no nos sirve el régimen brasileño. Pero es un régimen con un plan de gobierno. Muy malo. Es, sin duda, un régimen con una receta muy similar a la de Krieger Vasena, en la Argentina. Pero es un plan de gobierno. Tiene una política internacional, tiene una política industrial, tiene una política de desarrollo. El régimen brasileño es malo, pero tiene una teoría. Con la cual

yo discrepo profundamente. Pero la tiene. En el Uruguay ni siquiera han comprado el palito de la T de teoría.

Entonces, volvemos al fondo de la cuestión. ¿Qué elementos han influido en todo esto? Ha influido ese hecho objetivo del Cono Sur: Ezeiza, Chile, Uruguay. Ha influido el régimen brasileño, interesado en afirmarse en el Uruguay frente al proceso popular argentino. Pero han influido, básicamente, los elementos accidentales uruguayos con una mentalidad hiperconservadora.

OP: *Hay quienes piensan, también, que la acción de los Tupamaros desgastó el sistema institucional, lo erosionó a tal punto que ese sistema quedó a la merced del menor soplo de viento más o menos fuerte.*

GR: Vamos a hacer una aclaración previa. Pese a un grueso expediente que se tramita contra el señor Gutiérrez Ruiz, puedo decirle que el señor Gutiérrez Ruiz no tiene una conexión tupamara como para poder entender el fenómeno desde dentro. Pero importa pensar lo siguiente. Los Tupamaros fueron un movimiento elitista, evidentemente. De movilización, de avanzada sin duda alguna, que sufrieron su propio proceso de desgaste por su falta de fe en lo popular. Comenzaron con una serie de acciones quijotescas, divertidas, hasta simpáticas a nivel popular. Pero terminaron cometiendo hechos verdaderamente condenables para todo hombre que se precie de poseer una formación política.

Entonces, ¿es posible pensar que el proceso tupamara llevó a cabo un desgaste de las instituciones políticas uruguayas? Yo diría que lo que hubo es que quienes se desgastaron fueron los Tupamaros. El proceso de desgaste institucional es otro proceso, que quizá tenga sus puntos tangenciales con aquel, no comunes. El proceso institucional de desgaste se puede haber producido por una serie de razones totalmente distintas, ajenas al problema de la incidencia tupamara.

DOS TENDENCIAS EN LA REESTRUCTURACION DE CLASES EN AMERICA LATINA DESPUES DE 1955

Sergio Bagú

1. Introducción

En un plazo histórico que se inicia poco después de 1955 y se prolonga un cuarto de siglo, se han registrado en América Latina —incluyendo las Antillas— transformaciones de orden demográfico, económico y político que han alterado la estructura de clases sociales, con lo cual la relación de fuerzas y la lucha por el poder presentan, a esta altura del siglo en que nos encontramos, modalidades y perspectivas nuevas.

Del cuadro general del subcontinente que pueda trazarse debe excluirse a Cuba, porque el triunfo de la revolución en 1959 le crea condiciones radicalmente diferentes de las que actúan en los otros países.

Es obvio que las líneas del desarrollo han variado de modo considerable según los países, a pesar de lo cual es posible trazar hoy un cuadro de las condiciones de ese desarrollo en los países con procesos de industrialización más avanzados y, en escala menor, en los otros.

Dentro de la tendencia general, hay tres procesos que han formado masas de población cuyas modalidades de concentración física e inserción social generan un potencial político nuevo:

- las relaciones de propiedad, las condiciones de vida y trabajo, las nuevas tendencias demográficas y las corrientes migratorias que han afectado a la población rural, particularmente la dedicada a la producción agropecuaria;
- las transformaciones experimentadas por el proletariado minero-industrial, como

consecuencia del proceso de industrialización;

- la ampliación cuantitativa de la clase media técnico-profesional y las nuevas condiciones organizativas y tecnológicas en las que actúa.

En este trabajo expondremos solamente, por razones de espacio, las modalidades generales correspondientes a los puntos b y c. Demás está advertir que, como se trata en el fondo de un proceso unificado, sólo dentro de un cuadro integrado puede captarse su sentido histórico.

Para la reconstrucción de estos procesos pueden utilizarse no pocos datos estadísticos, pero —como ocurre siempre en lo relativo a las clases sociales— su interpretación es particularmente compleja. Además, debe tenerse en cuenta la inexistencia o infidelidad de la estadística que caracteriza a los regímenes dictatoriales en América Latina.

Por cierto que, en el análisis de las clases sociales, los datos cualitativos, así como el método comparativo, siempre han tenido —y siguen teniendo— una importancia muy grande.

2. La dinámica económica del período

Con cierta precisión puede decirse que en 1955 se inicia una etapa nueva en la economía internacional del capitalismo. Finalizada la recesión de 1953, que fue breve, durante los meses que siguen hay ya síntomas claros en Estados Unidos de que la etapa de la reconversión de la planta industrial y de la renovación tecnológica destinadas al aprovisionamiento inmediato del mercado interno llega a

su fin. En escala menos avanzada esto ocurre también en el Reino Unido, Francia e Italia y, en condiciones diferentes y un poco después, en Alemania y Japón.

A partir de la crisis de 1929 y durante la segunda guerra mundial, el progreso científico y tecnológico estuvo fuertemente concentrado en el terreno de la ciencia pura y en el sector de la producción bélica. Hubo pocas innovaciones aplicadas a la producción de bienes de consumo y, en algunos rubros, se experimentó retroceso tecnológico. Pero después de la recesión de 1953, en el mundo capitalista se inicia una prolongada etapa de descubrimientos científicos y aplicaciones tecnológicas coincidente con una eclosión similar en la Unión Soviética. Con criterio histórico, bien puede denominarse a esta etapa tercera revolución industrial.

En América Latina durante las décadas de 1961 y 1971 las investigaciones de ciencia pura y las aplicaciones tecnológicas fueron consecuencias muy directas de la tercera revolución industrial registrada en los países del capitalismo central.

Para el desarrollo de la producción urbano-industrial en particular y, secundariamente para la producción agropecuaria, se presentan en América Latina condiciones nuevas a partir de 1955. El período que la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) ha denominado de sustitución de importaciones se caracteriza en varios estados latinoamericanos no sólo por el objetivo de política económica al cual alude aquella denominación, sino principalmente por el desplazamiento físico de las etapas de la producción de bienes en las economías centrales, como consecuencia directa de la tercera revolución industrial.

Hasta después de la segunda guerra mundial, la norma de las potencias capitalistas centrales había sido la de reducir a los países de la periferia capitalista a la función de proveedores de materias primas. Esta actitud tradicional todavía se manifiesta en las sesiones de los organismos internacionales en los años que siguen a 1945. Pero ya después la tendencia cambia: son los mismos países del capitalismo industrial los que estimulan la industrialización de la periferia. Claro está que esa industrialización tiene fuertes limitaciones: o bien se trata de la maquila, o bien de una producción industrial mucho más integrada, pero muy fuertemente dependiente de las potencias del capitalismo nuclear por la

vía de la maquinaria y sus repuestos, las materias primas intermedias, el crédito, las patentes y un amplio dominio de las condiciones de comercialización en el orden internacional. A esto debe agregarse el traslado de plantas industriales completas desde países centrales a Filipinas, Hong Kong, Corea del Sur y Formosa.

El nuevo sector industrial que se desarrolla, en pocos años, en Chile, Argentina, Perú, Brasil, Colombia, Venezuela y México está fuertemente estratificado con el grupo de mayor concentración de capital, tecnificación más moderna y mayor capacidad productiva reservada al capital extranjero y a las grandes empresas estatales. Estamos ya en la era de las multinacionales que, además de la producción de bienes, penetran profundamente en transporte, comunicaciones, publicidad, banca, seguros y otros servicios.

El tipo de industrialización que se desarrolló en los países latinoamericanos mencionados y, poco más tarde, en menor escala en Uruguay, Bolivia, Ecuador y los países del Mercado Común Centroamericano, no sólo no entraba en conflicto con los centros capitalistas sino que era directamente estimulado por éstos, sin que el reconocimiento de este hecho lleve a desconocer el esfuerzo y la iniciativa de un número considerable de empresarios nacionales que participaron activamente en la nueva etapa.

Se trata de una industrialización subsidiaria, que tuvo limitaciones importantes. La tasa de capitalización de la empresa nacional quedaba limitada por su dependencia múltiple respecto de las grandes potencias; los objetivos mismos de la producción resultaban fijados, en último término, por aquéllas y, en cuanto al desarrollo científico-tecnológico indispensable para apoyar la expansión productiva, sólo en muy pequeña escala se pudo realizar en los países latinoamericanos. Por lo demás, esa industria nacional necesitó el apoyo del Estado por la doble vía de la financiación y de la protección aduanera, esta última en los casos en que hubiera empresas extranjeras que pudieran colocar en el mercado interno productos similares en condiciones más ventajosas.

En estos términos generales, la saturación de la capacidad de crecimiento del nuevo sector industrial se iba a producir dentro de un plazo históricamente corto. Lo que nos interesa señalar aquí es que el proletariado industrial tam-

bién dejaría de expandirse numéricamente poco después de iniciada esta etapa.

Es importante aquí hacer una salvedad. Después de veinte años; o más, de que los estados latinoamericanos aplicaran una política de estímulo a las empresas —nacionales y extranjeras— radicadas dentro de las fronteras y dedicadas a la producción de bienes industriales de consumo y maquinaria, floreció un estrato de empresas sustentadas, muchas, por el crédito estatal y la protección aduanera, con costos de producción y diseños que no hubieran tenido capacidad competitiva si hubieran enfrentado las condiciones del mercado internacional. Después de 1955 y hasta los primeros años de la década de 1971, este tipo de industrialización en América Latina fue fundamental para las economías capitalistas centrales porque les aseguraba mercados amplios e ingresos de origen múltiple. Pero los prolegómenos de la crisis actual, que se manifiestan desde los primeros años de la década de 1971, cambiaron algunas condiciones importantes y los núcleos dirigentes político-empresariales de Estados Unidos decidieron imponer normas económicas extremas, que depuraran la estructura productiva interna en América Latina y abrieran ampliamente las aduanas al producto extranjero, todo esto en un plazo histórico angustioso.

Esta política extrema de corrección sólo podía ser aplicada por dictaduras militares que utilizaran la más extrema represión en el plazo más breve. Es lo que ocurrió en Chile, Argentina y Uruguay. El caso de Brasil ofrece variantes importantes, porque una etapa intensa de la expansión industrial tipo latinoamericano que hemos descrito sumariamente se produjo durante los primeros años del régimen militar inaugurado en 1964, mientras que la etapa de la contracción ocurre cuando ese régimen está ya debilitado internamente. Esto último coincide con un despertar nacional, social y cultural, con una peculiaridad y una fuerza creadora muy características de este país.

3. Desarrollo cultural, actitudes sociales y política estatal

Por reducido que deba ser el espacio disponible para presentar el cuadro de fondo contra el cual se desarrollan los procesos que queremos analizar hay dos corrientes de fenómenos cuya enunciación es indispensable.

Una se refiere al vigoroso impulso cultural que acompañó a estas transformaciones econó-

micas en la mayor parte de los países latinoamericanos. Ese impulso incluye la actividad artística y la producción científica. Alcanza también al sistema educacional, en el que se registra un gran aumento del número de educandos, la multiplicación de las carreras y, aunque parcialmente, ciertas corrientes fecundas de renovación de concepciones y métodos. Esto significó una verdadera masificación de la profesión del educador en los tres niveles fundamentales, la aparición de la profesión de investigador científico de tiempo completo y la formación de una masa estudiantil en el nivel terciario de la enseñanza con un potencial político que parecía recoger la antigua tradición iniciada por la Reforma Universitaria en Argentina en 1918.

La otra está constituida por una serie de movimientos de raíz popular, en formas organizativas y expresiones ideológicas muy variadas, que se hicieron presentes en casi todos los países, entre los cuales los dos que alcanzaron el contenido popular más preciso y la mayor fuerza organizativa fueron el régimen de la Unidad Popular en Chile entre 1970 y 1973, y el sandinismo en Nicaragua, que alcanza la victoria en 1979.

Frente a este panorama de transformaciones económicas, convulsiones políticas y ascenso cultural, se desata una ola represiva extrema en los tres países del cono sur casi simultáneamente y con la misma estrategia militar y económica, síntomas que indican con claridad la unidad de comando, ubicada efectivamente en Estados Unidos. Es verdad, sin embargo, que la represión militar y la interrupción violenta de los procesos populares e institucionales tienen en América Latina una antigüedad que se remonta a la implantación de los regímenes independientes en la primera mitad del siglo XIX. Lo que queremos señalar, sin la posibilidad de entrar en el análisis de cada caso nacional, es la vinculación de las nuevas formas represivas con los procesos sociales y culturales vinculados estrechamente con las transformaciones económicas posteriores a 1955.

El modo y la oportunidad en que aparece esa vinculación tienen una simultaneidad muy llamativa en Chile, Argentina y Uruguay. En cambio, en Perú, Bolivia y Brasil varían tanto el modo como la oportunidad.

En los tres países del cono sur hay también diferencias nacionales que deben señalarse. De ellos, era en Argentina donde, hasta 1976, la industrialización había avanzado más, tanto en la diversificación productiva como en el volu-

men del personal asalariado empleado; mientras que Uruguay sólo había logrado superar escasamente la estructura productiva y ocupacional creada por la reforma de Batlle y Ordóñez.

Los regímenes brutalmente represivos de los tres países del cono sur en los años más recientes tienen el triple objetivo de reencauzar de manera drástica la estructura industrial, extirpar la protesta social masiva y cegar las fuentes de la transformación cultural.

Los tres regímenes comienzan con la eliminación física de gran número de ciudadanos —posiblemente, la misma proporción de obreros que de miembros del sector técnico-profesional. El régimen argentino agrega la expulsión masiva de trabajadores bolivianos, chilenos y paraguayos. Los tres regímenes imponen, además, a verdaderas multitudes de obreros y de profesionales y técnicos que permanecen en sus países de origen la necesidad de cambiar de ocupación para sobrevivir a los drásticos cambios económicos.

4. La evolución del proletariado minero-industrial

Dos órdenes de datos debemos tener presentes para el rápido análisis que queremos presentar: uno es de naturaleza técnico-empresarial; el otro, demográfica. Por lo demás, conviene tener presente cómo actúan esos factores durante el mismo período que se estudia en los países del capitalismo industrial.

En 1974, las Naciones Unidas calcularon, haciendo una proyección que alcanzaba hasta 1980, que entre las siete grandes regiones en que dividía al mundo (Europa con exclusión de la URSS, Asia, Africa, América del Norte, América Latina y Oceanía), donde la población en edad activa aumentaba con mayor rapidez era América Latina (tasa anual de 2.58%). En Europa, sin incluir a la URSS, aumentaba 0.52%; en la URSS, 1.27%; en América del Norte (Canadá y Estados Unidos), 1.55%.

En los países del capitalismo central, la notable expansión económica que, con breves intervalos recesivos, se extendió hasta comienzos de la década de 1971, amplió considerablemente el abanico ocupacional. Allí actuó, además, una legislación laboral avanzada que redujo mucho la ocupación de los menores de quince años y acortó la edad del retiro profesional. Todo esto permitió que esos países pudieran, durante unos veinte años, absorber una masa de inmigrantes

de menor calificación, procedentes de países vecinos, que pasaban a ocupar los empleos menos remunerados y de menor prestigio social. Simultáneamente se estaba desarrollando una tendencia que, como factor de desocupación, se iría a sentir con fuerza sólo años más tarde. Nos referimos al desplazamiento de plantas industriales íntegras a regiones lejanas, donde seguirían trabajando como parte de la misma empresa original (lo cual explica la gran expansión industrial de Hong Kong, Corea del Sur, Formosa y Filipinas) y la maquila (fraccionamiento de la línea productiva, trasladando la etapa menos tecnificada a países con mano de obra mal pagada y sin protección legal).

A esta política empresarial debe agregarse la automatización, cuyas consecuencias sobre el empleo también se advertirían más gravosamente algunos lustros después de iniciada en escala considerable.

Dentro de los países en vías de industrialización en América Latina el desplazamiento de plantas industriales completas no pasó de ser excepcional. En cuanto a la automatización, su aplicación se registró en escala reducida. En cambio, actuaron desde muy temprano todos los factores propios de la dependencia de la industria latinoamericana respecto de la de los países centrales.

Es importante observar que en Argentina, el país latinoamericano donde la industria durante este período se diversificó más tempranamente hasta cubrir una amplia gama del consumo potencial interno, la saturación del personal asalariado aparece muy pronto. En efecto, según datos de CEPAL, el personal remunerado en la industria fabril era de 1,506,000 en 1960 y sólo había aumentado en 1969 a 1,631,000. Estos datos confirman la tendencia visible hacia el estancamiento que se advertía en el proletariado industrial durante las décadas de 1961 y 1971.

En Brasil, la diversificación de la producción industrial alcanzó niveles equiparables a los de Argentina con algunos años de retardo, lo cual explica que los trabajadores asalariados de la industria fabril, según la misma fuente, que sumaban 1,551,000 en 1962 hayan llegado ocho años más tarde a la cifra de 1,741,000; es decir, un aumento del 11%.

En los cinco países donde la gran minería ocupa una posición muy importante como proveedora de divisas —México, Venezuela, Perú, Bolivia y Chile— el empleo obrero en ese sector

sólo equivale a un porcentaje mínimo dentro de la masa obrera activa en la producción nacional: en Venezuela, en 1971, el 1.6%; en Perú, 1961, 2.1%; en Bolivia, 1961, 2.1%; en Chile, 1970, 2.9%. Esto se debe a que la gran minería de exportación trabaja con un nivel elevado de tecnificación.

Si hemos mencionado los casos del proletariado minero-industrial es porque en los países latinoamericanos de mayor industrialización ese sector de asalariados, conjuntamente con los obreros de la imprenta y del transporte, constituye la columna vertebral de la clase obrera global, por su capacidad organizativa, su conciencia de clase y su politización. Si quisiéramos señalar ejemplos de lo que esto significa en nuestro planteamiento, podríamos referirnos a tres episodios nacionales no lejanos de valor histórico: los casos del proletariado de la minería del carbón en la zona de Concepción y del proletariado industrial de Santiago durante el régimen de la Unidad Popular en Chile (1970-73); del proletariado industrial de San Pablo (1981) y del proletariado industrial de Córdoba y de Villa Constitución, Argentina, entre 1968 y 1975.

Esta temprana tendencia a la saturación cuantitativa del proletariado minero-industrial coincide en el tiempo con la alta tasa de crecimiento de la población en edad activa y la elevación rápida de la tasa de urbanización, muy notoria durante el período de la segunda postguerra en México, Venezuela, Colombia, Perú y Brasil, aunque menos acentuada en el cono sur, porque allí la concentración urbana se había acelerado ya después de la primera guerra mundial.

Como consecuencia de estas tres tendencias que acabamos de señalar, en los países latinoamericanos con industrialización más avanzada, el proletariado industrial, que es siempre urbano, tiene su sede física en áreas habitadas por una masa de origen popular dedicada a las más diversas ocupaciones con excepción de la industria. Es importante señalar que, mientras el proletariado industrial —lo mismo que el minero, residente en zonas más alejadas— sólo mantiene su número o lo disminuye, la masa popular no industrial, que es su vecina en términos físicos y con la cual convive a diario, tiende a aumentar con rapidez.

La política económica aplicada desde sus comienzos por las tres dictaduras militares del cono sur (Chile y Uruguay, 1973; Argentina, 1976) ha estado dirigida a producir la quiebra masiva de los establecimientos fabriles conside-

rados no competitivos en relación con las grandes empresas internacionales. Esto ha sido menos drástico en Uruguay, por el desarrollo menor de su planta industrial; pero en Chile y Argentina adquirió caracteres intensamente dramáticos de desmantelamiento generalizado de empresas instaladas.

Como la estadística de las tres dictaduras militares carece de toda veracidad no es posible en este momento presentar datos cuantitativos sobre este derrumbe. No hay aún tampoco, que sepamos, estudios sobre este capítulo fundamental de la historia reciente. Apenas si puede mencionarse un cálculo muy grueso que circula en Argentina, según el cual la cifra de 1,700,000 obreros industriales que había en 1976 quedó reducida a 1,200,000 cuatro años más tarde.

Tampoco puede saberse, ni aún con mediana precisión, cuál ha sido el destino económico de esa masa de obreros industriales chilenos y argentinos expulsados recientemente del sector productivo respectivo. Es posible, sí, conjeturar que, para los menos, el destino ha sido el exilio; para los más, la desocupación plena, el pequeño taller semi-artesanal, el muy pequeño comercio o algunos servicios que aún pueden prestarse con un mínimo de inversión inicial.

5. La evolución de la clase media técnico-profesional y de la pequeña burguesía

El pequeño empresariado de los sectores primario, secundario y terciario y el trabajador por cuenta propia tienen, como grupo, una marcada capacidad de supervivencia dentro del capitalismo, tanto nuclear como periférico. Como individuos, los miembros de esos grupos, sin embargo, están sometidos a los vaivenes económicos más extremos. En el terreno de las definiciones políticas, sólo una reducida proporción alcanza a desarrollar una visión progresista respecto de la marcha de su propia sociedad.

Un destino muy diferente tiene la clase media técnico-profesional, que incluye a profesionales de nivel universitario, educadores, técnicos intermedios y superiores, investigadores científicos, creadores e intérpretes de arte y a esa gran masa de estudiantes de los niveles secundario y universitario que en el siglo XX ha tenido en sus respectivos países latinoamericanos una presencia social mucho más importante que los sectores correspondientes en las grandes potencias del capitalismo industrial.

La historia de este sector —tema hasta ahora poco llamativo para los historiadores profesionales de América Latina— es una de las más ricas, complejas y elocuentes de los períodos recientes. En el debate de las ideas, el tema de su función política ya aparece esbozado a partir de la Reforma Universitaria de 1918. Pero la realidad vivida en América Latina después de la segunda guerra mundial tiene capítulos totalmente inexplorados por los investigadores hasta este momento.

Como es lógico suponer, este conglomerado tan numeroso no se expresa con una sola voz en el terreno político. Las líneas de clase y los contenidos ideológicos lo cruzan y lo sacuden a menudo con una violencia mayor que al proletariado minero-industrial y a la gran masa popular. De allí proceden muchos hombres que se encuentran entre los más representativos de la vanguardia política del continente en el período que analizamos, pero también casi todos los dictadores más brutales y oscurantistas.

Si en lugar de hacer una presentación tan global del problema pudiéramos fragmentar este enorme conjunto continental, analizar los orígenes, la función que cumplen y los contenidos culturales sobre los cuales se apoyan los distintos sectores y recomponer el cuadro, finalmente, sobre el vasto contexto de la estructura global de clases, el panorama de la política internacional y las corrientes mundiales de ideas, nuestro análisis estaría mucho mejor orientado.

Aquí sólo podemos señalar algunas tendencias de este complejo proceso:

- a. La remuneración salarial constituye, a esta altura del siglo, el tipo casi exclusivo de pago que esta clase percibe por su trabajo. Como asalariados, la gran mayoría de estos trabajadores depende de instituciones o empresas, con muchas de las cuales fija periódicamente las condiciones laborales. Esto implica la necesidad de la organización sindical, que en los últimos veinte años aproximadamente se extiende con mucha mayor rapidez entre los asalariados de clase media que entre los de clase obrera;

- b. Se han extendido notablemente las comunidades científicas internacionales, que ubican a investigadores de disciplinas específicas dentro de un régimen de intercambio frecuente y, a la vez, estimulan la creación de un mercado de trabajo profesional internacional el cual, dentro del perímetro del mercado de bienes y servicios del capitalismo, adquiere sus propias características, no todas ellas, por cierto, favorables a la expansión de las ideas creadoras;
- c. Se han abierto avenidas de comunicación y colaboración con las organizaciones y movimientos de clase obrera. Esta tendencia tiene cierta antigüedad en el subcontinente latinoamericano y no puede decirse que haya progresado de modo permanente y homogéneo en los últimos treinta años. Pero la tendencia existe y muchos capítulos ya recorridos indican que puede adquirir proyecciones sociales, culturales y políticas de gran volumen en el porvenir inmediato.

6. Observación final

No queremos extraer de lo expuesto pronósticos precipitados. No es ese el objeto de esta exposición. Por el contrario, lo menos que podemos afirmar después del recorrido que hemos hecho es que los procesos aquí esbozados tienen un alto grado de complejidad y, si tomamos como punto de referencia al conjunto de América Latina, cada caso nacional se presenta con tonalidades propias.

En lo inmediato, es indispensable reconocer la necesidad de dedicar a estos temas un esfuerzo de investigación proporcional a su importancia.

Sergio Bagú

*Centro de Estudios Latinoamericanos/
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/
Universidad Nacional Autónoma de México.*

Nota bibliográfica

Este trabajo continúa el tratamiento de temas afines ya expuestos por el autor en los siguientes trabajos:

"Industrialización, sociedad y dependencia en América Latina", *Revista Latinoamericana de Ciencias*

Sociales (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), Santiago de Chile, Nos. 1-2, junio-diciembre 1971.

"Las clases sociales del subdesarrollo en América

"Población, recursos naturales y neoarcaismo organizativo en la economía latinoamericana del siglo XX", en el volumen *Ensayos sobre el desarrollo*

"Esquema conceptual y metodológico relativo al estudio de la clase obrera en América Latina durante el período 1945-1980", en el volumen *Anuario del movimiento obrero latinoamericano*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende y Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, 1982.



EL LIBRO DE JACOBO TIMERMAN

PERIODISMO Y POLITICA EN LA ARGENTINA DE LOS 70

Jorge Luis Bernetti

El 15 de abril de 1977, efectivos de la X Brigada de Infantería del Cuerpo I del Ejército argentino, vestidos de civil, sin identificarse, sin poseer orden judicial alguna, secuestraron al empresario periodístico Jacobo Timerman, propietario y director del diario matutino "La Opinión". Comenzaba así, un nuevo episodio, un nuevo caso de "detención-desaparición" tan frecuentes en la Argentina militar posterior al 24 de marzo de 1976.

Timerman, pese a las acusaciones esgrimidas por sus captores (disparatadas como muchas de las afirmaciones de los voceros de la contrainsurgencia), no había sido ni era un *subversivo*.

El modernizador del periodismo

Esta historia es la que relató el propio Timerman en su libro¹ publicado con éxito editorial indiscutible en inglés y español en 1981. Ella y algunas de las características de la escena política y periodística platense de fines de la década del 70 y lo que Timerman omite de su propia bibliografía constituyen material imprescindible para comprender el proceso argentino.

El protagonista de la historia afirma en su libro que "La Opinión era un diario moderado. Se le comparaba con *Le Monde*, pero en relación a las posiciones ideológicas del diario francés, podría decirse que *La Opinión*, era un periódico típicamente liberal". En esa caracterización lo efectivamente cierto es el parecido formal del diario bonaerense con el francés. *La Opinión* constituyó la primera versión latinoamericana de un periódico dirigido a sectores intelectuales.

Pero es necesario retroceder en el tiempo para entender el rumbo periodístico de *La Opinión*. Timerman nació en Bar, localidad de Ucrania, de donde, llevado por su padre, emigró a la Argentina en 1928. Desde joven vinculado al movimiento sionista, participó en actividades antifascistas y en pro de los Aliados en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. (Paradójicamente, los militares *liberales* que lo secuestraron y torturaron le reprocharon esto, cuando eran bien conscientes del apoyo que los conservadores argentinos dieron también a los Aliados en esa época). Timerman realizó una larga carrera periodística, recorriendo todos los niveles de las redacciones bonaerenses, desde cronista de carreras de caballos hasta redactor político.

Es en 1962 cuando se produjo el gran salto en la carrera periodística de Timerman. Fundó *Primera Plana*, un semanario de noticias al estilo *Time* o *Newsweek*, no sólo por sus patrones formales sino por su discurso ideológico. Pocos años atrás, a partir de 1958, Timerman se había vinculado estrechamente al gobierno del presidente Arturo Frondizi, que había llegado al poder luego de dividir al radicalismo con el apoyo del proscrito general Juan Domingo Perón y del justicialismo. El programa nacionalista y antimperialista de Frondizi fue minuciosamente olvidado por él, una vez en el poder. Enfrentó entonces la oposición del peronismo, de los radicales de Ricardo Balbín y de la izquierda y aunque fue apoyado por la derecha, nunca terminó de ser digerido por ésta.

Timerman se introdujo en la televisión privada donde su actividad periodística estuvo dedicada a defender la política desarrollista de Frondizi. Cuando éste fue derrocado por los militares ultra reaccionarios que le imputaban al mandatario depuesto, no haber impedido la victoria electoral peronista, se desató una dura lucha interna en las Fuerzas Armadas. *Duros* y

1 TIMERMAN, Jacobo, *Preso sin nombre, celda sin número*, Random Editores, Nueva York, 1981.

super-duros, mejor sería escribir *duros* antiguos y *duros* modernos, se enfrentaron con la denominación de *azules* y *colorados*. Timerman optó por los *azules*, los militares tecnocráticos que buscaban modernizar el ejército, desarrollar la contra-insurgencia y reconstruir capitalísticamente al país. Esta relación de Timerman con los militares *azules* es capital. *Primera Plana* se transformó en el vocero ideológico de ese ejército que comandaba el general Juan Carlos Onganía. Desde el punto de vista formal, el semanario se convirtió en un elemento significativo del periodismo argentino. Este había ignorado esa clase de género periodístico, donde se fundía el análisis político con las notas de interés general y un amplio despliegue de los temas culturales. Timerman vendió la revista y fundó poco tiempo después un competidor perfecto, *Confirmado*, asociado a otro militar (retirado), el comodoro (coronel del aire), Juan José Güiraldes, un integrante de la oligarquía ganadera, que se vanagloriaba de "tener 13 generaciones enterradas en suelo argentino" y a quien no le importaba asociarse con "un ruso de Odesa..." como decía.

Confirmado apareció durante el gobierno del presidente Arturo Illia, llegado al poder el 12 de octubre de 1963 y derrocado, por los militares *azules*, con Onganía, el 28 de junio de 1966. Illia, hombre de la UCR del Pueblo, es decir del sector de la vieja UCR opuesto a Frondizi, encabezó un gobierno surgido de la proscripción electoral del peronismo. Sin embargo, respetó las garantías individuales, la libertad de prensa y realizó una política tibiamente nacionalista en lo económico. *Confirmado*, bajo la dirección de Timerman fue uno de los más fervientes partidarios del derrocamiento del gobierno de Illia, y siguió apareciendo durante el régimen del general Onganía, el antiguo jefe de los *azules*, régimen que fue uno de los más regresivos en todos los órdenes que haya soportado la Argentina de este siglo. La anotación cuidadosa del papel de Timerman en estos episodios se dirige a destacar el supuesto papel democrático que en el libro mencionado se atribuye con evidente ocultación de su propia función política al respecto. El señalamiento despectivo de la actividad de los partidos políticos fue uno de los temas favoritos de los mensajes de *Confirmado*, tema que marchaba de par con el de la idolatría de la eficacia del poder militar y sus supuestas virtudes *nacionales* y *populares*. El cuestionamiento de la democracia constituyó

una de las preocupaciones permanentes de Timerman en *Confirmado*.

El 4 de mayo de 1971, ve la luz el primer número de *La Opinión*. El general Onganía había sido derrocado y reemplazado por el general Levingston pocos meses atrás. A su vez, éste fue desplazado por el teniente general Alejandro Lanusse, jefe del Ejército. El ominoso fracaso de la dictadura llevó a la convocatoria electoral de Lanusse que debería culminar, a su pesar, con la victoria electoral del peronismo. Pero Timerman tampoco en esta ocasión participó de buen grado en la perspectiva democrática, así fuera condicionada. Hasta el mes de octubre de 1971 apoyó ostensiblemente una intentona golpista de un grupo de coroneles *nacionalistas*, la que se proponía liquidar el proceso electoral. Después, cuando ésta fue aplastada, el régimen del general Lanusse, mediante métodos poco ortodoxos como la presión sobre el circuito de distribución de *La Opinión*, logró modificar la posición de Timerman. Este pasó a apoyar el proceso comicial desde la perspectiva de la "dictadura militar" como ahora califica en su libro (pág. 43) los gobiernos de Onganía, Levingston y Lanusse. *La Opinión* de Timerman hizo la apología del *Gran Acuerdo Nacional*, como se autonabraba la política de Lanusse. El mérito computable al diario en esa época fue su acción en defensa de los derechos individuales. Sin embargo, se mantuvo férreamente ubicado en la defensa de la posición oficial contraria al regreso de Perón al país, cuya candidatura había sido proscripta. El peronismo finalmente, triunfó en los comicios de marzo de 1973, con el 49.5% de los votos, cifra que superó en el mes de septiembre de ese año cuando, Perón llegó a la presidencia con el 62% de los sufragios.

Cuando luego de la muerte de Perón, su esposa Isabel Martínez de Perón y su virtual primer ministro, el esotérico José López Rega, destruyeron el programa reformista del peronismo del 73 y se produjo la embestida de los sectores oligárquicos y militares contra el gobierno constitucional (favorecidos por la acción insensata de los grupos guerrilleros), Timerman apoyó el golpe militar. Así lo refiere el director de *La Opinión*; "La revolución (sic) contra la presidencia de Isabel Perón encontró en *La Opinión* a su principal abanderado". (p. 26)

Poco más de un año después, Timerman sufría en carne propia la acción repetida en miles de casos contra ciudadanos argentinos, sindica-

listas, trabajadores de la cultura, activistas políticos y guerrilleros. Todos ellos fueron sometidos al régimen que el jurista argentino Emilio Mignone ha llamado "el paralelismo global". Esto es, la represión clandestina de las Fuerzas Armadas. El libro de Timerman es, finalmente, una denuncia contra los militares que torturan y secuestran en la Argentina. Una descripción del antisemitismo, apenas recubierto de antisionismo, de esos mismos cuadros militares que creyeron, antes de ser derrotados sin gloria en las islas Malvinas que había estallado la Tercera Guerra Mundial y que *los judíos* desempeñaban en la misma un papel como el que les atribuyó aquel panfleto llamado *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.

Timerman se presenta a sí mismo como un demócrata consecuente, enemigo de los extremistas de derecha e izquierda, un consejero de militares (algunos desorientados, otros desinformados), que —de repente— dan un golpe de estado, el que, sin explicación posible, culmina en el horror. Timerman, según su propia versión, carece de responsabilidad en este proceso del que termina siendo víctima. Sin embargo, algunos de los datos de su biografía político-periodística ya esbozados señalan que el periodista siguió, durante largos años, un sinuoso camino de incitación y elogio al poder militar y devaluación de la democracia que allanaron el camino a las dictaduras militares de la Argentina.

Es notable como en varios pasajes del libro, Timerman intenta exculpar al ex-presidente y comandante en jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla. "Fue uno de esos grupos —señala en la página 29 de su libro—, quizás sin conocimiento del presidente Videla *ni del gobierno central*, el que me secuestró". Sin embargo, Timerman señala que, inmediatamente después de su secuestro fue llevado ante la presencia del coronel Ramón Camps, jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires quien le informa: "Usted es un prisionero del Primer Cuerpo del Ejército en Operaciones". (pp. 10-11)

¿Por qué esta obstinación en estimar que el comandante en jefe del Ejército y presidente de la República (por mandato de la Junta Militar que integraba), el general Videla, no estaba al corriente del operativo? Sencillamente, para mantener la teoría de los *duros* y los *blandos* en las Fuerzas Armadas. Una forma también, como cuando Timerman enfrenta el problema de los otros medios de difusión en la Argentina frente a la represión, de evitar una crítica global. Crí-

tica que supone un duro cuestionamiento a su propio pasado.

El innovador no aceptado

Timerman a través de *Primera Plana*, *Confirmado* y *La Opinión* cumplió una función modernizadora en el periodismo argentino firmemente instalado en la rutina de los grandes diarios que responden al bloque terrateniente —financiero. Así, *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*, poderosos y prototípicos voceros de esos intereses fueron durante largos años reacios a las innovaciones. *La Nación* y *Clarín* (vocero del desarrollismo industrialista), por ejemplo, debieron reformular el tratamiento de sus crónicas políticas frente al ingenio agudo de *Primera Plana*. El envío de corresponsales especiales al lugar de los hechos, dentro y fuera del país, una práctica que Timerman utilizó intensamente, fue adoptada a continuación por sus competidores. La llegada del antiguo editor de semanarios a la prensa diaria nacional no constituyó un hecho simpático para la prensa del establecimiento. Timerman debió comenzar a imprimir su diario en la imprenta de la familia Alemann. Roberto Alemann, cabeza del grupo es un economista, que ha sido ministro del presidente Frondizi (aquél cuya apología hacía Timerman) y del derrocado Galtieri, el de la aventura de Las Malvinas. Alemann, un defensor de la ortodoxia liberal en materia económica, es también un hombre de cerrado pensamiento conservador. En el diario en lengua alemana que edita su empresa llegó a defender los métodos nazis de "noche y niebla" para solucionar los problemas políticos de la Argentina peronista. Alemann debió soportar la congelación de precios dispuesta por el ministro de Economía peronista José Gelbard, lo que durante dos años (1973-1974), favoreció a Timerman frente a su impresor. Alemann, como gran parte de la oligarquía argentina anida fuertes sentimientos anti-semitas. Esos sentimientos pretenden en muchas ocasiones ser ignorados por la comunidad judía en la Argentina y por muchos militantes de buena fe del liberalismo argentino. La actitud que Timerman reprocha en su libro a la dirección de la comunidad judía en la Argentina respecto de su caso, marcha de par con su propia actitud en el pasado. Por ejemplo, su mencionada asociación con Güiraldes.

Ha sido una amarga lección para Timerman descubrir la posición en este tema de Máximo

Gainza Paz, director de *La Prensa*. De éste dice Timerman en la página 140 de su obra que "es un liberal, un hombre democrático". A continuación, Timerman recuerda los diversos premios periodísticos que recibió a partir de su secuestro y prisión (la Pluma de Oro de la Libertad en 1980 y el premio "Arthur Morse" del Aspen Institute, "ninguna de las dos instituciones es judía" aclara, y luego apunta otros cinco que le fueron entregados por organizaciones judías). A continuación, Timerman se queja (pág. 140): "Y sin embargo, ese hombre liberal (Gainza Paz), en declaraciones a una revista de Buenos Aires, dice que recibí 'dos o tres premios, todos dados por organizaciones judías'". Otra vez Timerman recoge lo que sembró. El diario *La Prensa*, un matutino formato estándar, con más de 100 años de existencia, es junto con su colega *La Nación*, uno de los diarios ejemplares del enclave oligárquico argentino. *La Prensa* es un medio acérrimamente anticomunista y patológicamente antiperonista, al punto que durante décadas el nombre de Perón estuvo prohibido en sus páginas. Cuando se refería a él hablaba eufemísticamente del "tirano prófugo". Pero ese anti-comunismo y anti-peronismo estaban compensados, para personas y sectores afines al juicio de Timerman, con un especial liberalismo. Liberalismo refinado con la democracia y que, al final del camino, hace aparecer para el perseguido editor, el rastro infame del antisemitismo.

Timerman hace en su texto algunas menciones elogiosas y ciertas denuncias sobre hombres y empresas de la industria periodística. Así, elogia calurosamente la posición de Robert Cox, director del matutino "Buenos Aires Herald", el tabloide matutino de baja circulación, que es el único diario en lengua inglesa que se publica en la capital argentina.

Timerman afirma que la posición del diario, propiedad de una empresa norteamericana, sostenía la misma posición que *La Opinión* respecto al tema del enfrentamiento a la *subversión* y en el tratamiento de la cuestión de los derechos humanos.

Por otra parte, refiere haber visto en la prisión clandestina *Coti Martinez* al director —propietario de *El Cronista Comercial*— Rafael Perrota, quien había transformado un diario de información empresarial en un cotidiano de noticias generales y había puesto su prestigioso medio al servicio de los sectores más progresistas de la sociedad argentina a comienzos

de la década del 70. Luego de producido el golpe de 1976, Perrota, cuya simpatía por el peronismo de izquierda era notoria, fue secuestrado. Hasta hoy, figura como uno de los miles de desaparecidos. Deja constancia Timerman de los inútiles esfuerzos de la familia del director de *El Cronista*, por lograr su libertad y hace alusión al "enorme rescate pagado" por aquella.

La denuncia de Timerman se dirige luego contra Enrique Llamas de Madariaga, ese "periodista nazi". Madariaga, estrella de la TV oficial de la dictadura militar consiguió posiciones significativas en el régimen por ser hermano de un general en actividad quien llegó a ocupar la Secretaría de Información Pública de la Presidencia.

El testigo inapelable

Donde el libro alcanza los niveles de identificación más amplios con todo el espectro de la Argentina profunda que hoy comienza a salir cada vez más a la superficie, es cuando el autor relata los episodios de su propio secuestro, las largas sesiones de tortura, los increíbles interrogatorios acerca de sus actividades sionistas y de las inverosímiles conexiones que sus interrogadores castrenses le atribuían con la guerrilla de izquierda. También cuando Timerman transcribe diálogos con el coronel Clodoveo Battesti, presidente del Consejo de Guerra número 2 que lo juzgó y finalmente debió declararlo inocente. (Battesti fue luego, durante un tiempo interventor-director del canal 9 de TV controlado por el régimen militar).

Todo este testimonio de Timerman ratifica las miles de denuncias realizadas contra el accionar represivo de la Junta. Tiene el valor de ser emitido por alguien que internacionalmente está a salvo de la calificación de "subversivo". Y, en ese sentido, como buen texto periodístico, se ha sumado a la pesada condena moral internacional que ha caído sobre los militares argentinos.

Pero Timerman ha dejado sin escribir, no podía escribir, esa otra historia. Aquella de cómo su periodismo modernizador, aquél que siempre le ganó la envidia de sus colegas, contribuyó a obstaculizar y quebrar posibilidades democráticas argentinas y estuvo a favor de los grupos políticos, económicos y militares que terminaron por secuestrarlo, torturarlo, privarlo de su ciudadanía argentina, despojarlo de sus bienes (especialmente de su diario) y expulsarlo del país.

LA MUSICA Y LA POESIA DE ESTOS TIEMPOS

Hugo Achugar

Para Carlos Quijano

Hace unas décadas un poeta describía nuestra tierra como la de un país cuyo suelo no había sido hollado por las plantas augustas de los dioses. La imagen, seductora en su equívoco alcance descriptivo, podía tanto ser un lamento como una mera acotación realista de nuestra circunstancia. Lo maravilloso no es una dimensión de la historia uruguaya. Tabaré es apenas un fantasma excesivamente literario. Un mestizo frágil envuelto en un ritmo entre simbolista y romántico que deambula en una naturaleza irreconocible para el uruguayo de hoy. Tenemos, sin embargo, algunos mitos. Onetti parodiaba uno de ellos en el cierre de *El pozo*. Mitos, algunos, tan cercanos o democráticos que la poesía no alcanzaba a sentirse seducida. La historiografía y la sociología, por otra parte, se apropiaron de ellos de modo que la imaginación poética siente que el excesivo peso material impide el ascenso en las enrarecidas esferas donde la paloma vuela sin aire.

No. No hemos tenido dioses, no hemos tenido ninfas ni druidas ni cultivadas cortes indígenas. Nuestro pasado apenas reconoce un extraviado marino portugués viendo un monte, un conquistador muerto en el momento de intentar apoderarse de la costa, una serie de tribus sin historia y el fértil territorio —maravilla real o realidad maravillosa— procreando hasta la saciedad vacas y más vacas.

Hemos tenido, por el contrario, la apoteosis de una poeta hacia finales de los 20. El sueño metropolitano de un Palacio que hurgaba las nubes con mamposterías grotescas, también a finales de los 20. El delirio polirrítmico de un Gradín y la farándula de Colombes, Amsterdam, y Maracaná. De esto apenas queda el mito vernáculo y el sueño imperial de creernos los más cultos.

Nuestras costas no han soportado el cuerpo claro de una ninfa. Las odaliscas y las mujeres insólitas en su belleza oriental no produjeron

ninguna guerra de Troya. Las llanuras fueron sangre antes, como es hoy recuerdo sangriento la planicie de la última década.

Carcajada de la historia: hemos tenido el colegiado democrático y la dictadura colegiada. No hay, no puede haber nostalgia de estos años. Ni nostalgia tenemos de los enigmas o los bosques embrujados. Somos laicos hasta en el mito.

Huérfanos de dioses, endiosamos la sociedad civil. La creímos imperturbable, eterna, serenisima. Las sibilas y los oráculos fueron, como es natural, desatendidos. Hoy una sinfonía casera y culinaria parece querer despertar. Es la música de estos tiempos: a cacerolazo limpio se construyen los mitos del mañana. Y ese parece ser nuestro destino histórico: poner a cantar los dioses domésticos a falta de dioses imaginarios. Ponerlos a cantar contra la parodia carnavalesca de estos dioses actuales de entorchado y charretera. No hemos tenido dioses ni soberbias figuras imperiales, no somos por fortuna un país de sacrales figuras individuales. José Batlle y Ordoñez estuvo demasiado cerca del vulgo municipal para ser legendario y, por si fuera poco, en el 17 le cortaron las alas reformistas. Los individuos de la historia uruguaya no tienen vocación de estatua: Latorre fue lo suficientemente ambiguo para que hoy sea campo de batalla y los próceres, Rivera y Oribe, dividen democráticamente la adhesión nacional.

Artigas, excepción necesaria, casi alcanza el proceso divino. Y para ello se lo recorta, se lo moldea, se lo tijeretea hasta que suena limpio e inocente sin ecos 1815.

El poeta parece haber tenido razón: los dioses no han hollado el suelo uruguayo. La imaginación colectiva se podrá sentir huérfana de la presencia divina y, a pesar de todo, no debería quejarse: hemos venido cultivando mito tras mito el tono doméstico. Nuestros patates huelen a comida casera y esa es la poesía y la música de estos tiempos.



MARCHA



uando todo lo transitoriamente vencedor en el presente, caiga hecho pedazos. . ., venga lo que venga el futuro es de los que no cedan ni trancén, de los que no se doblen y no tengan temor a romperse.

Marcha, 13 de marzo de 1942.



CUADERNOS DE MARCHA



eguimos creyendo que con tales personajes, autores o cómplices, no se puede dialogar. Dialogar es reconocerles una autoridad de la que carecen. Dialogar es transar. Hay que aguantar hasta que se caigan, sin dejar de acosarlos. Y caerán sin duda. No tienen salida y el tiempo trabaja contra ellos. Puede que si se procede así, las penas y sufrimientos actuales se acrecienten; pero los males de toda transacción serán mayores en el mañana. Si transamos con la dictadura seguiremos siendo sus prisioneros.

Cuadernos de Marcha, marzo/abril 1984.